263

MI CUERPO Y SUS IMÁGENES

J.-D. NASIO

PAIDÓS PSICOLOGÍA PROFUNDA

Mi cuerpo y sus imágenes

Biblioteca de PSICOLOGÍA PROFUNDA
Últimos títulos publicados

235. N. Chodorow, *El poder de los sentimientos*
236. P. Verhaeghe, *El amor en los tiempos de la soledad*
237. N. Bleichmar y C. Leiberman de Bleichmar, *Las perspectivas del psicoanálisis*
238. D. Waisbrot, *La alienación del analista*
239. C. G. Jung, *Conflictos del alma infantil*
240. M. Schneider, *Genealogía de lo masculino*
241. L. Peskin, *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*
242. B. Winograd, *Depresión: ¿enfermedad o crisis?*
243. M. Safouan, *Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan, 1953-1963*
244. L. Hornstein, *Intersubjetividad y clínica psicoanalítica*
245. D. Waisbrot, *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*
246. L. Hornstein, *Proyecto terapéutico*
247. A. Levin de Said, *El sostén del ser*
248. I. Berenstein, *Devenir otro con otro(s)*
249. M. Rodulfo, *La clínica del niño y su interior*
250. O. F. Kernberg, *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*
251. S. Bleichmar, *Las paradojas de la sexualidad masculina*
252. I. Vegh, *Las letras del análisis*
253. M. C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias: trayectorias turbulentas*
254. Y. Gampel, *Esos padres que viven a través de mí*
255. C. Soler, *Lo que Lacan dijo de las mujeres*
256. L. Hornstein, *Las depresiones*
257. M. Safouan, *Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan, 1964-1979*
258. J.-D. Nasio, *Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*
259. I. Berenstein, *Del ser al hacer*
260. A. Flesler, *El niño en análisis y el lugar de los padres*
261. J. Bleger, *Psicología de la conducta*
262. J. Bleger, *Psicohigiene y psicología institucional*
263. J.-D. Nasio, *Mi cuerpo y sus imágenes*

J.-D. Nasio

Mi cuerpo y sus imágenes

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Juan David Nasio
Mi cuerpo y sus imágenes - 1a ed. - Buenos Aires : Paidós, 2008.
176 p. ; 22x14 cm. (Psicología Profunda)

Traducido por: Alcira Bixio
ISBN 978-950-12-4263-8

1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Alcira Bixio, trad. II. Título
CDD 150.195

Cubierta de Gustavo Macri

Traducción de Alcira Bixio
Corrección de Gabriela Villalba

1ª edición, 2008

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2008 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Primera Clase,
California 1231, Ciudad de Buenos Aires,
en marzo de 2008
Tirada: 5000 ejemplares

ISBN 978-950-12-4263-8

Índice

1. El concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo de Dolto: nuestra lectura 15
La Imagen Inconsciente del Cuerpo es una imagen de las sensaciones 20
La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la huella imborrable dejada por las impresiones más conmovedoras de nuestra infancia 25
Tres componentes de la Imagen Inconsciente del Cuerpo: la Imagen de Base, la Imagen Funcional y la Imagen Erógena 26
Dos condiciones para que una sensación grabe su imagen en el inconsciente: primera, que emane de un cuerpo infantil marcado por la presencia de una madre deseante y deseada por el padre del niño y, segundo, que se repita frecuentemente 33
La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la imagen de un ritmo 34
¿Cómo escucha a su paciente un psicoanalista que trabaja con el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo?

Dos ejemplos clínicos: La niña de la boca de mano y La bebé que velaba por su mamá 38
El psicoanalista habla la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo de su paciente 43

2. El concepto de Imagen del Cuerpo de Lacan: nuestra lectura 51
No somos nuestro cuerpo de carne y hueso, somos lo que sentimos y vemos de nuestro cuerpo 55
María percibe una imagen alucinada de su cuerpo 58
Siempre percibimos una imagen deformada de nuestro cuerpo 61
¿Qué es una imagen? Una imagen es siempre el doble de algo 65
Las imágenes actuadas del cuerpo son, para el psicoanalista, una de las vías privilegiadas para acceder al inconsciente del paciente 71
Mi cuerpo y sus dos imágenes principales: la imagen mental de mis experiencias corporales y la imagen visual de mi apariencia en el espejo 74
Mi cuerpo real es el cuerpo que siento: la imagen del cuerpo real 76
Mi cuerpo imaginario es el cuerpo que veo: la Imagen especular 80
Ocho proposiciones sobre la Imagen especular del cuerpo: el Estadio del espejo 83
Mi cuerpo simbólico es el cuerpo que nombro: la imagen del cuerpo simbólico 94
El *yo* freudiano es la imagen mental del cuerpo que siento 99
El *yo* lacaniano es al mismo tiempo la imagen del cuerpo que siento y la Imagen especular del cuerpo que veo....101
Nuestra hipótesis: El yo está tanto en nuestra cabeza como en los seres que amamos; está en nosotros y fuera de nosotros 103
Respuestas a algunas preguntas 105

3. Dolto y Lacan, una misma pasión por el Cuerpo y sus Imágenes 119
Tres diferencias esenciales entre el "Estadio del espejo" de Lacan y "el espejo del narcisismo primario", de Dolto 121
Cuadro comparativo entre la Imagen Inconsciente del Cuerpo concebida por Dolto y la Imagen especular concebida por Lacan 125
Cuadro comparativo entre Dolto y Lacan sobre los efectos del espejo 126

4. El archipiélago del Cuerpo y sus Imágenes 127
El Archipiélago Dolto 129
El papel de las castraciones en la formación de las Imágenes Inconscientes del Cuerpo 129
Patología de la Imagen Inconsciente del Cuerpo 131
El Esquema corporal no es la Imagen Inconsciente del Cuerpo (cuadro comparativo) 133
El Archipiélago Lacan 134
No experimento la sensación tal como es, sino tal como me la represento 134
Soy el servidor de dos amos: mi cuerpo y mi inconsciente 135
Un ejemplo de la imagen actuada: las manos grandes dibujadas por los niños golpeados 135
Percibo al otro en mi imagen y percibo mi imagen en el otro 136
El rostro del prójimo es para mí un espejo vivo y una presencia que me penetra 136
El Estadio del espejo: Las ilusiones del niño ante su imagen y las sensaciones corporales que experimenta ante su imagen (cuadro compaativo):.....138

5. La mirada de los otros en la construcción de la imagen de sí mismo 139

6. **Extractos de las obras de S. Freud, F. Dolto y J. Lacan sobre el Cuerpo y sus Imágenes precedidas por nuestros comentarios** 147

7. **Selección bibliográfica sobre el Cuerpo y sus Imágenes** 169

La cuestión del cuerpo es un tema al que siempre he estado muy apegado. Lo trabajo con fervor desde hace muchos años. Trabajar un tema con fervor significa hacerlo con placer pero también con esfuerzo para captarlo y modelarlo como si fuera una arcilla conceptual. Este esfuerzo gozoso y a la vez doloroso, esa lucha de un pensamiento que se empecina en depurar una noción compleja, es como el abrazo amoroso, sensual y lúdico de un creador en pugna con la materia. Incansable, la aferra, la muerde y la posee hasta alcanzar la simplicidad. Sin duda, el mayor placer de un autor es revelar lo esencial de un concepto con la simplicidad de una demostración. Una vez que haya cerrado este libro, el lector podrá juzgar si logré mi propósito. Habrá una señal innegable que le permitirá saberlo con certeza: lo habré logrado si, en el silencio de su lectura, tuvo la sensación de hallar, claramente formulado, lo que ya sabía confusamente.

Pero, ¿cuál es exactamente el contenido de este libro? A manera de respuesta, le pido al lector o lectora que piense en el momento en que, antes de salir de su casa, esta mañana, lanzó una última mirada al espejo. Se vio muy bonita o demasiado

arrugada, o un poco gorda o demasiado delgada. O él se vio fatigado y mal dormido y sintió las piernas pesadas o, por el contrario, se encontró fresco y bien afeitado, con la camisa adecuada y se sintió ligero e inteligente, en suma, como un hombre dispuesto a afrontar bien el día. En resumen, como cada mañana, usted se confrontó con su imagen del cuerpo o, más precisamente, con sus dos imágenes del cuerpo: el reflejo visible en el espejo (bonita o arrugada) y una segunda imagen, más difícil de reconocer porque no es visual, que es la imagen mental de sus impresiones sensoriales, a menudo fugaces e imprecisas (se sintió pesado o liviano). Aquí tiene el lector representadas sus dos imágenes del cuerpo, la que ve y la que siente, la visible del espejo y la que está grabada en su conciencia. Distinguimos, pues, dos imágenes del cuerpo complementarias e interactivas. Lo que le propongo es estudiar cada una de ellas presentando una síntesis muy personal del pensamiento de dos figuras eminentes del psicoanálisis contemporáneo, Françoise Dolto y Jacques Lacan, dos figuras que siempre se apasionaron por el enigma del cuerpo y sus imágenes. Dolto concibió una admirable teoría, vívida y sumamente valiosa para el trabajo con nuestros pacientes, partiendo de las imágenes no visuales de las sensaciones físicas. Jacques Lacan, por su parte, en un estilo diferente, forjó un concepto que llegó a ser indispensable para nuestra práctica clínica, el de Imagen especular, concepto que designa la imagen del espejo y su poder de fascinación. De modo tal que dedicaremos el primer capítulo a una lectura interpretativa del concepto doltoiano y el segundo a una lectura también crítica de una noción igualmente esencial: la noción lacaniana de Imagen especular. Pero, más allá de los conceptos de Imagen Inconsciente del Cuerpo de Dolto y de Imagen especular de Lacan, quiero presentar una propuesta que unifica estas dos teorías y atraviesa el libro de parte a parte, a saber, que el *yo*, vale decir, el sentimiento inefable de ser uno mismo, no es otra cosa que la fusión íntima de nuestras dos imágenes del cuerpo. En resumen, sostengo que la Imagen del Cuerpo es la sustancia misma del *yo*.

Ahora invito al lector a que avance en la lectura, por momentos lentamente y por momentos dejándose llevar por el placer de comprender.

1. El concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo, de Dolto: nuestra lectura

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es una imagen de las sensaciones

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la huella imborrable dejada por las impresiones más conmovedoras de nuestra infancia

Tres componentes de la Imagen Inconsciente del Cuerpo: la Imagen de Base, la Imagen Funcional y la Imagen Erógena

Dos condiciones para que una sensación grabe su imagen en el inconsciente: que emane de un cuerpo infantil marcado por la presencia de una madre deseante y deseada por el padre del niño y que se repita frecuentemente

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la imagen de un ritmo

¿Cómo escucha a su paciente un psicoanalista que trabaja con el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo? Dos ejemplos clínicos: "La niña de la boca de mano" y "La bebé que velaba por su mamá"

El psicoanalista habla la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo de su paciente

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es uno de los conceptos centrales del psicoanálisis contemporáneo. Françoise Dolto lo acuñó desde dentro de su propia práctica con niños y lo retomó constantemente, de diferentes maneras, a lo largo de su reflexión. Presentaré aquí una lectura, mi interpretación de este concepto, afinada y ajustada a partir del trabajo con mis pacientes. Al escribir estas páginas me concentré en lo que, a mi entender, es el núcleo esencial de la teoría de la Imagen Inconsciente del Cuerpo. Françoise Dolto definió y trató este concepto, en sus múltiples aspectos, a menudo muy diferentes, pero siempre complementarios. Particularmente, me interesó encontrar un hilo conductor, revelar la lógica oculta de este concepto y, sobre todo, mostrar su alcance clínico pues precisamente en su aplicación en la práctica clínica reside su verdadero valor. También quiero proponerles a mis colegas un concepto que podrán poner a prueba en su experiencia clínica. Deseo vivamente que la lectura de estas página ejerza una influencia notable en su manera de escuchar a los pacientes. Por otra parte, en este capítulo aparecerán muchas veces las

palabras "niño", "cuerpo del niño" y otras expresiones vinculadas con la infancia, pero quiero aclarar que se refieren, no únicamente al niño, sino también al adulto en que se convertirá. Desde las primeras páginas, el lector comprenderá rápidamente que la Imagen Inconsciente del Cuerpo, formada en la psique de un niño pequeño, continúa estando activa durante toda la vida. Por lo tanto, cuando lea la palabra "niño", le pido que piense no sólo en el niño, sino también en usted mismo, adulto, que conserva en su interior, siempre vivo, a la niña o el niño pequeño que fue.

*

Imaginemos por un instante que usted es el terapeuta de un niño de cinco años que sufre. El pequeño paciente está sentado frente a usted y le habla. Usted observa la actitud corporal del niño, la expresividad de su rostro, se interesa por los dibujos y modelados y piensa al mismo tiempo en los síntomas por los cuales los padres lo han llevado a la consulta. Presta particular atención a todas las manifestaciones afectivas que exterioriza el niño durante la sesión. Y, sin embargo, no lo comprende, no logra dar sentido a lo que le cuenta. Quiere comunicarse con él, pero no consigue entrar en su mundo. Con todo, tiene una convicción íntima y profunda, una certeza que, por sí sola, lo conducirá a aquello único e inexpresable propio de ese niño. Si está imbuido de esta convicción, el encuentro será un éxito. ¿De qué convicción estoy hablando? ¿Cuál es esa certeza? La de que todo ser humano, sea quien fuere e independientemente del sufrimiento que lo aqueje, quiere hablarle a otro. Si tuviéramos que definir al ser humano según Dolto, diríamos: un ser humano es aquel que tiene el deseo irreducible, la voluntad tenaz, de comunicarse con otro ser humano. He aquí el principio soberano, la premisa indiscutida que preside toda escucha analítica y funda el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo. Para Françoise Dolto, la primera célula embrionaria es ya enteramente una persona, por cuanto esa célula está

animada por el poderoso impulso de unirse al otro y, ante todo, de unirse y comunicarse con la madre que la protege en su seno. El otro, pues, ya está ahí, mucho antes del nacimiento, como el interlocutor inmanente a nuestra humanidad. Mientras que Lacan enunciaba: "El deseo del hombre es el deseo del Otro", yo diría hoy: *El deseo del hombre es el deseo de comunicarse con el otro.*

Usted sabe, entonces, que el niño que tiene delante, aparentemente indiferente, espera sin embargo comunicarse. Espera impacientemente comunicarse, encontrar a su otro. Quiere encontrar a alguien que le diga esas palabras expresivas y resonantes, las palabras que él pronunciaría si pudiera enunciar su sufrimiento. Quiere encontrar a alguien que lo reconozca como sujeto, tal como él es y allí donde se encuentra. Pues bien, precisamente en el instante en que usted debe responder a su apremiante expectación, en el momento en que usted siente que debe intervenir, se le impondrá la necesidad de pensar en el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo. Pero, ¿por qué debemos pensar en ella? ¿Para qué sirve este concepto? Cuando me encuentro ante un concepto teórico, siempre me pregunto: ¿a qué problema da solución? Lo mismo ocurre en este caso: ¿a qué problema da solución el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo? ¿Qué pregunta responde? Responde a la pregunta siguiente: ¿Cómo relacionarme con un joven paciente cuyas palabras, cuyos dibujos, cuyos juegos y actitudes corporales no me ofrecen ningún asidero? ¿Cómo entrar en la cabeza del niño, cómo instalarme en ella, conocerla desde adentro, cómo hacer que viva en mí y cómo sentir lo que él siente? Y, una vez establecida la relación, ¿cómo encontrar las palabras necesarias para aliviar su sufrimiento? Postulamos que, detrás de las palabras, los dibujos, los juegos y las actitudes del niño, existe un lenguaje muy especial que permite una comunicación íntima entre el psicoanalista y el pequeño paciente. ¿Cuál es ese lenguaje? ¿Qué código hay que conocer para hablarlo? Creemos que las sensaciones experimentadas por ese niño cuando era bebé han quedado grabadas en su

inconsciente y se organizaron en un lenguaje interior, corporal y mudo que los analistas podemos llegar a captar, a traducir y a hablar. Se trata de un lenguaje de las sensaciones experimentadas por todo niño desde su vida fetal hasta los tres años, un lenguaje arcaico y olvidado que el niño de hoy habla sin saber que lo habla. ¿Y cómo lo habla? Habla en ese lenguaje cuando, durante la sesión, revive esas antiguas sensaciones, lo habla indirectamente dibujando, moviéndose, jugando y, sobre todo, lo habla a través de los síntomas por los cuales sus padres lo trajeron a la consulta. Ya sea el niño de cinco años de nuestro ejemplo, ya sea un paciente adulto o nosotros mismos, todos hablamos el lenguaje de las sensaciones vividas alguna vez en nuestro pequeño cuerpo de niño, lo hablamos sin cobrar nunca conciencia de ello. Éste es, pues, el lenguaje silencioso y olvidado de las sensaciones antiguas que los analistas debemos aprender a nombrar con palabras si queremos comunicarnos íntimamente con nuestro paciente. El paciente que tenemos ante nosotros espera, sin saberlo, que nombremos con palabras pertinentes y vívidas su experiencia corporal arcaica, esa misma vivencia que él revive hoy en la sesión. Por ello decimos que la Imagen Inconsciente del Cuerpo es un código íntimo, propio de cada individuo, un lenguaje que los psicoanalistas debemos aprender a hablar si queremos tener acceso al inconsciente de nuestro paciente, sea niño o adulto.

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO ES UNA IMAGEN DE LAS SENSACIONES

Apartémonos por un momento de la escena analítica. Volveremos a ella luego, cuando presente dos viñetas clínicas. Vayamos ahora a la teoría que orienta nuestra escucha. ¿Qué es la Imagen Inconsciente del Cuerpo? ¿Es la imagen de qué? La Imagen Inconsciente del Cuerpo es el conjunto de las primeras y numerosas impresiones grabadas en el psiquismo

infantil por las sensaciones corporales que un bebé, o incluso un feto, experimenta en el contacto con su madre, en el contacto carnal, afectivo y simbólico con su madre. Son las sensaciones experimentadas y las imágenes impresas ya desde la gestación y a lo largo de los tres primeros años de vida hasta que el niño descubre su imagen en el espejo. A propósito de la imagen del espejo, quiero detenerme un instante aquí y hacer una precisión que dará mayor claridad al resto de la reflexión. Debemos distinguir dos descubrimientos que hace el niño de su imagen en el espejo: el primero, teorizado por Lacan, y el segundo, por Dolto. El primer descubrimiento ocurre muy temprano, cuando el lactante, sorprendido, se enciende de alegría al ver la silueta de su cuerpo reflejada en el espejo. Fascinado por ese doble –aunque lo perciba confusamente–, el bebé expresa su júbilo y se agita. Lacan conceptualizó este reconocimiento precoz y lúdico de la Imagen especular del cuerpo o, si se quiere, de la imagen visible de uno mismo, de un sí mismo rudimentario, con la expresión "Estadio del espejo", estadio que examinaremos en el segundo capítulo. El niño hace un segundo descubrimiento de su Imagen especular más tarde, alrededor de los dos años y medio, cuando advierte, esta vez con amargura, que su imagen no es él, que existe una distancia irreducible entre la irrealidad de su imagen y la realidad de su persona. Dolto considera que esta amarga desilusión, tan penosa para el pequeño, produce un verdadero trauma, una falla en el psiquismo infantil. En oposición a la interpretación de Lacan que destaca la alegría del bebé ante el espejo como un testimonio de la conquista de una imagen que hace suya, Françoise Dolto pone el acento en la pena que invade al niño de tres años, de-sencantado al darse cuenta de que eso que tomaba por él mismo no era en realidad más que una apariencia de sí. Lo que nos interesa en este momento es este segundo descubrimiento decepcionante de la Imagen especular de sí mismo, porque el niño, en un movimiento de reacción ante ese desencanto, deja de lado las imágenes inconscientes del cuerpo y comienza a atesorar las imágenes halagadoras del parecer.

En otras palabras, cuando el pequeño se da cuenta de que la imagen que ofrece a los demás es su imagen del espejo, de que esa imagen no es él y de que los demás sólo acceden a él a través de lo que ven de él, de pronto, da prioridad a las apariencias y desatiende las sensaciones internas. Desde ese momento, olvidará lo interior para ocuparse sólo de lo exterior. La amargura de la desilusión cede su lugar a la astucia inocente de un niño que utiliza su Imagen especular en provecho de su narcisismo. "Pues bien, si las imágenes del espejo me engañaron, ¡ahora seré yo quien engañe al mundo con mi imagen!" Ésta sería la manera de resarcirse de nuestro pequeño narciso para consolarse del despecho especular. A partir de entonces, la imagen del cuerpo-visto se impondrá sobre las imágenes del cuerpo-vivido. Así es como, a partir de los tres años y durante toda nuestra existencia, la imagen del cuerpo-visto se impondrá sin cesar en la conciencia, en detrimento de las imágenes del cuerpo-vivido, que quedarán relegadas y serán reprimidas en el silencio del inconsciente. En suma, a partir de los tres años, la imagen del cuerpo-visto dominará en la conciencia, mientras que las imágenes del cuerpo-vivido dominarán en el inconsciente. ¿Qué podemos deducir de esto? Que desde que se produce el descubrimiento de la seductora Imagen especular de uno mismo, las imágenes de las sensaciones internas se olvidarán totalmente y pasarán a ser inconscientes para siempre. Es por ello que un niño de cinco años, por ejemplo, habrá reprimido definitivamente el mundo sensual y relacional, que al principio de su vida se le imponía por completo, para ceder ese lugar al mundo visual de las formas y las apariencias. Ahora comprendemos por qué los adultos tenemos el hábito mental de prestar más atención a lo exterior y descuidar el mundo interno y sensorial de nuestro cuerpo. Tendemos más a mirar por la ventana que a ensimismarnos, salvo cuando sufrimos y nos preocupamos por determinar qué mal nos aqueja. Propongo ahora cerrar este paréntesis sobre el espejo y examinar el cuadro comparativo entre la Imagen Inconsciente del Cuerpo y la Imagen especular de la *Figura* 7 de la pág. 125.

Observemos, por lo demás, que las imágenes inconscientes del cuerpo se reactivan vivamente cuando el niño atraviesa sus primeras crisis de crecimiento y experimenta intensamente las sensaciones que lo agitan. Pienso particularmente en los momentos del paso de un estadio libidinal a otro, por ejemplo, del estadio neonatal u olfativo-respiratorio al estadio oral o también, del estadio oral al estadio oral-cinestésico. Señalemos que estas imágenes volverán a activarse alrededor de los tres años, durante la fase edípica. Pero, más allá de estas reactivaciones, destaquemos que lo esencial del contenido de las imágenes inconscientes del cuerpo se forma irrevocablemente durante la vida intrauterina y en el transcurso de la primera infancia.

Sin embargo, esas imágenes, aunque reprimidas, permanecerán vigorosamente activas a lo largo de la existencia y se exteriorizarán continuamente a través de innumerables manifestaciones espontáneas de nuestro cuerpo. Intensamente conmovedoras, las imágenes inconscientes del cuerpo infantil determinan nuestros comportamientos corporales involuntarios, nuestra mímica, nuestros gestos y posturas; modelan las curvas de nuestra silueta, marcan los rasgos de la cara, avivan el brillo de la mirada y modulan el timbre de nuestra voz; deciden nuestros gustos, lo que nos atrae y lo que nos repugna, y dictan la manera en que nos dirigimos corporalmente al otro y, si ese otro es nuestra pareja amorosa, la manera de acercarnos a él y de acoger su cuerpo. Esas imágenes colorean nuestro vocabulario y están en el origen de numerosas locuciones populares compuestas de palabras que designan una parte del cuerpo: "tiene los pies sobre la tierra", "está con los nervios a flor de piel", "baila en una pata de contento", "es un cabeza fresca", etcétera. Agreguemos, finalmente, que estas imágenes gobiernan nuestras elecciones estéticas y, de manera más general, deciden nuestros sueños y nuestros actos. Pero no lo dudemos: todas estas manifestaciones espontáneas, visibles, audibles y palpables, incluidas –y sobre todo– las diversas perturbaciones que impulsan al paciente a hacer la consulta, sólo son testimonios

indirectos de las imágenes grabadas por nuestras primeras sensaciones. Las imágenes inconscientes nunca se manifiestan tales como son, sino que siempre lo hacen en filigrana y únicamente tomamos conciencia de ellas si un psicoanalista las decodifica y nos las revela en el marco de una relación de transferencia. Sólo después de que el terapeuta capte las imágenes inconscientes del cuerpo de su paciente, las imágenes podrán aparecer estructuradas como un lenguaje organizado. Veremos luego, en un ejemplo clínico, de qué manera siente y decodifica esas imágenes el psicoanalista. Dijimos que las imágenes inconscientes del cuerpo eran un lenguaje olvidado de las sensaciones, ahora podemos agregar: con la condición de que, en el intercambio con su paciente, el analista haya logrado decodificarlas. Así como alguna vez dijimos: "El inconsciente sólo existe con la condición de que un psicoanalista, es decir, alguien que supone la existencia del inconsciente, lo devele", hoy decimos que la Imagen Inconsciente del Cuerpo sólo existe con la condición de que se la escuche en el marco de una relación analítica. Asimismo, y haciéndonos eco de la célebre definición lacaniana del inconsciente, según la cual el inconsciente se estructura como un lenguaje, ahora postulamos que las imágenes inconscientes del cuerpo también están estructuradas como un lenguaje, siempre que un psicoanalista haya logrado descifrarlas.

Como puede verse, atribuyo a estas imágenes la misma fuerza, la misma potencia de determinación que habitualmente le asignamos al inconsciente. Aquí alguien podría preguntarme: "Pero, finalmente, esas imágenes tan precoces, ¿son el inconsciente mismo o algo diferente?". Formulemos la misma pregunta de otro modo: "Esta imagen, que no es otra cosa que la huella impresa de una sensación intensa experimentada por el bebé, ¿es una imagen que se graba en un inconsciente que ya existe, que ya está constituido, o bien es el inconsciente mismo en su estado naciente?". Y yo respondo de inmediato: las imágenes inconscientes del cuerpo son el inconsciente mismo, los impactos psíquicos de las primeras sensaciones. Por ello podemos, desde este mismo momento, postular que la Imagen Inconsciente del Cuerpo es el inconsciente embrionario y que la matriz del inconsciente es el cuerpo. Pero, ¿qué cuerpo? No el cuerpo en sí mismo, no nuestro organismo de carne y hueso, sino un cuerpo impregnado de la presencia del otro, vibrante ante la presencia carnal, deseante y simbólica del otro. Precisamente en ese cuerpo, cuerpo eminentemente relacional, palpitan las sensaciones cuyas huellas son las imágenes constitutivas del inconsciente.

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO ES LA HUELLA IMBORRABLE DEJADA POR LAS IMPRESIONES MÁS CONMOVEDORAS DE NUESTRA INFANCIA

Ahora bien, estas imágenes son tan persistentes y están tan activas que hacen que revivamos, en la edad adulta, las primeras impresiones sensoriales de nuestro cuerpo infantil. Entendámonos. Por un lado, está la sensación experimentada en la primera infancia y, por el otro, la imagen que la fija y la conserva en el inconsciente. Por ello, la imagen no es más que una sensación que perdura. Nos encontramos pues en presencia de dos elementos muy distintos aunque inseparables: una *sensación* en bruto percibida, es decir, experimentada en el instante, y la *imagen* (o representación) que la sensación imprime de manera perdurable en el inconsciente. Toda sensación experimentada o, mejor dicho, toda sensación *conmovedora*, intensa, experimentada, queda forzosamente representada, pues uno no siente nada conmovedor ni doloroso sin que automáticamente se grabe su representación en el inconsciente. Toda vivencia afectiva y corporal intensa, sea o no consciente, siempre deja su huella indeleble en el inconsciente. Por todo esto, afirmaremos que la Imagen Inconsciente del Cuerpo es, para decirlo apropiadamente, una memoria, la memoria inconsciente de nuestro cuerpo infantil. Es decir que tiene el poder de hacer coincidir las sensaciones que

experimentamos hoy, siendo adultos, con aquellas experimentadas hace tiempo, en la aurora de nuestra vida. De modo tal que mi cuerpo de adulto, el cuerpo que siento en este momento, es absolutamente idéntico al que sentía cuando era bebé. ¿Por qué? Porque mis dos cuerpos, el de ayer y el de hoy, reaccionan del mismo modo al mismo tiempo; ambos vibran al mismo ritmo, como si mis sensaciones se sustrajeran al desgaste del tiempo y conservaran intacta la frescura del pasado. Pero una pregunta se nos impone irreprimiblemente: ¿de qué sensaciones estamos hablando? ¿De todas las que vive un bebé o solamente de algunas en particular? Entre la multiplicidad de prodigiosas excitaciones sensoriales que experimenta un bebé, ¿cuáles son las que revivimos hoy sin darnos cuenta y reviviremos mañana en la vejez? En suma, ¿cuáles son las sensaciones que más inviste el niño y que habrán de eternizarse en una imagen?

TRES COMPONENTES DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO: LA IMAGEN DE BASE, LA IMAGEN FUNCIONAL Y LA IMAGEN ERÓGENA

Las sensaciones que más inviste el niño se dividen en tres grandes grupos: primero, las sensaciones barestésicas (debidas a la presión del líquido amniótico que lo envuelve o, más tarde, a la presión atmosférica) y las sensaciones propioceptivas,* sensaciones que le dan al bebé la impresión de que su cuerpo es una masa densa y estable; luego están las sensaciones interoceptivas o viscerales, que le dan la impresión de que su cuerpo es una masa agitada por el flujo y reflujo de las tensiones orgánicas esencialmente digestivas, y, por último, están las sensaciones erógenas que emanan sobre todo de la boca y el ano y

* Hay tres tipos de sensibilidad: la sensibilidad *exteroceptiva*, que reacciona a las excitaciones provenientes del exterior; la sensibilidad *interoceptiva* o visceral, que reacciona a las excitaciones provenientes del interior del cuerpo, y la sensibilidad *propioceptiva*, que reacciona a las excitaciones procedentes de los movimientos, las posturas y el tono corporal.

que le dan la impresión de que todo su cuerpo es un orificio que palpita de placer. De modo que son sensaciones que le hacen sentir el cuerpo como una base estable, como una masa tónica o como un orificio erógeno. Pues bien, todas esas sensaciones investidas cincelarán la imagen inconsciente del niño. Françoise Dolto propone así distinguir tres grandes componentes de la Imagen del Cuerpo, tres componentes vinculados entre sí de manera fluida y dinámica: la Imagen de Base, la Imagen Funcional y la Imagen Erógena. Estos componentes son tan indisociables que, cuando uno de ellos sufre una perturbación, todo el conjunto resulta afectado.

La Imagen de Base es la que le da al niño la convicción de que su cuerpo se asienta sobre un suelo firme que lo sostiene y lo soporta. Y, si pensamos en el período de gestación, la Imagen de Base es también la que le comunica al feto la impresión de que su cuerpo germinal está contenido en el líquido amniótico, del que percibe la densidad y el calor protectores. Más tarde, la Imagen de Base puede, por ejemplo, socorrer a un niño angustiado, al permitirle sentir su masa corporal y replegarse en ella como en un refugio acogedor donde puede encerrarse y sentirse seguro. De los tres componentes mencionados, la Imagen de Base es la que le da al pequeño la impresión de que su ser y su cuerpo vivo y sometido a la ley de la gravedad son una sola cosa. Éste es el *cogito* constitutivo de todo ser humano: "Siento mi cuerpo vivo y saciado, luego existo." Agreguemos, por último, que la Imagen de Base varía de acuerdo con los distintos estadios libidinales, pues cada estadio tiene su propia Imagen de Base, así como también tiene su propia Imagen Funcional y su propia Imagen Erógena. Si tomamos el ejemplo del estadio oral en el que el bebé de pecho está cobijado entre los brazos de la madre, veremos que la Imagen de Base se imprime cuando el niño percibe su cuerpo como una masa compacta de formas curvas, subdividida en un bloque cefálico y en otro troncal y que forma un todo unificado por la sensación global de una segunda masa continente y portadora, materializada por los brazos reconfortantes de la madre.

La Imagen Funcional. Mientras que la Imagen de Base es la Imagen de la sensación de un cuerpo en reposo dotado de un aplomo tranquilizador, la Imagen Funcional es, por el contrario, la imagen de la sensación de un cuerpo agitado y febril, todo él inclinado a la satisfacción de necesidades y deseos, un cuerpo al acecho de objetos concretos que puedan saciar sus necesidades y en busca de objetos imaginarios y simbólicos para satisfacer sus deseos. El cuerpo infantil de la Imagen Funcional nunca es un cuerpo calmo y sereno, sino que es un cuerpo en constante actividad, abierto a intercambios "sustanciales" con una madre que responde a las necesidades y entregado a intercambios "sutiles" con una madre que responde a los deseos de ternura y a las solicitudes de placer. Françoise Dolto distingue, por un lado, los objetos concretos y sustanciales, tales como el alimento y los excrementos, que intervienen en el contacto cuerpo a cuerpo entre el niño y la madre y, por el otro, los objetos sutiles, perceptibles a distancia, tales como una mirada tierna, el timbre de una voz o el delicado y suave olor de una piel.

La Imagen Erógena, por su parte, es la imagen de un cuerpo sentido como un orificio entregado al placer, cuyos bordes se contraen y se dilatan al ritmo alternado de la satisfacción y la carencia.

Apresurémonos a decir que, de las tres imágenes, la Imagen de Base es la más importante, puesto que, en cada estadio libidinal, le proporciona al niño el sentimiento de existir, vale decir, el sentimiento instintivo de ser, sencillamente de ser. Por ello, cuando un niño recibe una herida en cualquiera de las tres imágenes de un estadio libidinal determinado, regresa automáticamente a la Imagen de Base del estadio precedente, a fin de recobrar lo antes posible la seguridad que le faltaba. En el fondo, el niño que tiene una regresión sólo busca una seguridad fundamental: poder decirse "Yo soy yo". No obstante, ese retorno tranquilizador a un estadio anterior también lo hace sufrir porque, al haber retrocedido, se encuentra de pronto desfasado. Para los demás sigue teniendo su edad, pero para sí mismo se ha

vuelto nuevamente pequeño: "Me siento pequeño pero los demás me toman por alguien más grande. ¡Es insoportable!". En consecuencia, cuando el terapeuta se encuentre en presencia de un niño o un adulto que sufre, debe saber que esa persona sufre por dos razones: primero, porque ha sido afectado por un acontecimiento perturbador y, después, porque, como regresó al pasado para buscar la seguridad de su Imagen de Base anterior, se siente desamparado por no estar ya en concordancia con su realidad presente. El niño sufre porque perdió una parte de sí mismo y porque, al haber experimentado una regresión en busca de la seguridad perdida, queda en una situación incómoda respecto de su presente. Sufre porque está desmembrado entre dos imágenes: la actual, herida como consecuencia de un acontecimiento traumático, y la antigua, tranquilizadora pero anacrónica, que, si bien lo protege, lo aísla del mundo. Luego, cuando presente el ejemplo clínico de un caso de regresión, el lector comprenderá mejor ese desgarramiento doloroso entre las dos imágenes, una magullada y la otra compasiva pero invalidante. Pero, insisto, es principalmente la Imagen de Base la que instituye en el niño y en todos nosotros ese estado permanente de una certeza inalterable y no consciente de existir. Usted, lector, está allí, con este libro en sus manos, dispuesto a leerme, seguro de que el suelo permanece firme, olvidado del espacio que lo contiene y del tiempo que lo atraviesa. Por supuesto, la mayor parte de nosotros goza de ese estado de sana despreocupación, pero hay seres que, heridos en su Imagen de Base, están constantemente alertas, dispuestos a defenderse de un hipotético peligro inminente. Sufrir semejante aprensión, puramente imaginaria, les demanda un esfuerzo extenuante.

Vemos, pues, hasta qué punto la Imagen de Base es vital y esencial. Le procura a cada uno el triple sentimiento de permanecer *estable*, más allá de los incesantes desplazamientos en el espacio, de continuar siendo el *mismo*, más allá de los cambios en el tiempo y, por último, el sentimiento de seguir siendo *consistente*, más allá de los innumerables intercambios con los demás y con el medio circundante. La sensación de permane-

cer estable en el espacio, de continuar siendo el mismo en el tiempo y de seguir siendo consistente ante la alteridad de los seres y de las cosas da fundamento, en lo más profundo de cada uno de nosotros, a la certeza absoluta de continuar siendo siempre la misma persona al tiempo que evolucionamos constantemente. No soy el mismo que hace cinco minutos y, sin embargo, soy el mismo desde hace cincuenta años. Precisamente esta antinomia entre lo diferente y lo idéntico es la que funda el "sí mismo". Ser uno mismo es, pues, ser ese que permanece estable, idéntico a sí mismo y consistente a pesar de los inevitables cambios que jalonan una existencia. Con todo, si queremos aproximarnos lo más posible a la incognoscible esencia de ese "sí mismo", descubrimos que el sentimiento de uno mismo, en el fondo, no es más que un nombre que designa un deseo, el deseo de vivir, el amor innegable por la vida. Sí, sentirse uno mismo supone ante todo la inquebrantable voluntad de ser, de no dejar de ser, de ser al máximo nosotros mismos y hasta más allá de nosotros mismos. Françoise Dolto llamó precisamente a ese deseo de vivir, de durar y de superarse "narcisismo primordial".

Ahora quiero resumir el desarrollo que hemos seguido hasta aquí en un cuadro sintético propuesto en la *Figura 1*.

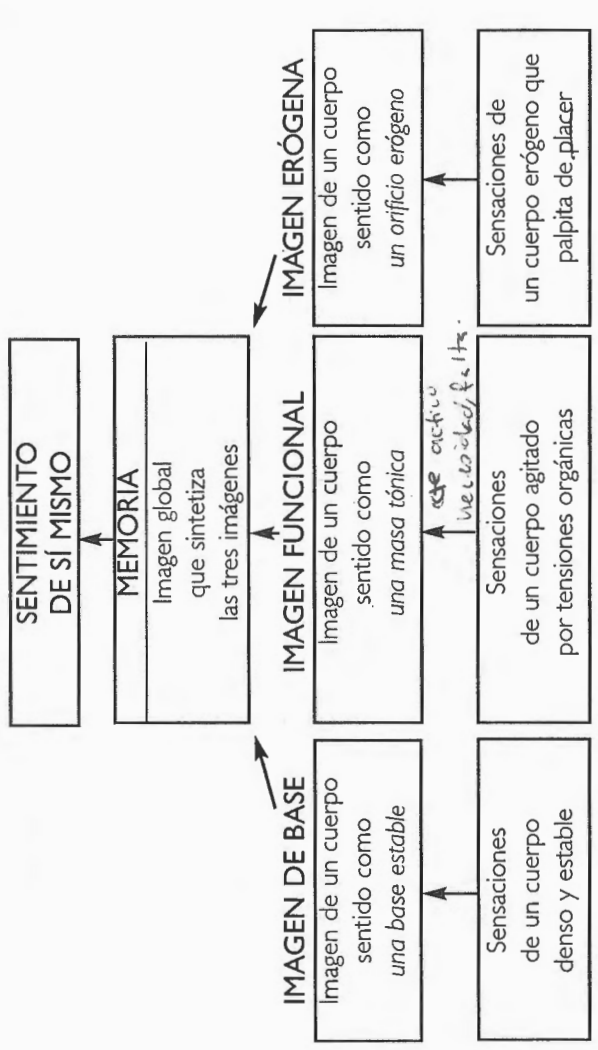

Figura 1

En lo alto del cuadro, el sentimiento de sí mismo del niño pequeño (que se experimenta alrededor de los tres años) es el resultado de todas las imágenes del cuerpo inscritas en su memoria inconsciente. *(El cuadro se lee de abajo hacia arriba.)*

Comentario de la Figura I

En esta figura tenemos cuatro niveles: el subsuelo de las *sensaciones*, la planta baja de las *imágenes*, el primer piso de la *memoria* y el piso superior, que es el del *sentimiento*. Las sensaciones del cuerpo infantil graban sus imágenes inconscientes y estas imágenes perduran como la memoria generadora del sentimiento de sí mismo experimentado por primera vez a los tres años.

DOS CONDICIONES PARA QUE UNA SENSACIÓN GRABE SU IMAGEN EN EL INCONSCIENTE: PRIMERO, QUE EMANE DE UN CUERPO INFANTIL MARCADO POR LA PRESENCIA DE UNA MADRE DESEANTE Y DESEADA POR EL PADRE DEL NIÑO Y, SEGUNDO, QUE ÉSTA SE REPITA FRECUENTEMENTE

Dicho esto, se nos impone la siguiente pregunta: ¿qué tiene que darse para que una sensación se conserve en el inconsciente como imagen? O, más precisamente, ¿cuáles son las condiciones que tienen que existir para que las sensaciones que le dan al bebé la impresión de que su cuerpo es una base, una masa funcional y un orificio erógeno perduren en la edad adulta? Para que una sensación imprima su imagen y pase así a formar parte constitutiva del inconsciente, es imperativo que se den dos condiciones: primero, que sea una sensación que emane del cuerpo cuando el bebé está en estado de deseo, esto es, en busca del cuerpo de su madre para encontrar placer, en busca de su presencia para encontrar en ella la ternura y la seguridad de saber intuitivamente que el padre, amado por la madre, les aporta seguridad afectiva. La madre, por su parte, debe estar animada por el deseo de compartir un momento de sensualidad, de afecto y de intercambio simbólico con el bebé. Si ella experimenta ese deseo, convencida de que su compañero la ama en su condición de madre y, sobre todo, en su condición de mujer, seguramente su presencia se instalará en el espíritu del niño pequeño. La madre deseada y deseante llega a ser así una madre interiorizada. ¿Qué significa "madre interiorizada" sino una madre que colorea con su presencia cada expresión de su hijo, al punto de poder ausentarse momentáneamente sin que él sufra su falta? Y, ¿cómo llega a alcanzar esa posición? Anticipándose a las expectaciones del recién nacido y dándole sentido a todas las producciones que él le dirige: sonrisas, miradas, movimientos corporales, llantos, gritos, heces o eructos. Dar sentido significa que la madre acoge cada una de las producciones de su bebé como mensajes de amor, de rechazo, de deseo o de angustia. ¡Ésta es la calidad del intercambio

madre-hijo que debe prevalecer para que las sensaciones vividas por el pequeños se inscriban en su inconsciente!

La segunda condición que debe darse para que una sensación forje una imagen duradera es la repetición. En efecto, para que una sensación deje su huella, también es preciso que sea experimentada con frecuencia, que sea percibida reiteradamente y que cada vez esté asociada a la presencia tierna, deseante y simbólica de los padres. Sólo una sensación reiteradamente experimentada que emane de un cuerpo impregnado de la presencia de la madre –de una madre deseante y deseada por el padre del niño– tendrá la intensidad suficiente para grabar en el inconsciente una imagen neta, vivaz, capaz de influir para siempre en el destino del sujeto.

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO ES LA IMAGEN DE UN RITMO

Por todo ello, es fácil admitir que una sensación que responde a esas condiciones es más que una simple sensación, es una emoción. Hasta ahora, tuve que emplear el término "sensación", pero en realidad se trata de una emoción, la emoción de un encuentro. En consecuencia, ya no diremos que la Imagen Inconsciente del Cuerpo es la imagen de una sensación, sino que es la imagen de una emoción. Ahora bien, aquí se impone una nueva precisión: ¿cuál puede ser el contenido de la imagen de una emoción? Quiero decir, ¿qué está representado en ella? Supongamos que la imagen es como un medallón, ¿qué motivo puede aparecer en él? ¿Una efigie, una escena? Para responder a estas preguntas, antes debo definir brevemente la emoción como una tensión, la tensión creada entre dos sensibilidades que se enlazan, ondulan y se ajustan, a semejanza de un dúo de bailarines que giran al ritmo de la música. La emoción es la tensión más íntima del encuentro carnal, deseante y simbólico entre el niño pequeño y su madre. Pues bien, lo

importante, y que quedará inscrito en imágenes, son las variaciones ritmadas de esta tensión, la cadencia del intercambio sensorial y sensual entre dos presencias que a menudo concuerdan y a veces están en desacuerdo. Lo que formará una imagen y permanecerá inscrito en la memoria inconsciente del niño no es la caricia real de la madre, tampoco el hecho de sentirse acariciado ni de sentir en sí mismo el placer que experimenta la madre al acariciarlo: no, lo que se inscribe y perdura en el inconsciente es la percepción de los tiempos fuertes y los tiempos débiles de la intensidad del contacto carnal entre ambos.

Ahora se comprende por qué el contenido del medallón no puede ser figurativo ni narrativo. La imagen de la emoción no es en modo alguno una figura. Por el contrario, hay que hacer el esfuerzo de renunciar a representarla con una forma visual. La imagen de la emoción no es visual, sino que es esencialmente rítmica; es la huella de un ritmo, la impronta en relieve de las variaciones ritmadas de la intensidad emocional. Y esto es finalmente lo que me importaba transmitir. *La Imagen Inconsciente del Cuerpo es, ante todo, la imagen de una emoción compartida, la imagen del ritmo de la interacción tierna, deseante y simbólica entre el niño y su madre.*

Con el dibujo de la *Figura 2* he intentado ilustrar, aunque sólo sea de manera aproximada, el ritmo de una emoción compartida.

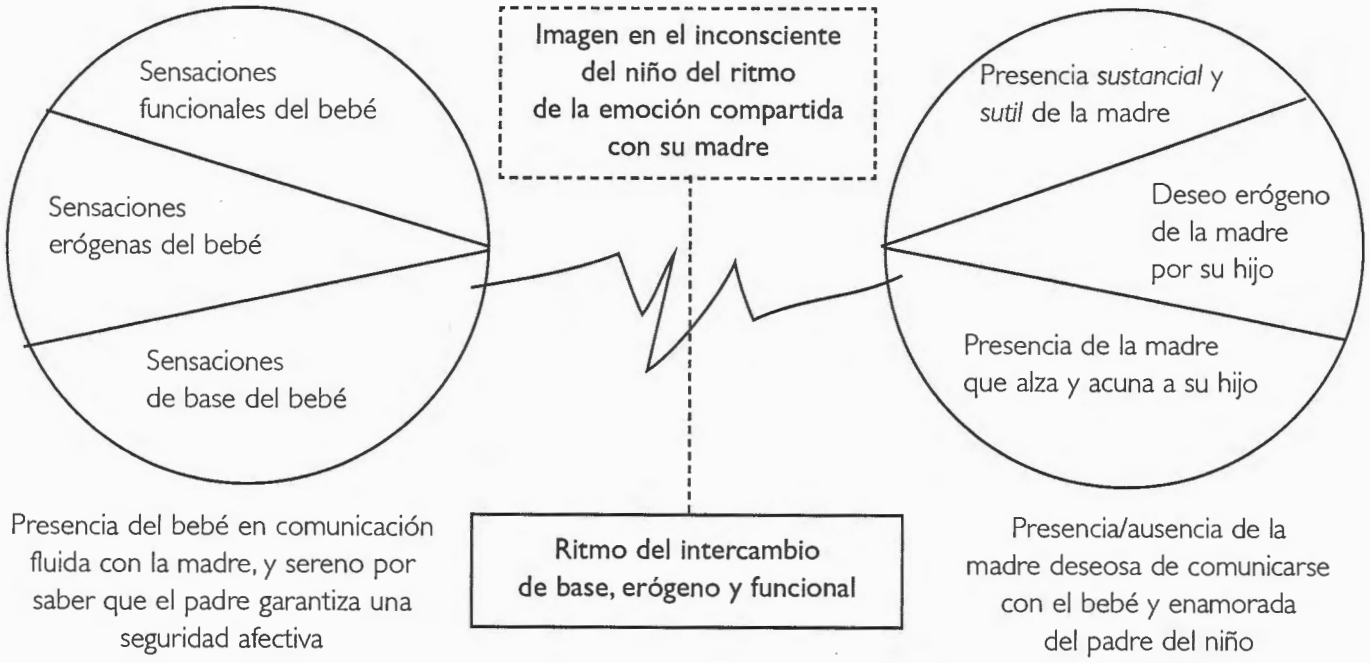

Figura 2

La Imagen del Cuerpo inscrita en el inconsciente del niño es la imagen del ritmo de la emoción compartida con su madre.

Comentario de la Figura 2

Al comienzo, definimos las imágenes inconscientes del cuerpo como imágenes de sensaciones, luego modificamos esa denominación diciendo que eran las imágenes de las emociones y ahora, con este esquema de la *Figura 2*, decimos que **La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la inscripción de un ritmo**, del ritmo del intercambio funcional, erógeno y de base entre el niño y su madre. Por ejemplo, el ritmo de base en un recién nacido será el que se instale en el inconsciente del niño cuando éste experimente tanto su cuerpecito cálidamente arropado en los brazos de su madre como la sensación de desamparo cuando ella lo deposita en la cuna. Lo que permanecerá inscrito en el inconsciente infantil con la forma de la Imagen Inconsciente del Cuerpo es ese ritmo alternado de sensaciones dulces y desagradables.

¿CÓMO ESCUCHA A SU PACIENTE UN PSICOANALISTA QUE TRABAJA CON EL CONCEPTO DE IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO? DOS EJEMPLOS CLÍNICOS

Decía yo que la Imagen Inconsciente del Cuerpo, más que un lenguaje de las sensaciones, era un lenguaje de las emociones, emociones que el analista debe conocer para comunicarse con el niño. Ahora, ya estoy en condiciones de afinar mi proposición y decir que la Imagen Inconsciente del Cuerpo es un lenguaje, sí, pero un lenguaje de ritmos; y que, para el terapeuta, hablar ese lenguaje significa ante todo entrar en resonancia con la vibración dominante de base, funcional y erógena de su paciente. Pero, ¿qué quiero decir con "entrar en resonancia"? ¿Cómo escucha a su paciente un psicoanalista que trabaja con el concepto de Imagen Inconsciente del Cuerpo? Para responder comentaré dos ejemplos clínicos: uno tomado de la práctica de Françoise Dolto, y el otro surgido de mi propia experiencia.

"La niña de la boca de mano"

El primer caso que presentaré es el de "La niña de la boca de mano". Este ejemplo tiene la ventaja de mostrarnos, de un modo brillante, el arte con que un analista maneja la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo. Se trata de una niña de cinco años, esquizofrénica, que sufre de una grave fobia del tacto. Cuando se le sirve su plato preferido, evita utilizar las manos y toma el alimento directamente con la boca y lo traga de una vez. Imaginemos a esta pequeña con la cabeza en el plato, apoyándose sobre la mesa, con las manitas retraídas y los antebrazos replegados contra el pecho. Durante una sesión con Françoise Dolto, la pequeña paciente, sentada a la mesa de juegos, adopta la misma actitud extraña y toma con la boca la pasta de modelar. En ese momento, Dolto le tiende una bolita de masa de modelar y le dice: "Puedes tomarla con tu boca de

mano". De inmediato, la niñita esboza el gesto que siempre había temido realizar: tiende el brazo, toma el trozo de pasta con la mano y, torpemente, se la lleva a la boca.

La palabra de Dolto fue fulgurante porque supo hablar el lenguaje de la imagen del cuerpo enfermo de su pequeña paciente. Si le hubiera dicho: "Puedes tomar la pasta de modelar con tus manos", esas palabras no habrían surtido ningún efecto. Mientras que con la frase "Puedes tomarla con tu boca de mano", la analista logró expresar en palabras la primacía de la boca sobre la mano. Cuando Dolto le dice a la niña "tu boca de mano", le habla en el dialecto de su cuerpo, el dialecto de sus sensaciones más vivas, el dialecto de su ritmo sensorial dominante, a saber, el ritmo de la oralidad. Al decir "tu boca de mano", reconoce el imperio de la boca sobre la mano, de la oralidad invasiva sobre la motricidad claudicante. Y al hacerlo, sencillamente reconoce a la niña tal como es, allí donde está, retirada en su refugio oral; enferma, por cierto, pero a salvo. Dolto logró comunicarse con la niña porque se introdujo, mental y hasta afectivamente, en la caverna donde la niña se refugiaba y, desde el interior, comprendió de inmediato que la imagen regresiva y tranquilizadora era una imagen oral. La niña puede liberarse, precisamente, porque la terapeuta la reconoce en su prisión oral regresiva. Con algunas palabras sencillas, de una simplicidad poética, Dolto desempeña el papel de un barquero que alienta a la niña a avanzar desde el estadio oral al estadio siguiente, el estadio motor-anal. ¿Y cómo procede? Enuncia en el presente de la sesión la palabra que no fue dicha en el momento en que la niña habría precisado oírla, pronunciada por el adulto tutelar. Pues entonces habría tenido la fuerza de abandonar el estadio oral y conquistar el estadio motor propio de su edad. Al invitarla a "tomar con su boca de mano", es como si Dolto, en resonancia con el imaginario enfermo de la niña, le hubiese dicho: "No temas nada, has regresado al estadio oral e hiciste bien pues utilizando la boca te sientes reconfortada en un cuerpo seguro que te da el sentimiento de ser tú misma. Ahora que sabes que alguien ha com-

prendido hasta qué punto era necesario para ti encontrar una seguridad de base, aunque sea en la regresión, te sientes lo suficientemente fuerte para dejar ese estado regresivo y conquistar el estadio siguiente." Si, a manera de respuesta, pudiéramos hacer hablar al inconsciente de la niña, le oiríamos decir: "Esas palabras dicen lo que siento y que no sabía que sentía. Y aunque lo hubiese sabido, no habría podido decirlo. Desde el momento en que esas palabras nombraron lo que experimento, me sentí mejor, más apaciguada, me sentí yo misma. Ahora finalmente puedo existir en una continuidad de ser, con un antes y un después. Eso es lo tranquilizador: tener un antes y un después, tener una historia. Si hoy me siento segura, en una seguridad muy diferente del encierro regresivo en que me marchitaba, es porque acabo de comprender que el tiempo no se detiene en el presente, que puedo transformarme en alguien diferente, sin dejar por ello de ser quien era." ¡Eso es lo que nos diría el inconsciente de la niña!

"La bebé que velaba por su mamá"

Ahora quiero presentar otro caso, el de Clara, "la bebé que velaba por su mamá". Un día recibo a una niñita de diez meses y a su mamá. La bebé es un niña pálida, flacucha, endeble, que come muy poco y ya casi no duerme, apenas tres horas por noche. La madre me cuenta que ha llevado a su hija a varios pediatras, pero sin obtener resultados. Me precisa que antes la niña lloraba mucho pero que, últimamente, en lugar de llorar, Clara dejó de dormir y permanece con los ojos abiertos y tristes. Durante esta primera entrevista, la niñita está como apagada, inexpresiva, rendida sobre las rodillas de la madre. Después de algunos minutos de conversación, me dirijo a la madre y le pregunto si ella duerme bien de noche:

–He perdido el sueño, doctor. ¿Cómo podría dormir yo si Clara no duerme?, me responde.

Insisto:

–Pero, el poco tiempo que duerme, ¿duerme bien?

La madre duda y luego contesta:

–En realidad, me pasa algo espantoso. Cuando me duermo, suelo tener una pesadilla horrible que hace que me despierte sobresaltada: veo, de pie ante mí, a mi hermana que llora y me habla. Es como una visión.

–¿Y qué piensa de esa pesadilla?

–Es mi hermana mayor que se suicidó hace un año y medio en condiciones dramáticas. Y esta visión se repite noche a noche desde que nació Clara –dice la madre y en ese momento estalla en sollozos.

Viendo a la madre bañada en lágrimas, dirijo la mirada a la bebé, que continúa sentada con aspecto desalentado en las rodillas de su mamá, y con toda la convicción de ser plenamente escuchado, le digo:

–Quiero que sepas, Clara, que he comprendido por qué no dormías. No duermes porque sientes que tu mamá está en peligro y quieres protegerla. Pero ahora que he comprendido por qué llora, te prometo que yo me voy a ocupar. Yo me ocuparé de ahora en adelante de la pena que aqueja a tu mamá. ¡Ahora, te lo aseguro, puedes dormir tranquila!

Pues bien, mientras yo le decía esto, créanme, la niña volvió la cabeza hacia mí y me lanzó una mirada cargada de inteligencia. Ya no tenía los ojos melancólicos y sin brillo del comienzo de la sesión. La pequeña Clara se enderezó de inmediato como si su cuerpo hubiera cobrado vida. Se acurrucó contra el pecho de su mamá y apoyó la cabeza en su brazo con un gesto de alivio.

Tres días después, cuando volví a ver a ambas, la niña no era la misma y también la madre había cambiado. ¿Qué habrá ocurrido? Mis palabras consolaron a la bebé pues, al asegurarle que yo iba a ocuparme de su mamá, le quitaron el peso de la tarea imposible de tener que hacerlo ella misma. Es como si, hasta entonces, la pequeña Clara hubiese tenido que ocuparse de sí misma al tiempo que se ocupaba de su mamá, con la esperanza de recuperar a una madre no angustiada, disponible, con un par

de brazos animosos, acogedores, cálidos y tranquilizadores. Mientras que la niña del caso de Dolto había tenido una regresión del estadio anal al estadio oral o, más precisamente, de la imagen anal motriz a la imagen de base oral tranquilizadora, Clara, por su parte, había perdido su base, carecía del apoyo materno, condición indispensable para proteger su deseo de vivir. La madre ya no la sostenía, pues estaba totalmente absorbida por su pena. Clara no había regresado a un estadio anterior, sino que, por el contrario, se había proyectado demasiado hacia delante para su edad, se exigía más allá de sus fuerzas para proteger a la madre, no sólo por amor, sino porque necesitaba recobrar esos brazos firmes que debían sostenerla. Clara estaba agotada por el esfuerzo sobrehumano de una vigilia interminable.

Diría que, en el caso de "la boca de mano", Dolto enuncia una palabra que reconoce a la niña en su repliegue regresivo, donde ella se había confinado en busca de seguridad: "Has hecho bien en regresar y yo te voy a buscar allí donde tú estás". Y precisamente porque la terapeuta la reconoció, la niña tuvo la fuerza para salir de su estadio regresivo oral y conquistar el estadio motor que le permitió recuperar el uso de las manos. En cambio, en el caso de "la bebé que velaba por su madre", mi intervención indujo el movimiento inverso. Clara se había anticipado al estadio siguiente, es decir, al estadio motor-anal, en el que un niño ya puede ponerse de pie. Desesperada e intentando convertirse en mamá de su propia madre, Clara fue demasiado lejos para un bebé. Al decirle "Yo me ocupo de tu mamá, tú puedes dormir tranquila", le hablé implícitamente en la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo, dándole seguridad y restituyéndole su base: "¡Descansa! Vuélvete hacia ti misma y recobra la seguridad inocente de la bebé que eres".

¿Cómo surgieron en mí esas palabras? En el momento mismo en que vi a esa madre deshacerse en lágrimas, comprendí que el sufrimiento de la bebé respondía a su deseo de sostener a una madre frágil, a sentir la responsabilidad de convertirse en la madre de su madre. Pero mi comprensión no fue el

resultado de una reflexión, sino que, por el contrario, se me impuso como un relámpago en el espíritu. Hasta ese momento preciso, yo no había comprendido la causa de la tristeza ni del insomnio de la pequeña. Fue necesario que escuchara los sollozos de la madre y que la viera sufrir para que, espontáneamente, me volviera hacia la bebé y me sintiera llamado a ese lugar donde la niña vive su cuerpo de sensaciones, al lugar donde es todo emoción. Y, ¿qué encontré? ¿Qué sentí? Sentí que la pequeña Clara vivía su cuerpo como si éste tuviera la rigidez del tétanos, crispado y extendido hacia delante, queriendo encontrar ansiosamente los brazos de su madre que ya no la sostienen. Incluso pude imaginar que ese cuerpo extraño era un cuerpo despojado de la espalda, como si, al perder los brazos de la madre, Clara hubiera perdido también su propia espalda, una espalda que antes permanecía moldeada en el hueco de los brazos maternos. En realidad, el cuerpo imaginario de la pequeña Clara es todo lo contrario del cuerpo sin tonicidad de una niña triste, es el cuerpo hipertónico de una niña con una sobrecarga de tensión que quiere realizar desesperadamente un esfuerzo que la sobrepasa. Ante mí, yo veía a una bebé abatida pero, en mi escucha imaginaria, se perfilaba la figura de una niña con el cuerpo hipertenso, estirado al máximo hacia delante. Aquí vemos en qué medida el cuerpo inconsciente, nacido en la escucha de un psicoanalista, es radicalmente diferente del cuerpo concreto que se ofrece a la mirada.

EL PSICOANALISTA HABLA LA LENGUA DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO DE SU PACIENTE

Ahora me gustaría responder, aún con más concisión, a la pregunta que atraviesa todo el capítulo: ¿cómo entra el analista en resonancia con su paciente y cómo encuentra las palabras necesarias para aliviarlo de su sufrimiento? Quiero decir, ¿qué pasa en la cabeza del psicoanalista para que espontáneamente le

surjan las palabras que su paciente esperaba? Esquemáticamente, descompongo en cinco tiempos este proceso mental, extremadamente rápido, que moviliza el espíritu del analista entre el momento preciso en que se siente capturado por una manifestación del paciente –en el caso de Clara, el llanto de la madre— y el momento en que pronuncia las palabras que mitigan el sufrimiento. Distingo, pues, cinco tiempos que se suceden en el espacio de un segundo: un tiempo de *observación*, un tiempo de *visualización*, un tiempo de *sensibilización*, otro de *vibración rítmica* y, por último, un tiempo de *interpretación*.

Ante todo, el psicoanalista ***observa*** e interpreta las manifestaciones de su paciente como proyecciones hacia el exterior de imágenes inconscientes del cuerpo infantil.

Luego, el analista se siente capturado, aspirado, por una palabra o un gesto del paciente y, casi sin advertirlo, ***visualiza*** el cuerpo de las sensaciones primitivas que supone reinan en el inconsciente del analizando. El psicoanalista ve surgir entonces en su mente la representación del cuerpo extraño tal como éste se perfilaría de acuerdo con las sensaciones vividas por un niño pequeño, un cuerpo retorcido a la manera de esos cuerpos pintados por Francis Bacon o El Bosco. Ese cuerpo imaginado puede adoptar el aspecto de un extraño ensamblaje de órganos: en lugar de una mano, aparece una boca, en el sitio del bajo vientre se perfila una cabeza y, para colmo, la cabeza de una madre; en lo alto de un rostro se abre la cavidad de las cuencas oculares donde faltan los ojos; o incluso, en el ejemplo de Clara, se dibuja un cuerpo estirado, desprovisto de espalda, con los brazos extendidos en busca de un objeto inaccesible, un cuerpo de bebé sin anclaje, flotando en el aire.

Se sucede entonces el tercer tiempo, en que el terapeuta se identifica con ese cuerpo imaginado que se impone en su mente. Aquí, identificarse significa que siente, no lo que siente el niño real que está en la sesión, sino lo que sentiría un ser que habitara ese cuerpo extraño imaginado por el analista. Si volvemos al ejemplo de Clara, yo no me identifiqué con la bebé atónica que se encontraba ante mí, sino con la niña hipertónica de

grandes ojos redondos que me imaginé. Insisto: el analista no vive los sentimientos que experimenta el bebé real de la sesión, *siente* las tensiones que supone animan el cuerpo que ha visualizado en su imaginario. En suma, me identifico con el ser que imagino y no con el ser real que veo.

Marcado por la imagen de ese cuerpo extraño, de anatomía estrafalaria, y atravesado por el sentimiento de las tensiones que lo gobiernan, ***vibro*** al ritmo de esas tensiones hasta coincidir con el ritmo erógeno que da cadencia al cuerpo real de mi pequeña paciente.

Así es como, consciente de ese cuerpo visualizado y cargado por la intensidad de mi impresión sensible, le traduzco al paciente ese estado psíquico a través de una ***interpretación***. Hablo en el momento que estimo más oportuno y empleando palabras sencillas, conmovedoras, pero, sobre todo, palabras que el paciente esté en condiciones de entender. Por ello, el psicoanalista habla la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo de su analizando.

Le propongo al lector que revisemos estos cinco tiempos en la *Figura 3*, donde he dibujado la cabeza de un analista que revela al paciente –niño o adulto– la Imagen Inconsciente del Cuerpo que está en el origen de los síntomas.

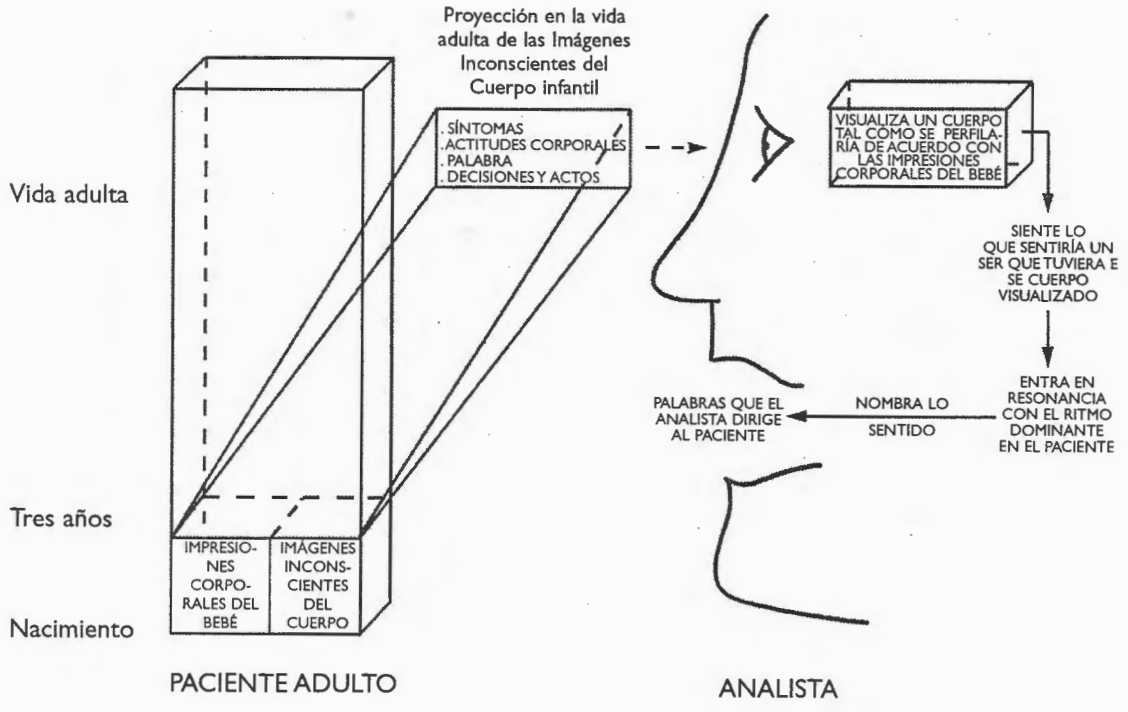

Figura 3
El psicoanalista habla la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo de su paciente.

Comentario de la Figura 3

Primero, el psicoanalista ***observa*** y comprende las manifestaciones de su paciente como las proyecciones de las imágenes inconscientes del cuerpo infantil. Luego, ***visualiza*** lo que sería el cuerpo de esas primeras experiencias, seguidamente ***siente*** esas impresiones, ***vibra*** a su ritmo y, finalmente, ***interpreta***. Estos cinco tiempos conjugados (observación, visualización, identificación con lo sentido, vibración e interpretación) especifican lo esencial de la escucha analítica. Por ello, cuando uno se pregunta cuál es la diferencia entre el psicoanálisis y la psicoterapia, una respuesta posible sería afirmar que lo propio del psicoanalista es que escucha a su paciente cumpliendo este proceso mental de cinco tiempos.

*

Leonardo da Vinci utilizaba una palabra para decir que cada ser tiene una manera particular de moverse, de actuar, de sentir o de hablar. Esa palabra es "serpentear". Para Leonardo, el objeto del arte consiste, justamente, en captar esta ondulación íntima de un ser y hacerla sensible en la obra plástica. Inspirado por este ideal del artista, yo diría que la ambición del psicoanalista también es sorprender el movimiento serpenteante singular de su analizando, darle una forma imaginaria y vibrar al ritmo de sus intensidades erógenas. Si el psicoanalista logra percibir dentro de sí mismo el serpenteo interior del otro, naturalmente surgirán en él las palabras que debe decir. Esta manera de captar el inconsciente del analizando, no ya desde afuera, sino desde dentro, desde el interior del otro y el interior de uno mismo, es un acto analítico que está sometido a varios imperativos. En primer lugar, es esencial comprender que esta inmersión en el inconsciente del otro no se consigue todos los días ni con todos los pacientes; en segundo lugar, hay que entender que supone un esfuerzo intenso y difícil porque semejante "captación del inconsciente del paciente con el propio inconsciente" –según la expresión de Freud– sólo puede producirse si el analista permanece disociado entre una parte de sí que se implica plenamente en ese proceso y una parte lúcida, que observa. Esta disociación del terapeuta exige una enorme tensión mental y una considerable energía. Finalmente, aun cuando esta inmersión eminentemente intuitiva no sea el resultado de una elaboración intelectual, es indiscutible que no podría producirse sin una larga y regular frecuentación de la teoría. Captar el inconsciente del paciente en un relámpago interior y traducirlo en palabras accesibles es la cúspide de una pirámide cuya base está constituida por una sólida formación teórica. No obstante, más allá del saber conceptual, del saber que da la práctica clínica y del conocimiento profundo de los síntomas y de la historia del paciente, el psicoanalista debe, además y sobre todo, poder hacer intervenir su propio inconsciente o, tal vez debería decir,

su propia Imagen Inconsciente del Cuerpo, hacerla sonar como un instrumento delicado y ligero, siempre dispuesto a amoldarse a las manifestaciones esquivas del inconsciente de su paciente.

*

A manera de conclusión, diré que, aunque la lectura de este capítulo pueda dar la impresión de que el psicoanalista vive en el culto del pasado y de los recuerdos de la primera infancia, esa impresión es engañosa. Lo que importa en una cura analítica no es rememorar sino revivir. Cuando escucho a mi analizando, sin duda espero que surja el pasado, pero cuando surge a través de una emoción, se transforma en el instante presente más novedoso que pueda darse. Cuando el pasado se hace presente, ya no es pasado, es una producción nueva. También es cierto lo inverso. Cuando innovamos, cuando realizamos un acto creativo, es decir, cuando modificamos el ambiente que nos rodea y, al hacerlo, nos modificamos, no tengamos dudas, estamos recreando nuestro pasado y haciendo que revivan nuestras raíces más profundas.

2. El concepto de Imagen del Cuerpo, de Lacan: nuestra lectura

No somos nuestro cuerpo de carne y hueso, somos lo que sentimos y vemos de nuestro cuerpo

María percibe una imagen alucinada de su cuerpo

Siempre percibimos una imagen deformada de nuestro cuerpo

¿Qué es una imagen?
Una imagen es siempre el doble de algo

Las imágenes actuadas del cuerpo son, para el psicoanalista, una de las vías privilegiadas para acceder al inconsciente del paciente

Mi cuerpo y sus dos imágenes principales: la imagen mental de mis experiencias corporales y la imagen visual de mi apariencia en el espejo

Mi cuerpo real es el cuerpo que siento:
la imagen del cuerpo real

Mi cuerpo imaginario es el cuerpo que veo:
la Imagen especular

Ocho proposiciones sobre la Imagen especular del cuerpo:
el Estadio del espejo

Mi cuerpo simbólico es el cuerpo que nombro:
la imagen del cuerpo simbólico

El yo freudiano es la imagen mental del cuerpo que siento

El yo lacaniano es al mismo tiempo la imagen del cuerpo que siento y la Imagen especular del cuerpo que veo

Nuestra hipótesis:
El yo está tanto en nuestra cabeza como en los seres que amamos; está en nosotros y fuera de nosotros

Respuestas a algunas preguntas

NO SOMOS NUESTRO CUERPO DE CARNE Y HUESO, SOMOS LO QUE SENTIMOS Y VEMOS DE NUESTRO CUERPO

Al comenzar este capítulo, inspirado por la lectura de Lacan, quisiera expresar de entrada la idea rectora a la que vamos a llegar. Pero antes recordaré brevemente la historia del concepto psicoanalítico de Imagen del Cuerpo. Digamos de inmediato que Freud nunca utilizó la expresión "imagen del cuerpo" y que esta noción fue elevada al rango de concepto analítico sólo en las últimas décadas. El autor que la formalizó por primera vez fue Paul Ferdinand Schilder, un psicoanalista vienés que emigró a los Estados Unidos en la década de 1930. Considero que su obra, titulada, precisamente, *La imagen del cuerpo*, es un libro valioso y moderno. Desde que apareció originalmente en inglés en 1938, se han publicado numerosos trabajos notables, pero ese texto sin duda continúa siendo una referencia mayor de la bibliografía analítica. Otros autores asociaron su nombre a la noción de Imagen del Cuerpo; pienso sobre todo en Wallon, uno de nuestros grandes psicoanalistas

franceses. Henri Wallon en Francia, Charlotte Bühler en Alemania y James Mark Baldwin en los Estados Unidos y luego en Francia concibieron una teoría muy avanzada del impacto que ejercía la imagen de sí mismo, reflejada en el espejo, en el desarrollo infantil. Estos pioneros, cada uno a su manera, así como los numerosos estudios psicológicos sobre el comportamiento del bebé ante el espejo y algunas investigaciones etológicas inspiraron a Jacques Lacan para elaborar su célebre "Estadio del espejo". Tenemos, pues, primero a Wallon, Bühler y Baldwin, en el campo de la psicología, y luego a Lacan y un poco más tarde a Françoise Dolto y Gisela Pankow, psicoanalistas de la misma generación, que también produjeron, en estilos diferentes, una teoría de la Imagen del Cuerpo. Françoise Dolto la llamará Imagen Inconsciente del Cuerpo, concepto que hemos tratado extensamente en el primer capítulo; Pankow propondrá, por su parte, la imagen dinámica del cuerpo. Recordemos, finalmente, que otro investigador, el neuropsiquiatra Jean Lhermitte, especialista en los fenómenos alucinatorios, ya había aportado en 1939 una valiosa contribución a la psicopatología de lo que él llamaba "la imagen del propio cuerpo", término apreciado y retomado por Lacan.

Después de este resumen histórico, pasemos a la idea rectora a la que quiero llegar, idea que será provechoso tener presente a lo largo de la lectura. Es por ello que invito al lector a consultar regularmente la *Figura 4* (pág. 92), que ilustra lo esencial de mi concepción de la Imagen del Cuerpo. Ahora bien, ¿cuál es ese pensamiento esencial, esa idea rectora en la que desembocaremos? La idea es que yo *considero la Imagen del Cuerpo como la sustancia misma de nuestro yo*. No somos nuestro cuerpo de carne y hueso, somos lo que sentimos y vemos de nuestro cuerpo: soy el cuerpo que siento y el cuerpo que veo. Nuestro *yo* es la idea íntima que nos forjamos de nuestro cuerpo, es decir, la representación mental de nuestras experiencias corporales, representación constantemente influenciada por la imagen que nos devuelve el espejo. Para decirlo brevemente: tengo el sentimiento de ser yo mismo cuando siento y veo mi

cuerpo vivo. Ésta es la idea fuerza que desarrollaremos en este capítulo y, hasta diría, en toda nuestra obra. Para nosotros, el *yo* está, pues, compuesto por dos imágenes corporales diferentes pero indisociables: la imagen mental de nuestras experiencias corporales y la imagen especular de nuestro cuerpo. Sentir que nuestro cuerpo vive y verlo moverse en el espejo me produce el sentimiento incomparable de ser yo.

En el fondo, el *yo* no es más que un sentimiento, el sentimiento de existir, el sentimiento de ser uno. Éste es un sentimiento eminentemente subjetivo porque se basa en la vivencia igualmente subjetiva de nuestras imágenes corporales. Así es como Lacan considera que el *yo* es una entidad esencialmente imaginaria cincelada por todas nuestras ignorancias, por todas las equivocaciones y todos los espejismos que desdibujan la percepción que tenemos de nosotros mismos. Por eso Lacan califica el *yo* como "lugar de desconocimiento". Sentir que mi cuerpo vive y verlo en movimiento me procura la certeza inmediata de ser yo mismo, certeza que, sin embargo, oculta mi ignorancia de quién soy y de dónde vengo. El *yo* es al propio tiempo la certeza de ser uno mismo y la ignorancia de lo que uno es. Agitado por el hormigueo de mis sensaciones internas y por la visión de mi cuerpo, sé que existo, pero no sé quien soy. Decididamente, las imágenes mentales que nos forjamos de nuestro cuerpo, sustrato de nuestra identidad, son imágenes subjetivas y deformadas que falsean la percepción que tenemos de nosotros mismos. Un día, me creo débil porque me duele la espalda, otro día, me creo fuerte porque mi cuerpo ya no me preocupa y, al día siguiente, me siento viejo, luego de descubrir las primeras canas en el espejo. En realidad, nuestro *yo* es un conjunto de imágenes de uno mismo cambiantes y con frecuencia contradictorias y la causa de esa disparidad es la vivencia subjetiva de nuestro cuerpo. Ahora ya estamos en condiciones de completar el enunciado de nuestra idea fundamental, según la cual la Imagen del Cuerpo es la sustancia de nuestro *yo*, y agregar que la Imagen del Cuerpo es la sustancia *deformante* de nuestro *yo*. *No hay un* yo *puro; el yo es siempre resultado*

de la interpretación completamente personal y afectiva de lo que sentimos y de lo que vemos de nuestro cuerpo. Y digo: una interpretación completamente personal y afectiva porque las imágenes de nuestro cuerpo –ya sean las que experimentamos o las del espejo– son imágenes que se alimentan del amor o del odio que llevamos en el cuerpo. En suma, afectivas y cambiantes, las imágenes deformadas de nuestro cuerpo nos imponen fatalmente una imagen distorsionada de nuestro *yo*. Pero ya es tiempo de emprender nuestra demostración y comenzaremos presentando el ejemplo clínico de una paciente que sufre, como veremos, de una deformación extrema y enfermiza de la imagen de su cuerpo.

MARÍA PERCIBE UNA IMAGEN ALUCINADA DE SU CUERPO

Marie es una joven estudiante, alumna de una importante escuela de comercio, que ha venido a consultarme, luego de someterse a varias internaciones por una anorexia grave. Desde la primera entrevista, comprendí que aquella paciente de mirada vivaz, pero cuerpo esquelético y asexuado –y digo asexuado en las formas, porque era muy sensual en su porte– sufría de la más severas de las anorexias. Hago aquí un paréntesis para mencionar que a menudo compruebo en las jóvenes anoréxicas ese contraste asombroso entre una delgadez aterradora y el encanto femenino que exhalan. Pues bien, decía que me di cuenta de que María sufría de la forma de anorexia más severa, la que corresponde a una estructura psicótica forclusiva. En efecto, distingo dos variantes de la anorexia, una de estructura neurótica y otra de estructura forclusiva, en la que la joven es presa de la convicción delirante de sentirse y verse obesa. Independientemente de cuál sea su peso, aunque sea ínfimo, la anoréxica forclusiva tiene la certeza absoluta de ser gorda y rolliza, particularmente en la zona de los muslos y la cadera. Desde la pubertad, y obnubilada por su obesidad, María se obstina en borrar la menor curva femenina y en afinar su cuerpo hasta hacerlo inmaterial, etéreo, dejarlo vaciado de su sustancia. Durante una sesión en la que ella se quejaba de sus poco agraciadas redondeces, aunque acababa de alcanzar el peligroso límite de los 38 kilos, le propuse que abandonara el diván y me acompañara hasta el enorme espejo del vestíbulo del edificio donde tengo el consultorio. Aunque ya pasaron tres años, recuerdo muy bien esta escena. Los dos nos hallábamos de pie delante del gran espejo mural y yo le pedí entonces que me mostrara dónde se veía gorda. Con toda naturalidad y sin vacilar un instante, María se pellizcó a través de la tela del pantalón los pocos músculos atrofiados de la cadera y me dijo: "¿Lo ve? ¡Me gustaría poder reducir todo esto!". Sorprendido, le contesté: "Pero ¡ésos son tus músculos!". "No –insistió Marie–, esto no es músculo, es grasa, rollos de grasa que no consigo hacer desaparecer." Al escucharla, me preguntaba cómo podía negar hasta ese punto la realidad de su cuerpo esquelético. Y pensé: éste es el ejemplo perfecto de lo que llamo una forclusión local, es decir, la negación absoluta e inconsciente a integrar en el *yo* una representación inaceptable, en nuestro caso, la representación del cuerpo femenino. En efecto, desde que aparecieron las primeras señales sensibles y visibles de su pubertad, María no ha querido ni ha podido aceptar sentirse mujer, experimentar y ver su cuerpo de mujer. No, la sensación y la visión de su cuerpo femenino, es decir, la representación inconsciente que tiene de su feminidad, le resulta intolerable y, sin darse cuenta, debe arrancarlas imperativamente de su cabeza. Ahora bien, conocemos el célebre aforismo lacaniano sobre la forclusión: lo que se expulsa de lo simbólico reaparece violentamente en lo real. Digámoslo con nuestros términos: una representación que se destierra del mundo del espíritu, reaparece violentamente en el mundo de los sentidos, como una cosa alucinada, visual, auditiva, olfativa o táctil. El *yo* enfermo rechaza inconscientemente una representación que le resulta inconscientemente insoportable y ésta reaparece súbitamente y se hace perceptible a los sentidos alucinados. En una palabra,

una representación deja de ser ideada para reificarse en alucinación. De acuerdo con la hipótesis de la forclusión, la alucinación se explicaría, pues, como una perturbación grave de la percepción provocada precisamente por una perturbación grave de la simbolización, vale decir, por la expulsión brutal de una idea inconsciente que la cabeza no puede tolerar. Así es como, sin advertirlo, María rechaza la representación repulsiva del cuerpo femenino y la vuelve a encontrar transformada en una alucinación táctil y visual, la de palparse y verse gorda. María vomita su feminidad repugnante que se le presenta aún peor en la locura de sentir entre sus dedos la grasa de su cadera descarnada y de verse gorda en el espejo. Atormentada desde la infancia por la imagen del cuerpo monstruoso de su madre –de la madre tal como ella la ve y no como verdaderamente es, de su madre fantasmática y no de su madre real— María forcluye toda feminidad, alucina que es obesa y, por lo tanto, maltrata su cuerpo, lo somete al hambre y lo lleva hasta el límite de la vida. Respecto del combate que la anoréxica libra contra el peligro de un cuerpo afeminado y con curvas, quiero destacar otra característica propia de estas pacientes, la de sentirse orgullosas de controlar su peso y achatar sus formas. Para ellas, este dominio insensato del cuerpo constituye un triunfo y su orgullo secreto. Hago notar que esa sensación de victoria que las embriaga explica la resistencia feroz que, con frecuencia, oponen las anoréxicas a la cura. El peor enemigo del profesional que trata a una anoréxica es el goce que experimenta la paciente al domar su cuerpo y poder enorgullecerse de ese dominio. Ésta es la razón de que la mayoría de estas pacientes no tenga interés en consultar al psicoanalista y, cuando lo hacen, a menudo es por consideración a los padres preocupados.

Esto es lo que le sucede a María. Pero, ¿qué nos pasa a nosotros? ¿Cómo vivimos nuestro cuerpo? ¿Cómo lo sentimos? ¿Cómo lo vemos? Seguramente, no somos víctimas de alucinaciones ni de una forclusión devastadora como la que aqueja a María. Sin embargo, también nosotros somos ciegos a la realidad objetiva de nuestro cuerpo, e incluso, ciegos de nacimiento, porque nunca supimos ni sabremos sentir o ver nuestro cuerpo tal como es, sino que lo sentimos y lo vemos tal como deseamos o tememos que sea. Todos nos creamos una imagen exagerada de nuestro cuerpo –ya sea por exceso o por defecto– o una idea falsa de nuestras sensaciones internas. A veces lo sentimos o lo vemos demasiado grande o demasiado joven o demasiado vulnerable o, por el contrario, eternamente infatigable. Otras veces, lamentamos tener la cabeza demasiado grande o la nariz prominente o sufrimos por tener el pene o los pechos ridículamente pequeños. A menudo, doloridos, nos inventamos una anatomía completamente imaginaria y localizamos erróneamente nuestro dolor en un órgano que, sin embargo, no está afectado. Es indiscutible que nunca percibimos el cuerpo tal como es; siempre lo percibimos en más, en menos o, de algún modo, diferente. Sólo vemos lo que queremos ver, o mejor dicho, lo que nuestro deseo inconsciente nos pide ver. Si tuviéramos que compararnos con María, yo diría que, mientras ella, psicótica, alucina su cuerpo obeso, nosotros, neuróticos, deformamos la percepción del nuestro. Esto nos muestra en qué medida la imagen que tenemos de nuestro cuerpo es siempre una imagen falsa, un espejismo obligado.

SIEMPRE PERCIBIMOS UNA IMAGEN DEFORMADA DE NUESTRO CUERPO

La imagen del ser o de la cosa que amo,
odio, temo o deseo es necesariamente falsa.
J.-D. N.

Pero, ¿por qué son falsas nuestras imágenes corporales? ¿Por qué llegar a la conclusión de que la imagen de nuestro cuerpo está distorsionada? ¿Por qué Lacan repite continuamente que las imágenes nos engañan, nos mienten y enmasca-

ran la realidad? Y, de manera más general, ¿cuándo podemos decir que una imagen es falsa? Respondamos de inmediato a estas preguntas: la imagen de un objeto percibido es falsa cuando amo u odio ese objeto; también es falsa cuando el objeto percibido despierta al niño que hay en mí; y también es falsa cuando percibo ese objeto con ojos de amor o de odio, o con candor de niño, pero al mismo tiempo lo percibo con la mirada severa del padre que está en mí, que juzga y me juzga. Por ello, sólo puedo forjar una imagen falsa de todo lo que amo u odio. Mi percepción estará ineludiblemente deformada por la influencia de mis sentimientos de amor y odio, conscientes o inconscientes; deformada por la reviviscencia de una experiencia infantil; y deformada además por la presencia del Otro, de todos los otros que llevo en mí. Precisemos al pasar que, cuando digo el Otro con O mayúscula como lo escribe Lacan, debe entenderse la presencia interiorizada de todos aquellos que fueron, son o serán mis elegidos y, al mismo tiempo y más globalmente, la influencia social, económica y cultural del mundo en que vivo. En suma, la expresión "gran Otro" abarca tanto mis condicionamientos más inmediatos como los que me impone la sociedad en la que estoy inmerso. Ahora bien, la conjunción de estos tres factores: mis sentimientos conscientes e inconscientes, las experiencias que me marcaron en la infancia –olvidadas o no– y el Otro, entretejen entre los tres la apretada trama de mi subjetividad y esta conjunción toma el nombre de *fantasma inconsciente*. Debo agregar además un cuarto elemento del fantasma, un cuarto componente constitutivo que no debemos olvidar y al que volveremos luego, a saber, la imagen misma, quiero decir con esto: la imagen que conservo en mi memoria inconsciente del objeto amado que vuelvo a encontrar hoy. Tomemos el ejemplo de esta botellita de agua Perrier que tengo ante mí; está allí en toda su materialidad de objeto real, no significa nada y no me molesta; indiferente, la percibo tal como es: no ha sido objeto de ninguna investidura fantasmática. Pero si al observar su color verde y su forma redondeada característica, recuerdo que alguna vez fue la bebida refrescante preferida de mi madre, de pronto, la botellita me produce una impresión y yo le presto una atención afectiva. En ese momento, la redescubro como un objeto de mi historia. Ya no la veo tal como es, neutra y anónima, sino más grande, radiante y más fresca de lo que realmente es. La botella se ha vuelto sugestiva, es decir que significa algo y que, a partir del momento en que adquiere sentido, la encuentro en mí. Y ¿en qué parte de mí? Allí donde se hallaba en estado de vigilia, entre mis afectos, en mi memoria inconsciente y en mi relación con el Otro que amé y perdí. En suma, la encuentro en mi fantasma infantil. Ahora existe para mí: acabo de reavivarla. La vi, la reconocí e instantáneamente se reanimó en mí su antigua imagen, que ahora recubre, como un velo, el objeto real que está sobre la mesa. Este dejó de ser el objeto banal que me dejaba indiferente, ahora sale a la luz de mi conciencia emocionada y me arrastra a la escena de mi fantasma. El pasado se hace presente y el presente se reencuentra con el pasado. Desde este momento, ya no volveré a ver la botellita de Perrier tal como es, sino que la veré tal como mi deseo quiere que sea. O mejor aún, desde el momento en que la tomé como ejemplo, la botella perdió su insignificancia y se transformó no sólo en mi botella, sino en nuestra botella, es decir también en la botella de mi lector, si esta alegoría despertó en él el recuerdo de un instante pasado. Decía, pues, que el fantasma estaba compuesto por tres elementos: los sentimientos, la presencia del pasado y el gran Otro, y ahora agrego un cuarto, la imagen infantil y fantasmática que cubre y deforma la imagen objetiva del objeto presente. Sin olvidar lo previo a todo fantasma, pienso en la materialidad misma del objeto, en su consistencia real, condición sin la cual, por supuesto, el fantasma no hubiera podido formarse ayer ni reactivarse hoy. Sin el objeto de vidrio, ¡no habría habido fantasma! Para decirlo brevemente, percibimos la cosa real que tiene un valor afectivo para nosotros a través del filtro de un fantasma compuesto por cuatro lentes deformantes. Esas cuatro lentes son: los sentimientos (*"Lo/la amo"*), el recuerdo (*"Encuentro hoy el mismo objeto de ayer"*), el gran

Otro (*"Es feo"* o *"Es bello"*) y la imagen antigua del objeto que se superpone a la imagen de hoy y la deforma (*"Percibo el objeto a través de la imagen que conservo de él en mi memoria afectiva e inconsciente"*).

Pero precisamente yo pregunto: "¿Qué es lo más importante para usted? Sus hijos, su pareja, sus padres, su casa, su trabajo o hasta... su analista?". Pues bien, de todos los seres y las cosas que usted ama y cuya percepción se encuentra más que nunca velada por sus fantasmas, hay un objeto, supremo y privilegiado, que prevalece sobre todos los demás, el compañero más indispensable, vital y precioso, a saber, su propio cuerpo. De modo que podemos estar seguros de que cada vez que sentimos nuestro cuerpo, lo vemos o lo juzgamos, nos forjamos de él una imagen deformada, completamente afectiva y decididamente falsa. Para decirlo sin rodeos, nunca percibimos nuestro cuerpo tal como es sino tal como lo imaginamos; sólo lo percibimos *fantaseado*, es decir, envuelto en las brumas de nuestros sentimientos, reavivado en nuestra memoria, sometido al juicio del Otro interiorizado y percibido con una imagen que ya tenemos de él. Así es como, fieles a nuestros fantasmas, ¿qué digo?, esclavos inocentes de nuestros fantasmas, vivimos cotidianamente nuestro cuerpo, o bien olvidándolo (y aquí identifico mi cuerpo con mi ser y me digo que *soy* mi cuerpo), o bien pensando en él (y aquí considero mi cuerpo como mi bien más estimable y me digo *tengo* un cuerpo). Pero, independientemente de que mi cuerpo sea yo o me pertenezca, que corresponda al orden del *ser* cuando lo olvido o al orden del *tener* cuando pienso en él; independientemente de que lo identifique con mi *yo* o que lo considere mi compañero más amado o más odiado, el más conocido o el más extraño, el más dócil o el más rebelde, el más gratificante o el más tiránico, en todos los casos, sólo podré sentir, ver y juzgar mi cuerpo a través de una percepción deformada. Por ello podemos decir que, entre nuestro cuerpo y nosotros, se interponen inevitablemente las lentes deformantes de nuestros fantasmas. Vivimos y morimos sin saber que un velo engañoso, embebido de amor, de recuerdos y de juicios, siempre ha falseado la percepción que tenemos de nuestro cuerpo.

¿QUÉ ES UNA IMAGEN?
UNA IMAGEN ES SIEMPRE EL DOBLE DE ALGO

Tenemos, pues, una imagen deformada de nuestro cuerpo. Muy bien. Pero, ¿qué es una imagen? ¿En qué superficie se proyecta? ¿Cuál es su estructura? ¿Cuáles son sus funciones y propiedades? ¿Qué energía la anima? ¿Qué teorías de Freud y de Lacan dan cuenta de ellas? Y finalmente, ¿cuál es el cuerpo cuya réplica es la imagen corporal? A continuación profundizaremos en estos numerosos interrogantes, sometidos todos a una pregunta mayor: ¿qué interés tenemos los psicoanalistas en comprender qué es una imagen corporal? ¿Qué está en juego en este concepto evasivo y difícil que se sustrae a nuestros esfuerzos, se deja atrapar y se nos escapa nuevamente?

Comencemos respondiendo a las dos preguntas elementales que, sin embargo, son las menos estudiadas en la bibliografía psicoanalítica: ¿qué es una imagen? Y ¿cuál es el cuerpo cuya réplica es la imagen corporal? Definamos primero la imagen en general. Se cree equivocadamente que la imagen corresponde únicamente a la esfera de la visión y con frecuencia se confunde imagen con imagen visual. Esto es un error, pues bien sabemos que existen muchas otras imágenes además de la visual. ¿Qué es, pues, una imagen? De todas las definiciones de ese término, prefiero la que proponen los matemáticos, porque es la más clara y rigurosa. Esa definición dice que, dados dos objetos que pertenecen a dos espacios distintos, diremos que el objeto *B* es la *imagen* del objeto *A* si a todo punto o a todo grupo de puntos de *B* corresponde un punto de *A*. Como vemos, esta ecuación simple nos permite comprender fácilmente que una imagen es el doble exacto o semejante de un antecedente. La imagen es entonces la réplica fiel o aproximada de un original y cada uno de ellos corresponde a un espacio y hasta a un tiempo diferente. Por ejemplo, diré que la caricatura de mi cara es una imagen semejante, porque a los trazos gruesos del dibujo corresponden rasgos precisos de mi rostro. Una vez admitida esta definición depurada de la imagen, resta

saber sobre qué tipo de soporte se proyecta la imagen. La imagen es, pues, un doble que puede aparecer, ya sea como un reflejo en una superficie pulida –como el reflejo de mi silueta en un espejo o en un vidrio–, como una representación grabada en la superficie virtual de la conciencia o del inconsciente –como la imagen consciente de una sensación gustativa o la imagen inconsciente y reprimida de la misma sensación ya experimentada en la infancia–, o por último, como una actitud corporal, un comportamiento o un gesto irreflexivos. Esta última variante, que yo califico de imagen *actuada*, es la manifestación corporal involuntaria de una emoción no consciente, sino inconsciente. La imagen actuada no está en el espejo, no está en la cabeza; aparece en los actos sin que el sujeto se dé cuenta de que sus actos expresan una experiencia emocional antigua de la que no tiene memoria. Por ejemplo, diremos que una mirada triste (manifestación corporal) puede ser la imagen actuada de un duelo no resuelto (haber perdido súbitamente a un padre muy querido, sin haber sentido, extrañamente, ningún dolor: el dolor de la pérdida fue tan traumatizante que el *yo* no lo experimentó). Retomaremos luego esta categoría de la imagen actuada.

Pero, aunque la imagen sea un reflejo visible, una representación mental consciente o inconsciente o hasta una actitud corporal significativa, nunca deja de ser el doble de algo. La imagen visual es el doble de la apariencia del cuerpo, la imagen mental es el doble de una sensación y la imagen actuada es el doble de una emoción inconsciente. Al recordar la definición matemática de la imagen, acabo de establecer el primero de los tres principios que cumplen la función de hilo conductor de mi investigación. Así pues, el primer principio, el más general, es: *una imagen es siempre el doble de algo*. El segundo principio se enuncia del modo siguiente: *el doble, es decir, la imagen, puede existir o bien en nosotros, en nuestra cabeza, como una representación mental consciente o inconsciente, o bien, fuera de nosotros, visible en una superficie o hasta transformada en un acto observable dentro de un comportamiento significativo*. Cuando decimos que la imagen se dibuja en nosotros, queremos decir que se imprime en nuestra conciencia o en nuestro inconsciente; un ejemplo es la imagen consciente e imprecisa del dolor de muelas; y cuando decimos que la imagen se presenta fuera, significa que es exterior a nosotros y el mejor ejemplo es la imagen que nos devuelve el espejo. Mientras que este segundo principio designa el lugar donde se inscribe la imagen –en uno mismo o fuera de uno mismo–, el tercer principio, eminentemente psicoanalítico, se relaciona con la carga emocional y fantasmática de la imagen y puede formularse así: no hay imagen que no sea conmovedora; o bien, no hay imagen que no corresponda a un objeto investido afectivamente, inscrito en la memoria consciente o inconsciente y atrapado en la red de la relación con el Otro. En el fondo, para los psicoanalistas, sólo hay imagen de un objeto amado, odiado, deseado o temido. La imagen consciente de un dolor de muelas sería conmovedora si estuviera asociada, por ejemplo, al recuerdo penoso de la jeringa del dentista de mi infancia. Como en el ejemplo de botellita de agua: antes de hablar de ella, su imagen correspondiente a otro tiempo estaba dormida; ahora que he hablado de ella, la redescubro y la vuelvo conmovedora. Señalemos además que, al estar cargada de amor, de odio o de otros sentimientos, la imagen conmovedora nunca puede ser la copia perfecta de un objeto real sino que es su copia aproximada, su doble deformado. El tercer principio, insisto, postula que, *psicoanalíticamente hablando, no existen imágenes que no sean conmovedoras y, por lo tanto, deformadas*; de otro modo, la imagen queda fuera del campo del psicoanálisis. Todo lo que nos conmueve afectivamente, es decir, todo lo que supone la existencia de un fantasma subyacente, corresponde al campo del inconsciente y todo lo que nos es indiferente en ese sentido, queda excluido. En resumidas cuentas, la imagen que nos interesa a los psicoanalistas siempre es la imagen conmovedora y falsa de un objeto amado, odiado, deseado o temido, es decir, de un objeto fantaseado cuyo paradigma es el cuerpo.

Pero, si bien las imágenes conmovedoras son variadas, cada una de ellas es siempre el despertar de una primera imagen ins-

crita en el inconsciente, de una protoimagen. Dimos el ejemplo de la botella que reactiva su *imagen visual* cincelada hace tiempo en el corazón de la relación tierna de un hijo con su madre. Consideremos ahora el caso de una melodía que nos emociona porque despierta la *imagen acústica* de un antiguo placer auditivo. Pienso ahora en la canción *Ce monsier qui passe...* interpretada por el añorado Serge Reggiani con un fraseo que me hace evocar la voz cálida y llena de tonalidades de mi viejo tío italiano. Si siempre me he sentido subyugado por esa canción, ello se debe sin duda a que Reggiani la canta con el acento jovial y enternecedor del tío de mi juventud. Del mismo modo, me imagino a mi lector que se pasea por los senderos bordeados de rosas perfumadas de Bagatelle y se pone a soñar con las frescas noches de verano pasadas en el jardín de la casa familiar. ¡Nada nos trae tantos recuerdos como un olor! Como si las *imágenes olfativas* fueran, entre todas las imágenes grabadas en la memoria, las que están más prontas a renacer. Nuestro olfato percibe la fragancia de una flor, el perfume de una piel o el aroma de un vino y, súbitamente, los recuerdos se agolpan. Pero también hay *imágenes dolorosas* impresas en la memoria, por ejemplo, un violento ataque de apendicitis sufrido en la pubertad y que vuelven a encenderse al menor dolor de estómago. Cuando un objeto nos emociona, una música nos sensibiliza, un perfume nos cautiva o la idea de revivir un antiguo dolor visceral nos angustia, podemos estar seguros de que ya hemos vivido una sensación visual, auditiva, olfativa o dolorosa que se inscribió en el inconsciente y acaba de reanimarse en el presente. Generalicemos. Toda sensación vivida intensamente en la infancia imprime en nuestro inconsciente una imagen original (protoimagen) que se reactivará como una imagen consciente y conmovedora cuando aparezca una sensación semejante o un elemento asociado a ella. Veremos que la imagen original o protoimagen también puede exteriorizarse en una manifestación corporal espontánea (imagen actuada).

Si ahora tuviéramos que resumir los tres principios que definen qué es una imagen, diríamos: *la imagen es siempre el doble de algo; la imagen puede imprimirse dentro de nosotros o aparecer fuera de nosotros en un espejo o a través de un comportamiento;* y, por último, psicoanalíticamente hablando, *la imagen es el doble imperfecto y conmovedor de un objeto que nos importa y, por lo tanto, tiene una carga fantasmática, pues la imagen siempre es el despertar de una protoimagen inconsciente*. Y, ¿cuál es el objeto que más nos importa sino el propio cuerpo cuando, conmovido, nos hace revivir una experiencia pasada? Más tarde volveremos a examinar la naturaleza de nuestro cuerpo pero, por el momento, propongo reagrupar esquemáticamente las principales definiciones de una imagen.

¿QUÉ ES UNA IMAGEN?

- La imagen es el ***doble*** exacto o semejante de un ser o de una cosa.
  ❒ Ejemplo: la caricatura de mi cara.

- La imagen es el ***doble*** que aparece como un ***reflejo*** en una superficie pulida.
  ❒ Ejemplo: el reflejo de mi cuerpo en el espejo. Luego veremos que el cuerpo que aparece en el espejo es el *Cuerpo imaginario*, vale decir, la apariencia del cuerpo, y que la imagen del espejo es lo que llamamos Imagen especular.

- La imagen es el ***doble,*** grabado en la ***conciencia,*** de una sensación inmediatamente percibida y que afectivamente es importante para nosotros.
  ❒ Ejemplo: la *imagen consciente*, no visual e imprecisa, del sabor de un excelente café. Seguramente, todos sabemos reconocer ese sabor, asociarlo al aroma del café, incluso imaginar que el gusto tiene el color del ébano y, sin embargo, nunca podríamos definir exactamente ese gusto y aún menos verlo. Lo mismo puede

decirse de una imagen gustativa que, como toda imagen sensorial, no puede ser sino aproximada. Por supuesto, nuestro ejemplo sólo es válido si el placer de degustar el café nos remite a una experiencia gustativa semejante vivida en el pasado. Veremos más tarde que la imagen consciente, no visual, imprecisa y conmovedora de nuestras experiencias sensoriales (gustos, olores, sonidos, etcétera), investidas afectivamente, es una de las variantes de la imagen del *cuerpo real*. Si el cuerpo imaginario es el cuerpo visto, el cuerpo real es el cuerpo sentido.

- La imagen es el ***doble***, impreso en el ***inconsciente***, de una sensación intensamente vivida en la infancia. Esta imagen, conservada en la memoria inconsciente y que llamamos *protoimagen*, es el prototipo que sirve de modelo para todas las imágenes ulteriores, conscientes o actuadas, de una experiencia semejante.
  ❒ Ejemplo: en Proust, el gusto reencontrado en la edad adulta de la magdalena de su infancia (imagen gustativa) o, más generalmente, las múltiples reviviscencias de sensaciones (olfativas, gustativas, visuales, táctiles, etcétera) intensamente experimentadas en la infancia y luego reprimidas. La imagen original (protoimagen) puede *permanecer en el plano inconsciente* o bien *elevarse al plano de la conciencia* en ocasión de una nueva percepción (nuestro ejemplo de la botellita de Perrier), o incluso, como veremos en seguida, puede *exteriorizarse en un movimiento espontáneo del cuerpo*, como la manifestación corporal de una emoción. Veremos luego que la protoimagen inconsciente de nuestras impresiones infantiles también es una variante de la imagen del *cuerpo real*.

- La imagen es el ***doble actuado*** (*imagen actuada*) de una emoción de la que el sujeto no tiene conciencia. Digámoslo de otro modo, el cuerpo representa la emoción que no puede vivirse en la cabeza.
  ❒ Ejemplo: el alcoholismo, considerado como un comportamiento autopunitivo, es la imagen actuada de un sentimiento de culpa inconsciente que se expresa mediante una conducta expiatoria. En realidad, la imagen actuada es la expresión, no de un sentimiento inconsciente de culpa en estado bruto, sino de un sentimiento de culpa dramatizado en una escena fantaseada en la cual el yo culpable se angustia ante los reproches del superyó acusador. En el inconsciente, toda emoción es fantaseada. Recordemos aquí que la imagen actuada es uno de los destinos posibles de la protoimagen inconsciente que, en nuestro ejemplo, es la escena fantaseada. Veremos luego que la imagen actuada es una variante más de la imagen del *cuerpo real*.

- La imagen es el ***doble nominativo*** (nombre) que designa una particularidad del cuerpo.
  ❒ Ejemplo: la expresión "labio leporino" es *la imagen nominativa* de una fisura labial congénita. Veremos después que la imagen nominativa es la imagen del *cuerpo simbólico*.

LAS IMÁGENES ACTUADAS DEL CUERPO SON, PARA EL PSICOANALISTA, UNA DE LAS VÍAS PRIVILEGIADAS PARA ACCEDER AL INCONSCIENTE DEL PACIENTE

Ahora debo responder a la segunda pregunta de las dos que nos formulábamos antes: ¿cuál es ese cuerpo cuyo doble es la imagen corporal? Pero no puedo hacerlo sin decir primero por qué me intereso en un concepto tan delicado como es el de la Imagen del Cuerpo. Elegí esta noción para presentarla tal como la concibo, basado en mi práctica clínica y en mi lectura de la teoría lacaniana, porque la imagen corporal ha demostrado ser una de las vías privilegiadas de acceso al inconsciente del paciente que se nos ofrecen a los analistas en una cura. Pues,

¿cómo captar una emoción inconsciente, una emoción de la que el paciente no tiene conciencia? ¿Cómo identificar esa emoción que conmueve a nuestro analizando si no lo hacemos a través de un brillo en la mirada, una expresión distraída del rostro y, si está extendido, a través de la manera de habitar su cuerpo, de mover la cabeza, de producir sonidos guturales o de murmurar palabras inaudibles? Todos ellos son mensajes corporales, indicadores preciosos para un psicoanalista, "simulacros"* –diría Lucrecio–, "apariencias" –replicaría Lacan– y nosotros, hoy, diremos que esos mensajes son imágenes, imágenes corporales. Aquí puedo oír la pregunta del lector: "¿Cómo imágenes corporales? ¿Por qué calificar como imagen la amargura de una mirada, la opresión de una voz o la contracción de un rostro que manifiesta cólera?". Todas estas manifestaciones corporales, estos simulacros, esas apariencias, estos mensajes emitidos por un cuerpo trémulo de emoción, verdaderas vías de acceso al inconsciente, decididamente son imágenes pero, como habrá comprendido el lector, son imágenes *actuadas*. Son imágenes-movimiento, imágenes que no se proyectan ni en una superficie reflectante ni en la superficie psíquica; no son imágenes del espejo ni imágenes mentales, sino que son movimientos significativos de un cuerpo atravesado por una emoción inconsciente: recordemos el ejemplo de la mirada triste que expresa un duelo no resuelto. Las imágenes actuadas no se forman en dos dimensiones sino en tres, no se dibujan en nuestra conciencia sino que se representan concretamente en una actitud corporal involuntaria susceptible de ser interpretada por el psicoanalista como la expresión reveladora de una emoción congelada en el inconsciente. En suma, las imágenes actuadas son posturas, mímicas o gestos espontáneos de las imágenes vividas más que reflejadas, representadas más

* Siguiendo a su maestro Epicuro, Lucrecio cree que existen unas membranas tenues llamadas "simulacros" que se desprenden de los objetos, los envuelven en una especie de velo flotante y deforman la percepción que tenemos de ellos. Ésta es la razón de que nunca veamos lo que es, sino el simulacro que lo sustituye (*Simulacra*, *De rerum natura*, IV, verso 34).

que dibujadas sobre una pantalla. Podemos comprender, pues, hasta qué punto estas imágenes, estos signos no verbales, son para el practicante verdaderos asideros de las emociones inconscientes del pacientes, emociones que el analista debe experimentar y visualizar en él, antes de devolvérselas verbalmente al analizando (véase la *Figura 3*, pág. 46).

Sin duda, en nuestra práctica se dan muchas otras manifestaciones de la imagen actuada. Pienso, por ejemplo, en una de las modalidades de interpretación de ciertos sueños de mis pacientes. Con frecuencia tiendo a dibujar el sueño que me han contado. Sí, dibujo, como si fuera una historieta rápidamente esbozada, la escena que me describe el paciente. Sin dejar de escuchar los comentarios que el analizando hace sobre su sueño, miro mi croquis, me inspiro y construyo las hipótesis que luego me sentiré impulsado a revelarle o no. Al hacer esto, provoco un retorno de la imagen del sueño que el paciente expresó en palabras. El transformó la imagen onírica en palabras y yo, el analista, encuentro la imagen onírica a través de sus palabras. Pero, independientemente de que sea la imagen que aparece en el sueño o la que mi mano dibujo espontáneamente en el papel, esa imagen sigue siendo, en el fondo, una imagen eminentemente actuada. ¿Por qué? Porque todas las imágenes que producimos distraídamente, quiero decir, afectivamente, y más aún, transferencialmente, son exteriorizaciones espontáneas de una imagen corporal profundamente anclada en el inconsciente y que ya denominamos protoimagen. La secuencia sería la siguiente:

La *protoimagen* inconsciente del *analizando* se exterioriza en las imágenes oníricas, es decir, en las *imágenes actuadas* por el sueño. → Las imágenes actuadas del sueño del analizando reactivan la *protoimagen* inconsciente del *analista*, que se exterioriza en una imagen actuada encarnada en los movimientos de la mano que dibuja del terapeuta y en el dibujo espontáneo que produce. → En ese momento, el analista, impregnado de la historia de su paciente e intérprete de su propio dibujo, le da un sentido al sueño que acaba de escuchar. Ciertamente, en el

corazón de tal escucha, el inconsciente del analista ha operado como un instrumento de percepción capaz de captar la protoimagen inconsciente del analizando, que está en el origen del sueño.

En suma, ya sea que estalle en medio de la noche con la forma de una imagen onírica o que guíe mi mano de analista para dibujarla, la protoimagen inconsciente del cuerpo marca con su sello todas las formas que dibujamos, sobre todo las que dibujamos espontáneamente, aun cuando parezcan muy alejadas de la forma del cuerpo humano. Digámoslo con claridad, toda línea que trazamos maquinalmente es la expresión actuada de un ritmo corporal inscrito en lo más profundo de nuestro inconsciente. Señalemos, a manera de conclusión, en qué medida las imágenes actuadas le ofrecen al psicoanalista la prueba indiscutible de que el cuerpo es el camino real que lleva de modo más directo al inconsciente.

MI CUERPO Y SUS DOS IMÁGENES PRINCIPALES: LA IMAGEN MENTAL DE MIS EXPERIENCIAS CORPORALES Y LA IMAGEN VISUAL DE MI APARIENCIA EN EL ESPEJO

En rigor, deberíamos decir que a las dos imágenes principales de nuestro cuerpo, se agregan otras dos, la imagen actuada por nuestro cuerpo en movimiento y la imagen nominativa de una particularidad física. Así es como, para el psicoanálisis, tenemos cuatro imágenes, cuatro maneras de vivir nuestro cuerpo: sintiéndolo (imagen mental), viéndolo (imagen del espejo), siendo desbordados por él (imagen actuada) y nombrándolo (imagen nominativa).

*

El lector podrá hallar una visión sintética de las dos principales imágenes del cuerpo y de las otras dos que la completan en la Figura 6 de la pág. 97.

Pero volvamos a nuestra pregunta: ¿cuál es el cuerpo cuyo doble es la imagen corporal? Recordemos que el cuerpo que le interesa al psicoanálisis no es nuestro organismo, el cuerpo auscultado, atendido y operado de la medicina. No, el cuerpo que nos interesa es nuestro cuerpo vivo, ciertamente, pero tal como lo amamos o lo rechazamos, tal como está inscrito en nuestra historia y tal como está implicado en el intercambio afectivo, sensual e inconsciente con nuestros compañeros privilegiados. Como puede verse, el cuerpo que nos interesa es el cuerpo tal como lo vivimos, tal como lo interpretamos y, para decirlo de una vez, tal como lo fantaseamos. Desde esta perspectiva, comprendemos mejor por qué es tan difícil despegar nuestro cuerpo de carne y hueso de la percepción subjetiva que tenemos de él, de la imagen deformada que nos forjamos o incluso del fantasma con el cual se confunde. En la vida afectiva y, *a fortiori*, en la cura analítica, el cuerpo y la imagen o, de modo más general, el cuerpo y el fantasma, son uno, son indisociables.

Siendo esto así, podemos entender el cuerpo fantaseado desde un punto de vista lacaniano según las tres dimensiones de lo *real*, lo *imaginario* y lo *simbólico*: cuerpo real, cuerpo imaginario y cuerpo simbólico. De mi lectura de la obra de Lacan, deduzco que, desde su célebre conferencia de 1936 sobre el Estadio del espejo hasta sus últimas proposiciones inspiradas en la topología de los nudos borromeos, Lacan nunca dejó de concebir el cuerpo siguiendo una u otra de esas dimensiones. Aclaro inmediatamente que Lacan nunca reagrupó los tres estados del cuerpo como yo acabo de proponerlo ni, menos aún, postuló que ese cuerpo de tres facetas sea nuestro cuerpo tal como lo vivimos, es decir, tal como lo fantaseamos. También quiero precisar que la expresión "cuerpo real", lejos de nombrar nuestro organismo, para Lacan designaría la llama interior que lo irradia, sus vibraciones internas, a saber, las sensaciones, los deseos y el goce. Cuerpo real significa, pues, lo real del cuerpo, o sea, todo lo que en el cuerpo es presencia inefable de la vida. Hecha esta precisión terminológica, pasemos a mi lec-

tura de la tríada lacaniana de los tres cuerpos. Diré que el *cuerpo real* es el cuerpo que siento, que el *cuerpo imaginario* es el que veo y que el *cuerpo simbólico* es a la vez mi cuerpo *simbolizado*, *símbolo* en sí mismo y *significante*, vale decir, agente de cambios operados en mi realidad somática, afectiva y social. Aclarémoslo un poco. Mi cuerpo siempre es un cuerpo fantaseado, pero cuando lo siento, adquiere la condición de real; cuando lo veo, adquiere la condición de imaginario; cuando provoca un cambio en mi vida, adquiere la condición de significante. He aquí los tres estados de nuestro cuerpo fantaseado, el único que, insisto, le interesa al psicoanálisis. Trataremos ahora de abordar separadamente cada uno de estos estados y su imagen respectiva.

MI CUERPO REAL ES EL CUERPO QUE SIENTO: LA IMAGEN DEL CUERPO REAL

Acabo de decir que el cuerpo real es el cuerpo que siento. Pero, ¿por qué calificar de real ese cuerpo sentido? Lo real es muy difícil de explicar porque en sí mismo es un concepto indefinible; no es simbolizable y se sustrae a toda aprehensión por parte de la razón. Lo real es, en realidad, un átomo indivisible, el grano ínfimo de arena alrededor del cual se cristaliza la perla del fantasma. Expliquémoslo. Todo nuestro imaginario, nuestros sueños y nuestras fantasías se construyen a partir de lo que sentimos físicamente y que ya sentimos antes siendo niños. ¿Qué es esa impresión sino el hormigueo de nuestras sensaciones, de nuestros deseos y del goce? Éste es el grano de arena, lo real que está en el corazón de todo fantasma: el estremecimiento de la vida en nuestro cuerpo. El cuerpo real, en el sentido lacaniano de la expresión, es a la vez cuerpo de las sensaciones, cuerpo de los deseos y cuerpo del goce. El cuerpo de las sensaciones internas y externas es nuestro cuerpo sensorial; el de los deseos es nuestro cuerpo erógeno, cuerpo abierto al

cuerpo del otro para dar y recibir placer; y, por último, el cuerpo del goce es nuestro cuerpo cuando sentimos que gasta su energía, que soporta las tensiones extremas, que se desgasta y se degrada inexorablemente. Sensación, deseo y goce son las intensidades crecientes de un cuerpo que calificamos como real; real, no porque sea sólido y palpable, sino porque la vida que está en él, esa efusión permanente, continúa siendo, para nosotros, un misterio impenetrable. La vida es tendencia, y la esencia de una tendencia se nos escapa y siempre se nos escapará, ya que lo sustancial de toda tensión viviente es nuestro real inaccesible al conocimiento, imposible de simbolizar. Lo real es lo absoluto que existe en sí y se sustrae a todo saber. Cuerpo real significa, pues, la fuerza que anima un cuerpo. Por ello, lo real del cuerpo es su fuerza. Pero, ¿qué fuerza? La fuerza que lo arrastra, la fuerza de nacer, de desarrollarse al máximo, de superar las enfermedades y de reproducirse; y lo hace al precio ineluctable de debilitarse. Decididamente, la vida sólo se desarrolla devorándose a sí misma.

Esto es lo que entendemos por cuerpo real, pero, ¿qué decir de su imagen? ¿Cómo definir la imagen del cuerpo real? Para responder, le propongo al lector que se preste al siguiente juego. Es un ejercicio de concentración. Le pido un instante de recogimiento: cierre los ojos, tápese los oídos y trate de concentrar toda la atención en las sensaciones que se agitan sordamente en su vientre, por ejemplo. ¿Qué siente? Aunque podría haber preguntado: ¿qué imagen se le representa de lo que siente? Pues no sentimos nada sin que se forme una imagen –aunque sea fugaz– en la placa sensible de la conciencia. Si, además, al concentrarse, evoca usted un recuerdo emotivo, diremos entonces que la imagen consciente de sus sensaciones viscerales es una imagen conmovedora. Agreguemos que la imagen consciente de una sensación incluye también la evocación imprecisa de la zona corporal de donde emana la sensación. Dicho esto, le formulo nuevamente mi pregunta al lector: estando concentrado en sus sensaciones digestivas, ¿qué siente usted? ¿Qué imagen se le representa? Suponiendo que me diri-

ja a ese lector, alrededor del mediodía, antes del almuerzo, él podrá responderme: "Siento el estómago vacío" o, por el contrario, si acaba de levantarse de la mesa: "Me siento hinchado", o bien, si está enfermo, podría describirme una desagradable impresión de náuseas. ¿Cuáles serían pues las imágenes formadas por sus sensaciones viscerales? Sin duda, la persona no podría explicarlas claramente, pues nos resulta imposible identificar certeramente la imagen de nuestras impresiones corporales. Se trata de una imagen difusa y fugitiva, verdadero fantasma que se desvanece en el momento en que nuestra conciencia querría trazar sus contornos. Por ello la imagen consciente de nuestras sensaciones físicas nunca es clara, sino siempre evanescente, nunca es realista sino siempre sugestiva.

Ahora bien, cuando la imagen consciente de una impresión corporal es conmovedora, o sea, cuando está asociada a un recuerdo emotivo, podemos estar seguros de que es la reviviscencia de una antigua imagen corporal grabada en el inconsciente durante una vivencia infantil intensa. Precisamente, hemos llamado protoimagen a esta imagen originaria, prototipo de todas las imágenes ulteriores de una impresión semejante. El ejemplo más ilustrativo de una protoimagen que hace su reaparición en la conciencia proviene de la literatura, más precisamente de ese psicólogo nato que fue Marcel Proust. La imagen gustativa de la primera magdalena de su infancia, conservada en el inconsciente, se le impone súbitamente en la conciencia cuando, treinta años después, saborea, con el mismo placer de antaño, un sorbo del té donde ha sumergido un trozo de magdalena. Pero también puede suceder que, en lugar de elevarse al plano de la conciencia, la imagen inconsciente de nuestras impresiones infantiles se precipite en una acción; nuestro cuerpo la representa como el sonámbulo representa la escena de un sueño. Observemos que estos dos retornos de lo reprimido, al plano de la conciencia o en los actos, se le imponen al sujeto sin que éste comprenda que se trata de resurgimientos de su inconsciente. Para que lo comprenda, es necesario que además un psicoanalista le revele el sentido de esta

repetición o –como en el caso de Proust– que él mismo lo descubra penetrando en su interior.

¿Cuál es, pues, la imagen del cuerpo real o, lo que es lo mismo, cómo experimentamos nuestro cuerpo? Podemos experimentarlo conscientemente (imagen consciente) o en el movimiento (imagen actuada), sin advertir, casi nunca, que esas dos modalidades de percepción actualizan una sensibilidad antigua y afectiva que llamamos "protoimagen inconsciente". En resumen, tenemos una imagen consciente de nuestras sensaciones actuales, otra actuada en el comportamiento involuntario y una tercera que está en el origen de las dos primeras, la protoimagen inconsciente de nuestras impresiones infantiles. Dolto habría llamado a esta imagen prototípica Imagen Inconsciente del Cuerpo. Esquematizando, diremos que la imagen del cuerpo real, originariamente inconsciente, puede retornar a veces como imagen consciente y a veces como imagen actuada.

La estructura de la imagen mental del cuerpo real. Pero, independientemente de su calidad psíquica, inconsciente, consciente o actuada, ¿cuál es la estructura de la imagen de nuestro cuerpo real? Si pensamos en todas las impresiones producidas por las excitaciones memorables que agitaron nuestro cuerpo infantil y que agitan nuestro cuerpo de adultos, es evidente que la estructura de la imagen mental de nuestro cuerpo real es una superficie acribillada de impactos, una superficie en mosaico, en la que cada pieza es una microimagen que refleja una impresión sensorial indecible, un aspecto de la zona corporal afectada y, a menudo, un detalle de las circunstancias de la experiencia. Un calambre en la pantorrilla (sensación), el ardor de todos los sentidos ante la proximidad del cuerpo lúbrico del amado (deseo), o la vivencia interior de una lasitud infinita (goce) son todas impresiones que, con la condición de que sean conmovedoras –y lo son–, imprimen microimágenes no figurativas, móviles, cambiantes y en perpetua sobreimpresión con las imágenes cinceladas en la infancia: una grabada recientemente se agrega a otra más antigua. Esto explica que la estructura de la imagen mental de nuestras impresiones físicas resulte una

especie de *patchwork* de microimágenes dispares, cada una de las cuales se vuelve a encender, intermitentemente, cuando la solicita una nueva sensación física que recuerda una primera experiencia de la que aquella es la imagen. En otras palabras, la pequeña imagen se enciende y se apaga de acuerdo con los movimientos libidinales, ya sea que éstos se susciten como consecuencia de una excitación exterior (como puede ser la presencia afectiva de otro), o que surjan por una excitación nacida del interior mismo del cuerpo. En este momento se me ocurre pensar en la instantánea divertida de una bolita "libidinal" que percutiera y encendiera por turnos las diferentes imágenes como los contactos intermitentes de un *flipper*. Respecto de la libido, nutriente vital de toda imagen, destaquemos que en el centro de la imagen en mosaico se desprende un lugar vacío de imágenes, un agujero alrededor del cual gravita el conjunto de las microimágenes. Por supuesto, ese agujero es una metáfora que nos indica la imposibilidad de representar en la imagen la energía libidinal que la vivifica. Digamos que el agujero "representa" en negativo la energía libidinal irrepresentable. Ésta es pues la imagen *patchwork*, agujereada, no visual, inconsciente, a veces consciente y conmovedora, a veces actuada, de nuestras impresiones psíquicas. Le propongo al lector examinar las *Figuras 4*, *5* y *6* (págs. 90, 92 y 98) donde comparo esta imagen mental y no visual del cuerpo real con la imagen del cuerpo imaginario, visible en el espejo, imagen que analizaremos a continuación.

MI CUERPO IMAGINARIO ES EL CUERPO QUE VEO: LA IMAGEN ESPECULAR

Pasemos ahora al cuerpo *visto*, al cuerpo *imaginario*. Así como el cuerpo real es el que siento, el cuerpo imaginario es el que veo, principalmente en el espejo. Pero, ¡atención! ¿Qué vemos de ese cuerpo? No se trata de la apariencia física en todos sus detalles, del color del cabello, de los rasgos de la cara ni del porte. No, el cuerpo imaginario es el cuerpo visto como lo vería un niñito de ocho meses. Es el cuerpo aprehendido en su masa, captado instantáneamente como una silueta o percibido globalmente como una sombra humana, tal como el hombrecito del espejo esbozado en nuestra *Figura 4*. Lacan llama Imagen especular a esta imagen instantánea del cuerpo, capturado de una vez y como un todo (*Gestalt*). Definamos entonces la Imagen especular como el reflejo de nuestra silueta en el espejo, silueta que puede aparecérsenos en un soporte –pantalla, fotografía, escultura o dibujo– o que también podemos reconocer en la apariencia de nuestro semejante o que incluso puedo reconstituir mentalmente observándome las piernas y los pies cuando estoy de pie. Salvo en este último caso, señalemos que la Imagen especular es siempre perceptible fuera de nosotros. Es ante todo visible y, más que visible, fascinante. Pues cuando me veo en un espejo o me encuentro en una fotografía o en una pantalla o cuando me siento atraído por las formas seductoras del cuerpo de mi pareja, mi imagen me conmueve, me cautiva, a veces me contraría o me devuelve una impresión decepcionante de lo que soy. Sí, la Imagen especular tiene el poder mágico y pérfido no sólo de alimentar el amor, sino también de fomentar el odio hacia uno mismo. Hay narcisismos positivos, pero también los hay negativos y dolorosos. Pues bien, ese poder que tiene la imagen de adularnos, decepcionarnos y siempre atraernos, me lleva a decir que, a semejanza de la imagen mental de nuestras impresiones internas, la Imagen especular es una imagen perforada, aun cuando el agujero no se vea. Como dije anteriormente, se trata de un agujero conceptual, una metáfora, una manera de indicar, en negativo, la energía libidinal invisible que galvaniza mi mirada cuando me contemplo en el espejo. En un espejo puedo ver todo, salvo lo que siento físicamente. No podemos ver reflejada la intensidad emocional que parte de nosotros y va hacia la imagen, la energiza, le da vida y vuelve a nosotros. Para decirlo de otro

modo, la libido no se refleja en el espejo, no hay reflejo de ese flujo libidinal que enciende mi mirada cuando me alegro o siento desagrado delante de mi imagen. No hay un reflejo especular del amor o del odio que siento cuando me absorbo en la contemplación de la imagen de mí mismo. Por supuesto, en mi cara puede dibujarse, por ejemplo, un sentimiento de aborrecimiento, pero el reflejo de ese rostro en el espejo no es la imagen del aborrecimiento. Ciertamente, el odio anima el rostro y la imagen del rostro, pero nunca tendrá imagen propia. No existe una imagen del odio en sí mismo ni, por lo demás, de ningún otro sentimiento. Para ilustrar esta ausencia de representación de la libido en la imagen, dibujé, en la *Figura 4*, un agujero común a las imágenes mental y especular del cuerpo, ambas atravesadas por el flujo libidinal que las irriga, las acerca y las fusiona.

Ahora me gustaría que estudiáramos en detalle las propiedades de la Imagen especular situándola nuevamente en el contexto teórico en que Lacan la concibió, en el del Estadio del espejo. Pero antes quiero destacar el inmenso poder antropomórfico que ejerce la Imagen especular del cuerpo humano. Esta imagen no sólo es –en cuanto figura global del cuerpo— la más bella y sugestiva de las formas; también es el prototipo universal de todos los objetos inventados por el hombre. La mesa en la que escribo, las puertas, las casas, las ciudades, hasta este libro que el lector sostiene entre sus manos, fueron concebidos exactamente de acuerdo con la figura, las proporciones y el tamaño del cuerpo humano y esto es así desde los sumerios, varios milenios antes de nuestra era. Por ello, el hombre, a pesar de progresar incesantemente en el plano de la técnica y forjarse un nuevo imaginario cada vez más desconcertante, modela el mundo siguiendo la imagen global de su cuerpo visible. ¡Todo se construye para el cuerpo y según el cuerpo! Nada ha destronado y probablemente nunca destrone la forma primaria, graciosa y soberana del cuerpo humano: la redondez de una cabeza que corona la masa de un busto prolongado por cuatro miembros. Éste es el arquetipo más primitivo, pero

también el más eterno, de todas las maravillas que creamos y delante de las cuales nos prosternamos.

OCHO PROPOSICIONES SOBRE LA IMAGEN ESPECULAR DEL CUERPO: EL ESTADIO DEL ESPEJO

Examinemos pues la función de matriz que cumple la Imagen especular, en su condición de modelo de identificación para el niño pequeño y de fundamento de su identidad. Un interés por el rigor me induce a presentar lo esencial de este concepto inventado por Lacan en 1936, en 8 proposiciones principales. En aquellos años de preguerra e influido por los trabajos de Henri Wallon, así como por las investigaciones etológicas y neurológicas de la época, Lacan descubre la importancia del espejo en la formación de la identidad de un niño, que se produce entre los seis y los dieciocho meses. Y bautiza esta fase del desarrollo infantil con la expresión "Estadio del espejo". Acabo de decir que el espejo interviene en la formación de la identidad, pero debería haber sido más explícito y afirmar que interviene en la formación del *yo* [*Je*] y del *sí mismo* [*moi*] nacientes del niño. En este sentido, no olvidemos que Lacan siempre manifestó gran interés en distinguir estos dos aspectos de nuestra identidad: el *yo* y el *sí mismo*, ni que su célebre artículo sobre el Estadio del espejo lleva el título "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". Subrayo que Lacan dice expresamente "*formador de la función del yo*" y no, como uno se sentiría inclinado a creer, formador de la función del *sí mismo*. Decididamente, para Lacan, el *Je* no es el *moi*. ¿En qué se diferencian estas dos nociones? Lo responderemos en las páginas siguientes, pero digamos desde ya que el *yo* es el pronombre personal que indica la singularidad de un sujeto entre los demás seres humanos; el sujeto se piensa único y lo afirma de manera completamente natural diciendo: "Yo". El *sí mismo* es muy diferente. El *yo* implica sentirse uno mismo instalado en

un cuerpo, obedeciendo a sus necesidades, atravesado por deseos y producto de una historia. Si el *yo* es una afirmación, la afirmación de ser uno, el *sí mismo* es un sentimiento, el sentimiento de ser uno mismo. El primero es la afirmación simbólica y social de nuestra singularidad, mientras que el segundo es la afirmación imaginaria y afectiva de nuestro ser. Pero, ya se trate del *yo* o del *sí mismo*, como veremos, la Imagen del espejo es lo que le permite a un bebé de seis meses reconocerse y encontrar las bases de su futura identidad afectiva y social.

Así llegamos a nuestras 8 proposiciones sobre la Imagen especular. Comenzaré por definir el célebre Estadio del espejo.

❒ *En su acepción descriptiva, el Estadio del espejo es una fase observable del desarrollo infantil en el transcurso de la cual el niño aún muy pequeño descubre reflejada en un espejo la imagen global de su cuerpo. En su acepción teórica, el Estadio del espejo es un concepto psicoanalítico que da cuenta del nacimiento del yo [Je], de mí y del otro. Por lo tanto, el Estadio del espejo es tanto una fase como un concepto.*

❒ *El personaje principal del Estadio del espejo no es el bebé, ni siquiera su mirada; sino la Imagen especular de su cuerpo.* Si imaginamos el Estadio del espejo como un drama que se desarrolla alrededor de la Imagen especular, los demás personajes serían: el *cuerpo* del niño, la *luz* que lo ilumina, el *espejo* que lo refleja, el *ojo* que capta la imagen y, por último, el adulto que acompaña al niño, *testigo* de la escena. Todos estos protagonistas representan un drama cuyo desenlace es el nacimiento del *yo* del niño, del *sí mismo* y del *otro*.

❒ *La Imagen especular le muestra al niño que su cuerpo tiene una forma humana, le hace sentir que es una entidad distinta de las otras figuras reflejadas en el espejo y le hace creer que es una unidad homogénea*. Entre los seis y los dieciocho meses, el bebé descubre su

imagen en el espejo, aun cuando su sistema nervioso y motor no haya terminado de desarrollarse plenamente. A esa edad, la percepción visual está mucho más desarrollada que la coordinación sensorio-motriz. Esta discordancia entre un niño inmaduro desde el punto de vista motor, pero sorprendentemente precoz para verse en el espejo y regocijarse con esa visión, llevó a Jacques Lacan a elaborar su teoría del "Estadio del espejo". Durante este período, el lactante es feliz frente a su imagen porque tiene la impresión de poseer una forma humana, de ser una entidad entre las demás entidades reflejadas en el espejo y es feliz también de verse como un todo armonioso. Expliquémoslo. El Estadio de espejo es la fase en la que, por primera vez, el bebé percibe en el espejo una silueta humana, movediza y dinámica, que se corresponde con él. También es la primera vez que, al ver que su imagen se mueve, se percibe como una *entidad*, vale decir, como un individuo diferente de los seres y de las cosas que lo rodean, como los muñecos, los ositos, los otros niños y el adulto que lo alza en brazos. Sabe, por ejemplo, que el reflejo de la madre en el espejo no es el suyo. Decía que se percibe "como una *entidad*", pero no "como *sí mismo*", puesto que un bebé de seis meses aún no ha adquirido el sentimiento de sí que le permitiría decir: "¡Ése soy yo!" a la vista de su imagen. El niño del Estadio del espejo puede reconocerse global e intuitivamente en ese hombrecito reflejado ante él, pero no puede identificarlo y menos aún pensar que ese hombrecito es su propio reflejo. El niño sencillamente está fascinado de descubrir, gracias a su Imagen especular, que es una entidad de forma humana, distinta de los demás. Además, está encantado de comprobar que la silueta de contornos imprecisos que se ofrece a su mirada es una unidad armoniosa y móvil y que está viva. El hombrecito del espejo que se mueve con él está compuesto por un tronco coronado por una cabeza y se completa con dos brazos y dos piernas en un conjunto que se articula y se mueve cómodamente. Por lo tanto, debemos distinguir las tres experiencias que vive el bebé delante de su Imagen especular. Podría expresar la primera, del siguiente modo: "Me veo

como una *entidad de* forma *humana*"; la segunda: "Me veo como una *entidad* humana *distinta de las otras* entidades que me rodean"; y la tercera: "Me veo como una *unidad* coherente y en movimiento". De este fenómeno perceptivo se desprenden tres corolarios. Primero, que la impresión de ser una *entidad* diferente de las demás, de ser *Uno*, anuncia el *yo* que el sujeto afirmará cuando, más tarde, hable en su propio nombre. Segundo corolario: la impresión de ser una unidad coherente y en movimiento prefigura su futuro *sí mismo*. En suma, la *entidad* anuncia el *yo* simbólico; la *unidad* anuncia el *yo* imaginario. Y, finalmente, como tercer corolario, destacamos el desfase entre lo que el niño ve en el espejo y lo que siente en su cuerpo, entre el *cuerpo visto* y el *cuerpo sentido*. En otros términos, oponemos la armonía de la imagen reflejada al desorden de las sensaciones internas que agitan el cuerpito inmaduro. Si, ante su reflejo, el bebé pudiera dar testimonio, nos diría: "Ahí, en el espejo, me veo armonioso y me regocijo; aquí, en mi cuerpo, me siento agitado por el furor de mis pulsiones y tengo miedo de ellas".

❒ *La imagen especular le da al niño la ilusión triunfante de dominar su cuerpo.* El júbilo del pequeño ante la vista de su imagen resplandeciente de vida traduce no sólo el placer de reconocerse en una forma humana, sino también el de *jugar* con una imagen que "obedece" dócilmente al menor de sus gestos. El bebé excitado y desbordante de alegría da golpecitos al espejo porque está orgulloso de sentir que existe y que domina una imagen que mueve a su antojo; goza entonces de la ilusión omnipotente de dominar tanto su imagen como su cuerpo.

❒ *La relación del niño con la Imagen especular está condicionada por la presencia del Otro.* El primer encuentro del bebé con su imagen es una prueba tan desconcertante –por gozosa que sea– que el niño se vuelve y busca la mirada cómplice y tranquilizadora del adulto que lo tiene en brazos. Este gesto de volver la

cabeza –ya identificado por Darwin a fines del siglo XIX al observar a su pequeño hijo– revela que la relación del sujeto con el espejo nunca es dual sino que es triangular. Siempre hay tres protagonistas: el niño, su imagen y el adulto que lo sostiene. Este último realiza un gesto decisivo en relación con un niño feliz, sorprendido e inquieto: le sonríe y le confirma con palabras tranquilizadoras que la imagen reflejada en el espejo es realmente su imagen. Es decir, el *Otro* del Estadio del espejo, encarnado aquí por el adulto que acompaña, desempeña ese doble papel de ser cómplice de la alegría y testigo de la escena.

❒ Según Lacan, *el hecho de que el niño asuma su Imagen especular es un movimiento de identificación.* Pero, ¿qué es una identificación? Es un proceso por el cual un individuo se constituye según el modelo de otro. Así, por ejemplo, diríamos que un hijo se identifica con su padre. Ahora bien, ¿cuál es el modelo con el que se identifica ese niño pequeño que está ante el espejo, sino el de su propia imagen, el reflejo de sí mismo? Sí, el modelo según el cual se constituye el niño no es otra persona, sino su propio reflejo. El niño del espejo está allí, delante de un modelo que no es otro que él mismo. ¿Qué podemos deducir de esto? Que, evidentemente, un niño pequeño asienta las bases de su identidad en numerosas identificaciones con los adultos que lo rodean pero, sobre todo, en la identificación consigo mismo, más exactamente, con el modelo especular de sí mismo. Sorprendentemente, lo que lo hace ser *él* es la imagen de *sí mismo*. Delante de su propio reflejo especular, el niño se siente absorbido y, como si entrara en el espejo, se calca sobre su imagen, se metamorfosea y madura más. Poco a poco, se percibe como una entidad distinta y se cree una unidad homogénea. Por ello diremos que, ante la imagen rudimentaria de sí mismo, hace eclosión el *yo* simbólico y florece el *yo* imaginario.

❒ *Mi Imagen especular es equivalente a la silueta de mi hermano humano.* Durante el Estadio del espejo tiene lugar, no sólo la primera identificación del niño con la imagen de su cuerpo, de

un cuerpo percibido en su *Gestalt*, capturado en cuanto identidad y unidad, sino que se produce además la primera identificación con la imagen de un semejante tan humano como él. De esta comprobación, Lacan deduce que la fascinación ejercida por la imagen de nuestro amado es tan irresistible como la atracción ejercida por nuestra imagen del espejo; y, recíprocamente, la atracción que sentimos por nuestra imagen es tan poderosa como la atracción que sentimos por el ser amado. De ello se desprende que amo u odio al otro según la medida del amor o el odio que deposito en mi imagen. Por eso diremos que la Imagen especular no se reduce únicamente al reflejo de uno mismo, sino que también es la imagen de otro tan humano como uno. A través de su Imagen especular, el niño comprende que está en los otros y que los otros están en él.

❒ *Somos ajenos a nuestra imagen y, por lo tanto, al otro que la encarna.* Como también es la imagen del otro, nuestra Imagen especular nos enajena del otro. ¿Por qué? Porque, para ser yo, para sentirme yo mismo, estoy obligado a recortar mi imagen de la de mi semejante. E, inversamente, delante de mi semejante, me tranquiliza verme tan humano como él. Pero, tanto si me recorto como si me veo semejante a él, siempre dependo del otro. Indiscutiblemente, ¡para ser yo, necesito del otro! He aquí la conclusión que horroriza al neurótico. El neurótico no quiere, bajo ningún concepto, depender de otro y, sin embargo, el otro le es indispensable. Objetivamente, le hace falta el otro para ser él mismo y, subjetivamente, tiene que rechazar al otro par no deberle nada y sentirse él mismo libre de toda atadura.

❒ *Resumen de las 8 proposiciones.* Resumamos lo esencial de nuestras proposiciones. La teoría lacaniana de la imagen corporal fue elaborada a partir del encuentro inaugural del bebé con su reflejo especular. Según Lacan, la imagen del espejo, paradigma de toda imagen visible del cuerpo, cautiva al niño dándole la impresión de que es una entidad de forma humana

y distinta de las otras figuras reflejadas: primer esbozo del *yo*, y dándole la impresión de que es un todo homogéneo: primer esbozo de *sí mismo*. Que el niño se apropie de su imagen constituye a la vez una identificación simbólica e imaginaria. Al asimilar su Imagen especular, el niño obtiene el acceso, en cuanto *yo*, al orden simbólico, vale decir, al orden social, y por lo tanto, se aliena del otro. Y, en cuanto *sí mismo*, el niño entra en el orden imaginario poblado de ilusiones, entre las cuales la principal es creerse siempre unificado y autosuficiente. No obstante, la soberanía del inconsciente, las debilidades de nuestro cuerpo perecedero y los obstáculos inevitables que la realidad nos opone, nos recuerdan duramente que nunca seremos seres unificados ni autónomos. Cada individuo es una pluralidad de personas psíquicas, habita un cuerpo imprevisible y siempre dependerá absolutamente de presiones económicas, políticas, religiosas, biológicas y, sobre todo, afectivas con las que debe transigir sin cesar. Si hay una libertad, ésta no consiste en hacer lo que queremos sino más bien en aceptar o no aceptar lo que se nos impone. Mi única libertad no es hacer lo que deseo, sino querer o no querer lo que debo hacer.

Esto es lo que me importaba exponer sobre la imagen del cuerpo imaginario (*Imagen especular*), que constituye, junto con la imagen del cuerpo real (*Imagen mental de nuestras impresiones físicas*), las dos caras indisociables de una única instancia llamada *yo*. Luego volveremos sobre esta cuestión, después de haber abordado la tercera hoja de nuestro tríptico, a saber, la imagen del cuerpo simbólico (*Imagen nominativa*).

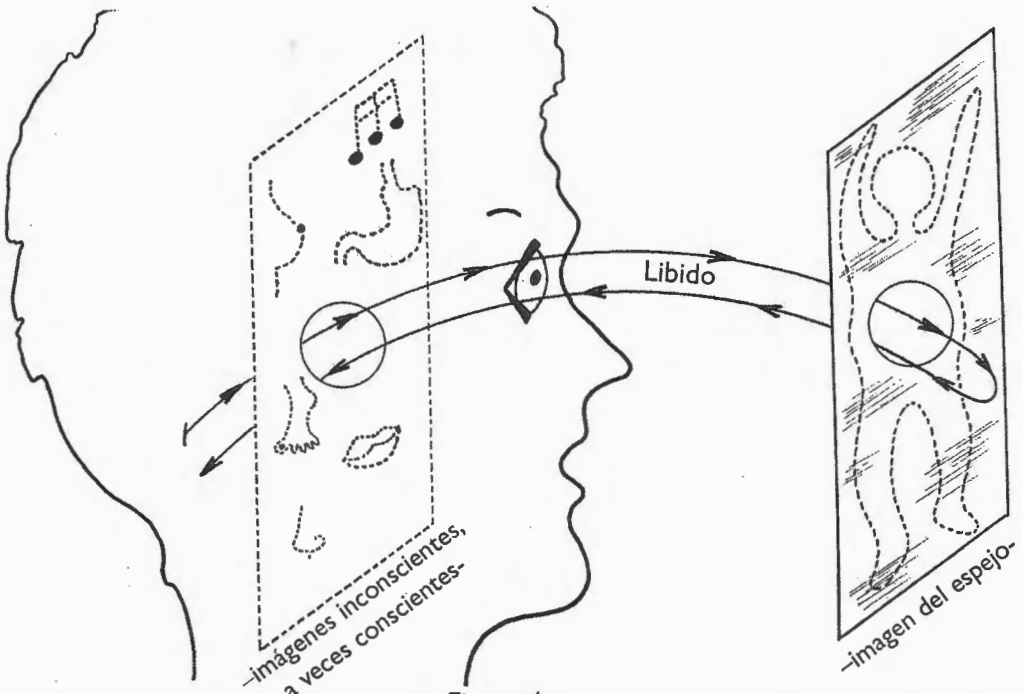

Figura 4

La dos principales imágenes de mi cuerpo: en la cabeza, un *patchwork* de imágenes mentales de mis sensaciones físicas y, en el espejo, la imagen visible de la silueta de mi cuerpo (Imagen especular). Ambas imágenes están perforadas y atravesadas por la libido que las vivifica y las une.

Comentario de la Figura 4

En la cabeza, un patchwork *de imágenes mentales de mis sensaciones físicas*	*En el espejo, la imagen visible de la silueta de mi cuerpo (Imagen especular)*
• Imágenes dispares de sensaciones corporales: acústica, dolorosa, gustativa, etc. • Inconsciente • A veces consciente y conmovedora • A veces actuada en una expresión corporal • No visual • Agujereada	• Imagen global del cuerpo • Consciente • Figurativa • Agujereada • Fascinante • Amada y odiada • Modelo de identificación • Prototipo de todo objeto creado por el hombre

He aquí las dos principales imágenes de mi cuerpo: a la izquierda, en la cabeza del sujeto, un conjunto de imágenes mentales, no visuales, generalmente inconscientes; y a la derecha, en el espejo, una imagen visible y por lo tanto consciente, es el reflejo del cuerpo de quien se mira. Arriba y a la derecha del *patchwork* de imágenes mentales, dibujé notas musicales para sugerir una imagen acústica; más abajo, un estómago, para indicar una imagen dolorosa, y luego una boca, para evocar una imagen gustativa. Todos esos pequeños dibujos que intentan representar diversas imágenes del cuerpo sentido podrían hacer pensar que esas imágenes son figurativas, pero no lo son. Insisto. Las imágenes del cuerpo sentido no son ni visuales ni figurativas. Tuve que dibujar una nariz, por ejemplo, por no poder representar la sensación irrepresentable de un olor.

Asimismo, tuve que trazar un vector que circula de una imagen a la otra para evocar la libido, tan irrepresentable como un olor, libido que vincula las dos imágenes, las energiza y las unifica. Los dos huecos por donde pasa el vector muestran que la libido, pura energía, no tiene imagen. Sin embargo, es sin duda la libido lo que vivifica las dos imágenes, las hace conmovedoras y las condensa en una sola. Por eso le pido al lector que imagine que los dos planos, el de la cabeza y el del espejo forman uno sólo, instalado en el intersticio, que se desplaza de adentro hacia fuera y viceversa. En realidad, las imágenes de nuestro cuerpo deben concebirse como una sola y única imagen, siempre perforada para indicar la imposibilidad de representar el flujo libidinal que la irriga.

MI CUERPO Y SUS DOS IMÁGENES PRINCIPALES

En la cabeza, la imagen mental, no visual, de mis sensaciones físicas *"**Siento** mi cuerpo"*	*En el espejo, la imagen visible de la silueta de mi cuerpo (Imagen especular)* *"**Veo** mi cuerpo"*
• Acotación previa: para el psicoanálisis, el cuerpo de las sensaciones, cuyo doble son las imágenes mentales y no visuales, es siempre un cuerpo amado, odiado, deseado y temido, es decir, fantaseado por el que lo ***siente***.	• Acotación previa: Para el psicoanálisis, el cuerpo cuyo reflejo es la Imagen especular, es siempre un cuerpo amado, odiado, deseado y temido, es decir, fantaseado por quien lo ***mira***.
• La imagen de nuestras sensaciones corporales no es una imagen visual ni figurativa, sino que es indefinible (cuando es consciente) e insospechada (cuando es inconsciente). Cuando es inconsciente, puede permanecer en el inconsciente, puede elevarse al plano de la conciencia o incluso aparecer corporizada en una acción. Esta última variante, a la que yo llamo "imagen actuada", corresponde a la imagen inconsciente que se exterioriza en la expresión irreflexiva de una emoción.	• La Imagen especular es el reflejo en el espejo de la forma global de nuestro cuerpo, haciendo abstracción de sus detalles. Además de aparecer en el espejo, esta forma global puede verse en otras superficies diferentes –fotografías, pantallas, pinturas y esculturas– o revelarse en la silueta de mi semejante.
• El cuerpo, cuyo doble es la imagen mental y no visual, es nuestro cuerpo hormigueante de sensaciones, de deseos y de goce. Es un cuerpo *fragmentado* en una infinidad de excitaciones, todas dispares.	• La Imagen especular es, pues, una imagen visible que percibimos fuera de nosotros.
• La experiencia de una sensación afectiva, de un vivo deseo o de un goce extremo imprime en nuestra psique una imagen imprecisa de la experiencia misma y de los detalles de la zona corporal afectada.	• La Imagen especular muestra mi cuerpo, tanto en la universalidad de su forma como en la particularidad de mi silueta. • La Imagen especular es amada y odiada, fascinante, engañosa, modelo de identificación y agente de cambios. Independientemente de que la ame o la odie, mi imagen siempre me excita, me decepciona y me atrae. La libido es lo que hace que nos apeguemos a nuestra imagen pero también que su visión nos aliene.
• La imagen de nuestras sensaciones físicas es en realidad un *patchwork* de microimágenes dispares, donde cada una de ellas representa lo indefinible vivido de una experiencia física y vuelve a encenderse intermitentemente cuando un recuerdo emotivo se asocia a ella.	• La Imagen especular es una imagen falsa por dos razones: primero, porque sólo refleja el aspecto visible del cuerpo y nunca la vida invisible que lo anima y también es falsa porque nuestra imagen del espejo es demasiado afectiva, está demasiado cargada del pasado y de nuestros hábitos; además está demasiado sometida a la mirada crítica del otro interiorizado.
• Dicho brevemente, la imagen de nuestras impresiones físicas es una imagen fragmentada.	• Desde el punto de vista del desarrollo infantil, la Imagen especular le ofrece al niño pequeño su primer modelo de identificación: el niño se reconoce en ella como una *entidad* distinta de todos los demás reflejos del espejo. Este reconocimiento anuncia el ***Yo*** que será. El niño también reconoce en la imagen su *silueta*. Este segundo reconocimiento anuncia el ***sí mismo*** futuro. La imagen del espejo le hace descubrir, además, que la persona que él ama o rechaza, reviste la misma forma humana que él. De ahí que, amar y odiar al otro, equivalen para el niño a amarse y odiarse a sí mismo.
• La imagen de nuestras impresiones físicas es el material que sirve para elaborar nuestro fantasmas inconscientes, nuestros sueños y nuestros síntomas.	• El niño se siente fascinado, tanto por su imagen del espejo, como por el otro al que ama y desea.
• Ciertamente, la imagen se embebe de libido, quiero decir, se embebe de afecto, pero la libido no aparece representada en ella. Es por ello que la imagen de nuestras sensaciones físicas conlleva un agujero (*Fig.* 4) que indica, en negativo, que la energía libidinal es irrepresentable.	• El apego del niño a su imagen, vale decir, su libido, es lo que hace que la imagen sea para él fascinante. Al igual que la imagen mental de nuestras sensaciones, la Imagen especular conlleva un agujero que indica, en negativo, que la energía libidinal no es visible. • La silueta humana es tan naturalmente armoniosa para la mirada de los hombres, que se impone como la forma ideal, el prototipo universal de todos los objetos creados desde la noche de los tiempos. Por ello nuestro mundo está construido a imagen del cuerpo humano.

Figura 5

Mi cuerpo y sus dos imágenes principales: en la cabeza, la imagen mental de mis sensaciones físicas; en el espejo, la imagen visible de la silueta de mi cuerpo (Imagen especular).

MI CUERPO SIMBÓLICO ES EL CUERPO QUE NOMBRO: LA IMAGEN DEL CUERPO SIMBÓLICO

"La anatomía es el destino."
S. FREUD

En su carácter simbólico, el cuerpo es en sí mismo una metáfora, la metáfora más elocuente de todo lo que está vivo e, inversamente, es el objeto más simbolizado de nuestro universo, lo que suscita el mayor número de metáforas. No obstante, para Lacan, la palabra "símbolo" tiene una acepción diferente de la acepción habitual, según la cual un símbolo es lo que hace las veces de una cosa ausente o virtual. Por ejemplo, la bandera tricolor es el símbolo de esa entidad virtual llamada Francia. La significación lacaniana de la palabra "símbolo" se basa en el concepto de *eficacia simbólica* promovido por Claude Lévi-Strauss, vale decir, parte de la idea de que el símbolo tiene el poder, no sólo de sustituir la realidad sino también, y sobre todo, de modificarla o incluso de engendrarla. Ahora bien, cuando un símbolo, entidad eminentemente formal y abstracta, produce efectos en la realidad, Lacan lo llama *significante*. ¿Qué es, pues, un significante? Es un elemento formal capaz de transformar la realidad.

Por todo esto, prefiero calificar el cuerpo simbólico de "cuerpo significante". A diferencia del cuerpo imaginario, que siempre es global, el cuerpo significante siempre es parcial, siempre es fragmentario, a veces se encarna en algún tipo de invalidez, a menudo en un pequeño defecto físico o en otro rasgo sobresaliente, capaces de desviar el curso de una vida: una cicatriz en el rostro, un pie deforme, un ceceo, una migraña crónica, una estatura menor que la media o una nariz prominente. Todas estas particularidades físicas pasan a ser significantes cuando son tan notablemente representativas del sujeto, a sus ojos y a los ojos de los demás, que le imponen su realidad afectiva, sexual y profesional. La particularidad vale por el todo: los grandes pies de Berta, la madre de Carlomagno, se transforman en su única identidad. No importa que la desdichada Berta haya sido la hija del conde de Laon, la esposa de Pepino el Breve o la madre de un emperador, independientemente de todo esto, quedará en la historia como alguien que existió más por sus pies que por su ser. "La de los grandes pies" tomó el lugar del sujeto mismo. No elegimos lo que somos; somos lo que nuestros significantes corporales quisieron que fuéramos; estamos alienados por un rasgo destacado de nuestro físico y no podemos evitarlo. No nos queda más que amar o maldecir el destino que dicho rasgo nos asigne. Ya lo dije antes, ser libre no es de ningún modo hacer lo que uno quiere, sino amar o dejar de amar lo que se nos impone. En suma, el cuerpo significante es la singularidad corporal que determina, directa o indirectamente, el curso de nuestra existencia. Pero, entonces, ¿cuál sería la imagen del cuerpo significante? No es la imagen mental de una sensación ni la imagen visible de una silueta, sino el *nombre* que designa la parte significante del cuerpo. Sí, un nombre. Por ello, la imagen del cuerpo significante, quiero decir, la imagen de la parte significante del cuerpo, es ni más ni menos que el nombre que la nombra, un nombre tan significante como la anomalía física que designa. Un labio leporino, por ejemplo, no sería significante, o sea, no desviaría el destino de quien lo tiene, si no se lo denominara con esos dos vocablos, "labio leporino", labio de liebre. Ese nombre compuesto y la fisura labial que designa marcan profundamente la vida del sujeto.

*

Ahora estamos en condiciones de reagrupar los tres estados del cuerpo fantaseado: el cuerpo *sentido*, *el visto* y *el significante*. El cuerpo *sentido* es el cuerpo real, ya sea sensible, deseante o gozante; el cuerpo *visto* es el cuerpo visible en su forma global, percibido en mi semejante, reflejado en un espejo o proyectado en una pantalla; y finalmente, el cuerpo *significante* es el cuerpo simbolizado, símbolo él mismo y sobre todo agente de cambios que se producen en la realidad del sujeto. La imagen

del *cuerpo sentido* es una imagen mental inconsciente (protoimagen) que puede permanecer en el plano *inconsciente*, hacerse *consciente* o exteriorizarse en un acto (*imagen actuada*). Es una imagen *perforada* por la libido y tan en *mosaico* como el cuerpo acribillado de sensaciones, deseos y goce del que es doble. La imagen del *cuerpo visto*, llamada *Imagen especular* es la imagen de nuestra silueta; imagen tan perforada por la libido como la imagen mental de las sensaciones. En cuanto a la imagen del *cuerpo significante*, ésta no es ni inconsciente, ni consciente, ni actuada, sino que es *nominativa* y en este caso el nombre es el doble de la particularidad física que singulariza el cuerpo.

Antes de continuar nuestra indagación y de desembocar en el concepto de *yo*, debo señalar que, en interés de una mayor claridad, ya no hablaré de la imagen del cuerpo significante. Desde ahora, me dedicaré a mostrar que las dos imágenes del cuerpo, la de la cabeza y la del espejo, constituyen la sustancia medular del *yo*, aun cuando la imagen del cuerpo significante esté necesariamente adherida a él. En efecto, postulé al comienzo que el *yo*, aunque sometido a lo simbólico, era esencialmente la síntesis de las dos principales imágenes corporales, la mental y la especular. Comenzaremos comparando los conceptos de *yo* en Freud y en Lacan, en su estrecha relación con la Imagen del Cuerpo. Y concluiré luego proponiendo mi propia visión del *yo*, que prolonga las teorías lacaniana y doltoiana.

Pero antes remitámonos a la *Figura 6* (pág.) que reagrupa las tres imágenes del cuerpo que acabamos de estudiar.

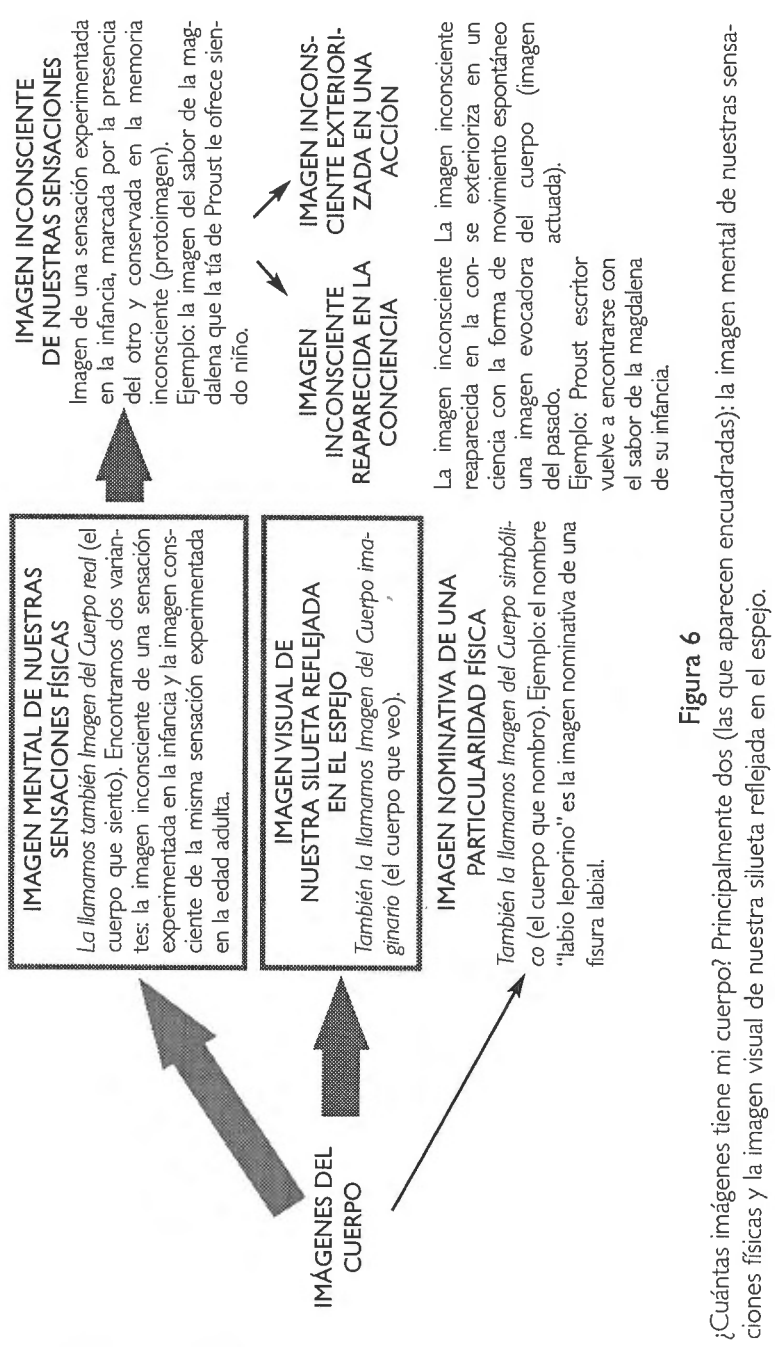

Figura 6

¿Cuántas imágenes tiene mi cuerpo? Principalmente dos (las que aparecen encuadradas): la imagen mental de nuestras sensaciones físicas y la imagen visual de nuestra silueta reflejada en el espejo.

Comentario de la Figura 6

¿Cuántas imágenes tiene mi cuerpo? Si pensamos en nuestra teoría y miramos el cuadro precedente, nuestro cuerpo tiene cuatro imágenes (incluyendo la imagen actuada –abajo a la derecha en el cuadro–). Sin embargo, las ***dos imágenes*** enmarcadas son las más importantes, porque su síntesis es la sustancia misma del *yo*: sentir mis sensaciones y ver mi cuerpo que se mueve en el espejo me procura el sentimiento incomparable de ser yo mismo. En el fondo, el *yo* sólo es un sentimiento, el sentimiento de existir, el sentimiento de ser uno mismo. Considero el *yo* como una entidad imaginaria hecha de estas dos imágenes, la que está grabada en la cabeza y la que se hace visible en el espejo; entidad imaginaria porque se ha cincelado a partir de todas nuestras ignorancias, nuestros equívocos y espejismos generados por estas dos imágenes corporales eminentemente subjetivas. Por ello, Lacan califica el *yo* de "lugar de desconocimiento". Sentir que mi cuerpo vive y verlo en movimiento me da la certeza inmediata de ser yo mismo. Certeza que, sin embargo, oculta mi ignorancia sobre quién soy o de dónde vengo. El *yo* es tanto la certeza de ser uno mismo como la ignorancia de lo que uno es. Decididamente, las imágenes de nuestro cuerpo son imágenes deformadas y deformantes que falsean la percepción que tenemos de nosotros mismos. Agreguemos a esto que ese lugar de desconocimiento que es el *yo*, síntesis de las dos principales imágenes del cuerpo, depende necesariamente del poder simbólico de la tercera imagen, la imagen nominativa. En suma, el *yo*, el sentimiento de ser uno, es una instancia imaginaria que depende de lo simbólico y está perforada por la libido que lo vivifica (véase también la *Figura 4* de la pág. 92).

EL *YO* FREUDIANO ES LA IMAGEN MENTAL DEL CUERPO QUE SIENTO

Mientras que para Spinoza "el alma es la idea del cuerpo", para nosotros, el yo es la Imagen del Cuerpo.

Habiendo identificado los tres estados del cuerpo fantaseado y sus imágenes respectivas, estamos ahora mejor preparados para abordar la teoría freudiana y, más adelante, la lacaniana, del *yo* y presentar nuestra hipótesis según la cual el *yo* sería el equivalente de la Imagen del Cuerpo. Ante todo, quiero recordar que Freud nunca utilizó la expresión "imagen del cuerpo", aunque haya apelado implícitamente a la idea de imagen, concebida como un doble, para definir una de las partes más complejas del aparato psíquico, a saber, el *yo*. En efecto, entre las numerosas definiciones freudianas del *yo*, hay una que, en mi opinión, identificaría el *yo* con la imagen corporal, más precisamente con lo que hemos llamado la imagen mental de nuestras impresiones física, o imagen del cuerpo real. También para Freud, el *yo* sería un *yo-imagen*. Ahora bien, para explicar qué es el *yo-imagen*, primero tengo que responder a una pregunta más general: ¿qué es el *yo*? Si repasamos las acepciones de este término diseminadas en la obra freudiana, distinguimos tres grandes categorías del *yo*. Desde un punto de vista general, el *yo* designa el sí mismo de un sujeto que se considera como perteneciente al conjunto de los seres humanos (lo que Lacan, como vimos, habría llamado el *Je*); desde un punto de vista metapsicológico, el *yo* designa la superficie perceptiva del aparato psíquico destinado a tratar las excitaciones provenientes del mundo exterior y las excitaciones pulsionales provenientes del Ello; y, por último, desde el punto de vista que nos interesa, el de la imagen, el *yo* designa la imagen mental de todas nuestras sensaciones corporales vívidas y conmovedoras, principalmente de las que emanan de la superficie del cuerpo: músculos, piel y mucosas de los orificios. El *yo* es, pues, el sí mismo identitario, la frontera filtrante del aparato psíquico y, sobre todo, la imagen mental del cuerpo sentido. Instancia identita-

ria, instancia perceptiva e instancia imaginaria. Éstas son las grandes funciones cardinales del *yo*. Por supuesto, lo que nos interesa en este momento es la instancia imaginaria, es decir, el *yo* entendido como imagen del cuerpo sentido, un *yo* que Freud califica como "*yo* corporal", no porque esté hecho de carne, sino porque está hecho de la *representación* de la carne. Ahora bien, yo le pregunto a mi lector: esta representación, ¿qué es sino una imagen tal como la definimos antes, el doble imperfecto de una impresión interna? Propongo, pues, que admitamos que el *yo* freudiano sería ante todo la imagen inconsciente o consciente, no visual, en mosaico y agujereada, de las sensaciones corporales o, para decirlo de manera abreviada, que *el yo es la Imagen del Cuerpo*. Al escandir esta fórmula, no puedo evitar que resuene en mí otra, muy semejante, también muy corta y clara, surgida de la filosofía. Pienso en la definición spinoziana del alma. "¿Qué es el alma?", se preguntaba Spinoza en la *Ética*. "El alma –decía– es la idea del cuerpo". Pues bien, si nosotros, nos preguntamos qué es el *yo*, respondemos: el *yo* es la idea del cuerpo. O, mejor aún, el *yo* es la Imagen del Cuerpo. El *alma* es a Spinoza lo que el *yo* es a Freud.

Se me ocurre en este momento una alegoría para ilustrar la proposición freudiana de un *yo* concebido como una superficie que refleja todas nuestras sensaciones corporales. Imagino el *yo* como una bóveda reflectante, un espejo cóncavo tapizado con una infinidad de imágenes de formas y colores múltiples que continuamente cambian, se combinan y se superponen en nuestra cabeza. Todo se refleja, evanescente, en ese cielo imaginario: nuestras sensaciones, nuestros deseos, nuestros gestos y posturas. Supongamos que elevamos la mirada hacia esa cúpula abundante de vida fugitiva, ¿qué veríamos? Engripado, por ejemplo, toso y veo dibujarse de pronto en lo alto la imagen difusa de una opresión en el pecho; siempre ahí arriba, un poco más lejos, percibo la caricia voluptuosa de mi mano que roza la piel de la amada; al costado, si soy una mujer, reaparece dibujada la impresión desagradable que tuve esta mañana al maquillarme y sorprender una nueva arruga junto a mi ojo.

Pues bien, esto es el *yo*. El *yo* freudiano es el fresco mental de todo lo que siento. Por ello, mi identidad sería la síntesis que reúne todas mis representaciones sensibles, afectivas y simbólica de ayer y de hoy. Asimismo debemos reconocer en las figuras imprecisas de nuestra bóveda caleidoscópica dos dimensiones suplementarias, el tiempo y el otro. Pues mi *yo*, verdadero palimpsesto de la memoria afectiva, se ha modelado en diferentes momentos de mi historia y en el crisol de mis relaciones con el prójimo. Y ahora nuestra alegoría se complica, porque habría que suponer una bóveda estratificada formada por numerosas capas de imágenes transparentes superpuestas, algunas dormidas e inconscientes, otras que aparecen en la conciencia. Cuando, por ejemplo, la mujer, aún joven, descubre una nueva arruga en su cara, piensa de inmediato en el rostro de su madre que comenzaba a marcarse con el paso de los años mientras, siendo ella una niña, la observaba maquillarse ante el espejo el sábado por la noche antes de salir. En suma, el *yo* freudiano es esa cúpula mágica que reverbera en una profusión infinita de impresiones sensibles.

EL *YO* LACANIANO ES AL MISMO TIEMPO LA IMAGEN DEL CUERPO QUE SIENTO Y LA IMAGEN ESPECULAR DEL CUERPO QUE VEO

Pasemos ahora a Lacan. ¿Qué aporte novedoso hace al concepto del *yo*? Siempre según mi lectura, Lacan también asimila el *yo* a la imagen de nuestras impresiones internas, pero introduce además un elemento decisivo que renovará por entero el enfoque freudiano del *yo* y de la imagen corporal, a saber, la visión-masa del cuerpo en el espejo, la Imagen especular, noción que ya hemos profundizado ampliamente. De modo tal que Lacan distingue dos imágenes corporales conjugadas: una imagen inconsciente, no visual, en mosaico y perforada –que ya está presente en Freud en una acepción más restrictiva por

cuanto se trata de una imagen únicamente de las sensaciones–, y una imagen corporal visible, también perforada, llamada Imagen especular, que representa el cuerpo en su forma global. Seguramente, para Lacan, el *yo* es la síntesis indisociable de estas dos imágenes. Si quisiera resumir lo esencial del concepto lacaniano del *yo* tal como yo lo reinterpreto, comparándolo con su homólogo freudiano, haría hablar a Lacan del modo siguiente: "El señor Freud postuló que el *yo* era la imagen psíquica de las sensaciones internas y externas. Estoy de acuerdo con él, sin dejar de recordar que esta imagen interior no es una imagen homogénea sino que es, más bien, un conglomerado de diversas imágenes pequeñas, cada una de las cuales refleja la impresión conmovedora de una sensación y el fragmento del cuerpo de donde emana esa impresión. Por otra parte, considero que Freud desconocía la existencia de la Imagen especular y la función de modelo que cumple, no sólo en la formación del *yo* [*moi*] imaginario, sino sobre todo en la formación del *yo* [*Je*] simbólico. En mi conferencia sobre el Estadio del espejo he establecido claramente en qué medida el impacto que provoca en un bebé de seis meses el descubrimiento de su silueta humana en el espejo preforma su *yo* [*moi*] imaginario y anticipa su *yo* [*Je*] simbólico. El primer *yo* [*moi*] de un bebé es sentirse intuitivamente en la piel de ese hombrecito móvil del espejo que lo excita y lo regocija; y su primer *yo* [*Je*] se constituye al ver que ese hombrecito lleno de vivacidad se separa de las demás formas, humanas o no humanas, que se reflejan a su alrededor".

NUESTRA HIPÓTESIS: EL YO ESTÁ TANTO EN NUESTRA CABEZA COMO EN LOS SERES QUE AMAMOS; ESTÁ EN NOSOTROS Y FUERA DE NOSOTROS

Es posible que la espacialidad sea la proyección de la extensión del aparato psíquico.
La psique es extensa; más de lo que sabe.
S. FREUD
(Líneas escritas por Freud pocos días antes de su muerte)

Ahora debo llegar a mi conclusión. Como se habrá comprendido, el problema de la imagen corporal que tratamos en este capítulo es en realidad el problema del *yo* y el cuerpo. Para Freud, como dijimos, el *yo* es la imagen del cuerpo de las sensaciones y, con el aporte de Lacan, el *yo* freudiano se enriquece, puesto que la imagen interior de las sensaciones que lo definían se amplía a otras tendencias que son el deseo y el goce. Por lo tanto, ya no diremos que el *yo* es únicamente la imagen mental de las sensaciones, sino que la imagen de las sensaciones completada por la impresión en alto grado conmovedora de los deseos y del goce. Además, con Lacan, el *yo freudiano* se rellena y se extiende, porque se duplica en una imagen corporal exterior, la Imagen especular. Freud dijo que el *yo* existe en nosotros en el estado inconsciente, preconsciente y consciente. Y Lacan agregó: ciertamente el *yo* existe en nosotros, pero también fuera de nosotros, en el espejo y en nuestro semejante, vibra tanto fuera como dentro de nosotros. Cuando afirmamos que el *yo* existe dentro, lo identificamos con la imagen de nuestras sensaciones internas, con la imagen de un cuerpo sensible, que desea y goza. Y cuando afirmamos que el *yo* existe fuera, lo identificamos con la Imagen especular, ya sea que esté reflejada en una superficie o sugerida por la silueta de otro. Ahora bien, el *yo* no está sólo en mí; mi *yo* también está implantado en aquellos que amo u odio, en quienes me importan y de quienes

dependo. Resumo. El *yo* freudiano es la imagen del cuerpo de sensaciones mientras que el *yo* lacaniano es la síntesis de las dos imágenes corporales: la imagen no visual de un cuerpo formado por un mosaico de sensaciones, deseos y goce y la imagen visible del cuerpo global.

Tenemos que admitir, pues, que el sustrato de nuestro *yo* está hecho de una multiplicidad de imágenes corporales internas y externas, grabadas a lo largo de nuestra existencia, yuxtapuestas, superpuestas y tan bien imbricadas que no podríamos decir dónde comienza una y dónde termina la otra. Por eso digo que mi *yo* está a la vez en mi interior y fuera de mí, en el espejo, en la pantalla y en el otro, sobre todo en el otro. En realidad, deberíamos corregir nuestro dibujo de la *Figura 4* así como nuestra alegoría de la bóveda psíquica, ya que ambos sugieren que la imagen corporal está encerrada en la cabeza. ¡Pues no! Ahora debo disipar definitivamente el prejuicio según el cual el psiquismo está confinado en el interior de un único individuo y le pido al lector que conciba desde ahora la Imagen del Cuerpo como una fina tela, amplia y transparente, casi invisible, que flota en el intersticio de una relación de amor, de odio, de deseo o de angustia. Ahora tendríamos que examinar todas las consecuencias de este enfoque espacial del psiquismo y llegar a la conclusión de que el *yo*, equivalente a la imagen corporal, también flota en los intersticios y se despliega más allá de las fronteras de nuestro cuerpo y hasta más allá del espacio que ocupamos. A decir verdad, nuestro *yo* se encuentra tanto en nuestra cabeza como en los seres que amamos. Está en nosotros y fuera de nosotros, en la persona, el animal o el objeto al que nos sentimos profundamente apegados. Por lo tanto, yo diré, para terminar, que el territorio de nuestro *yo* se extiende hasta donde exista algo capaz de emocionarnos y hacernos actuar. Mi *yo* está en todas partes, hasta en las estrellas, cuando su destello me fascina e inspira en el silencio de la noche.

RESPUESTAS A ALGUNAS PREGUNTAS*

❐ *¿Por qué dice usted que la Imagen del Cuerpo es inconsciente?*

Ante todo, quiero recordarle que una imagen es el resultado de una correspondencia puntual, de una biyección, como dicen los matemáticos, entre dos objetos que pertenecen a espacios distintos. La Imagen del Cuerpo sería, pues, el doble virtual de ese objeto real que es nuestro cuerpo. Y, dado que nuestro cuerpo es una fuente permanente de excitaciones, en nuestra psique se graba una multitud de imágenes corporales, cada una de las cuales corresponde a una impresión sensorial. Como ve, la Imagen del Cuerpo no puede ser única y homogénea, sino que está compuesta por una infinidad de imágenes psíquicas que reflejan las diferentes emanaciones sensibles que provienen de la superficie y del interior de nuestro cuerpo real. Hasta aquí, nos atenemos a una definición lógica y, de algún modo, restrictiva de la Imagen del Cuerpo. Ahora bien, el problema comienza a partir del momento en que uno comprueba que la Imagen del Cuerpo no está estampada solamente por las numerosas percepciones conscientes de nuestras impresiones sensibles, sino que también, y sobre todo, está modelada por la multiplicidad de percepciones inconscientes de nuestras experiencias físicas que, sin que lo sepamos, se inscriben perdurablemente en nosotros. Hablo siempre de sensaciones vívidas y conmovedoras que nos afectan, pero es importante saber que esa conmoción no siempre es consciente. Puedo experimentar una emoción de manera tan conmovedora que no logro percibirla. Del mismo modo en que un sonido demasiado agudo ya no es perceptible al oído, la emoción demasiado punzante ya no es perceptible para la conciencia. De allí que podemos hablar de emociones inconsciente, o inconscientemente percibidas. Por lo tanto, yo diría que la Imagen del Cuerpo es

* Las siguientes preguntas y respuestas están inspiradas en una entrevista mantenida con M.-J. Poirée, publicada en *Thérapie Psychomotrice et Recherches*, n° 97, 1993, y por las numerosas intervenciones de oyentes que asistieron a mis exposiciones sobre el tema de la Imagen del Cuerpo.

inconsciente porque resulta del impacto de percepciones no conscientes. Sin embargo, hay otra razón que me lleva a calificar la imagen como inconsciente y es su poder –poder compartido con todas las instancias inconscientes– de crear efectos en lo real y, en particular, efectos en el cuerpo del cual es reflejo. La Imagen del Cuerpo no sólo enmarca nuestras emociones y participa de nuestras fantasías, sueños y síntomas, sino que también determina nuestras decisiones y actos. Empleando el vocabulario lacaniano, diremos que el poder de hacernos actuar confiere a la imagen su condición de significante inconsciente. Por ello, si uno la entiende como un reflejo, como un doble virtual, la imagen es un elemento *imaginario*, pero si uno la interpreta como el desencadenante de una acción o hasta de una perturbación somática, se transforma en un elemento *significante*. Es indudable que estamos constantemente influidos por nuestras imágenes inconscientes del cuerpo, imágenes que dictan nuestras elecciones afectivas y determinan nuestros comportamientos. Ésa es mi respuesta a su pregunta, pero querría agregar otras características de la Imagen del Cuerpo. Pues ésta no sólo es inconsciente, también es dinámica, lo cual equivale a decir que la Imagen del Cuerpo se construye, se desarrolla y se regenera a lo largo de la vida. Imagen infinitamente viva y estable, pero incesantemente renovada, la Imagen del Cuerpo nunca se da completa de entrada, como un todo. Por lo tanto, la primera característica de nuestra imagen es ser *inconsciente*, la segunda es ser *dinámica* y la tercera, ser *eficaz*, pues, como acabo de decir, provoca efectos precisos en el cuerpo mismo del que es imagen. Esto último es esencial. En este sentido, quiero poner el acento en un aspecto muy importante. Hemos aceptado ya que la imagen no es simplemente el doble de un objeto real, sino que, es ante todo, un elemento significante que transforma el objeto real del que es doble. Ahora bien, uno de los ejemplos más elocuentes del modo en que una imagen puede actuar y modificar el cuerpo lo proporcionan ciertos comportamientos animales que se producen en respuesta al estímulo de una Imagen especular. Lacan se apoyó en

gran medida en estas experiencias etológicas para demostrar la acción morfogeneradora de las imágenes, sean éstas especulares o mentales. Pienso particularmente en el caso de la paloma que, ante la sola vista de su propia imagen en un espejo, desencadena una ovulación, mientras que la ausencia de tal imagen o el no tener a la vista un congénere la vuelve estéril. Debo precisar de inmediato que la acción significante de nuestra imagen mental –consciente o inconsciente– en nuestra vida es tan potente como la acción de la Imagen especular en la función reproductora de la paloma. Digámoslo claramente. Nuestras imágenes, tanto internas como externas, estimulan el crecimiento de nuestro cuerpo, lo hacen madurar más y a veces lo enferman. Es interesante detenerse a pensar en la fuerza significante de una imagen, no sólo para comprender los fenómenos más comunes como, por ejemplo, la erección que produce la mera visión de una imagen pornográfica, sino para comprender además las perturbaciones psicosomáticas más o menos graves. Creo, en efecto, que la hipótesis que atribuye la causa de las afecciones psicosomáticas a la acción morfogeneradora de una imagen es una proposición teórica fecunda que a menudo ilumina nuestro trabajo con los pacientes que presentan sufrimientos somáticos crónicos. En resumen, la Imagen del Cuerpo es, no simplemente un doble pasivo y consciente del cuerpo, sino una instancia inconsciente, dinámica y, sobre todo, generadora de modificaciones en el cuerpo.

Ahora bien, una cuarta característica de nuestra imagen inconsciente, dinámica y causal es que se trata de una formación psíquica alimentada y animada por la libido. En efecto, es una imagen tan frecuentemente colmada de libido, tan dependiente de la sustancia libidinal, que no vacilaría en proponer la siguiente máxima: donde no hay libido, no hay conmoción y, en consecuencia, no puede haber imagen. A la inversa, la libido sólo puede desplazarse sobre la superficie lisa de una imagen. La imagen tiene necesidad de la libido para existir y la libido tiene necesidad de la imagen para circular. Tanto Freud como Lacan destacaron la necesidad de las imágenes como

vehículos de la libido dentro del psiquismo. En este sentido, leemos en los *Escritos* una fórmula contundente que designa la función conductora de la imagen: "[...] la Imagen especular –nos dice Lacan– es el canal que trasfunde la libido del cuerpo hacia el objeto". Nosotros habríamos especificado, "hacia el amado", puesto que el amado es el paradigma de todo objeto. De allí que, hoy afirmemos: la Imagen especular es el canal que trasfunde la libido de nuestro cuerpo hacia el amado e, inversamente, del amado hacia nuestro cuerpo.

❒ *Ya que usted ha incorporado la dimensión libidinal en la definición de la Imagen del Cuerpo, ¿podría precisar la articulación entre la Imagen del Cuerpo y el Falo?*

Mi respuesta nos llevará a la quinta característica de la Imagen del Cuerpo, pero previamente debo señalar un falla en la correspondencia entre el cuerpo real y su doble psíquico. La imagen no es el resultado de una correspondencia exacta y completa con el cuerpo real, sino que es el producto de una correspondencia local defectuosa. La psique no puede reflejar el cuerpo sino de modo imperfecto, por la sencilla razón de que, en ciertas partes –las zonas erógenas– el cuerpo está sobrecargado de libido. Lo explico. La Imagen del Cuerpo presenta una mancha opaca localizada justamente en el lugar que corresponde a la zona donde el cuerpo real está saturado de libido. La imagen aparece, pues, perforada en el lugar preciso del cuerpo donde la libido está en plena ebullición. Podemos considerar esta zona opaca como un agujero en la imagen, réplica fiel del foco incandescente de libido del cuerpo. También podemos llamar "Falo" a ese foco o, mejor aún, "Falo imaginario" o también "objeto fálico". Ahora comprendemos que la expresión lacaniana "Falo imaginario" designa precisamente esa mancha opaca de la imagen, esa ausencia de reflejo. Por eso Lacan escribe "(-φ)" para simbolizar que el Falo (φ) es un menos (-) en la imagen. No obstante, la zona opaca de la imagen puede concebirse también como una zona tan luminosa que se vuelve enceguecedora. En suma, al foco incandescente de libido del cuerpo corresponde un agujero opaco o encandilador en la imagen. Por lo demás, esta particularidad de la imagen corporal, la de estar maculada por una mancha llamada Falo imaginario, explica la dinámica y la consistencia interna de la imagen. ¿Qué quiero decir con esto? Que debemos concebir esta mancha como un agujero y el agujero como un vacío aspirante que, por efecto de una atracción centrípeta, mantiene unidos los elementos de la trama de la imagen. El agujero de la imagen, es decir, el Falo imaginario, es el verdadero polo organizador de la estructura interna de la imagen, al tiempo que es el polo impulsor de su movimiento.

Hay una última característica importante: esta imagen que hemos calificado como *inconsciente*, *dinámica*, *causal*, *libidinal* y *perforada por el Falo imaginario* debe representarse, no como el reflejo pleno de un cuerpo entero, de un cuerpo como el que nos devuelve habitualmente el espejo, sino como una imagen eminentemente *compuesta*, construida como un traje de Arlequín, armada con rombos diferentes, cada uno de los cuales representa una parte del cuerpo. Debemos concebir la Imagen del Cuerpo, no como un continuo que refleja un único cuerpo, sino como un conjunto compuesto por una multitud de fragmentos corporales: una oreja aislada, el dedo de un pie, el contorno de un codo, un gesto, etcétera. Si la imagen es sonora, la estructuran otros fragmentos: el timbre de una voz, la estridencia de un grito, etcétera; si es olfativa, estará presente, por ejemplo, en el olor que impregna un vestido. En una palabra, debemos comprender que la Imagen del Cuerpo es fundamentalmente una imagen compuesta, un tramado de microimágenes parciales.

Para completar mi respuesta adecuadamente debo agregar una última observación. Acabo de decir que la Imagen del Cuerpo es el doble inconsciente del cuerpo real. Hasta aquí, todo parece claro. La dificultad aparece cuando se plantea la cuestión de saber cómo percibimos nuestro cuerpo real y, por lo tanto, cómo formamos nuestras imágenes parciales inconscientes del cuerpo. Antes que nada, responderé que percibo el

cuerpo real con los ojos, con la yema de los dedos y hasta sintiendo interiormente diversas sensaciones, sobre todo viscerales, musculares, articulares, óseas u otras no específicas. También puedo decir que experimento impresiones de pesadez, hambre, tensión o fatiga, por ejemplo. Vale decir que a cada instante percibo y vivo mi cuerpo, al punto de identificar el hecho de estar vivo con el de sentir que mi cuerpo vive. Por supuesto, y ya lo dijimos al comienzo de la entrevista, estas percepciones sensibles operan en resonancia con las percepciones inconscientes. Pero, independientemente de que esas percepciones sean conscientes o inconscientes, la percepción ininterrumpida de las sensaciones que surgen de mi cuerpo no instituye inmediatamente y de una vez la Imagen Inconsciente del Cuerpo. No, la percepción de mi cuerpo no sólo produce imágenes siempre fragmentarias y siempre sucesivas en el tiempo, sino que, además y sobre todo, nunca es una percepción directa del cuerpo real. En otras palabras, la percepción que tengo de mi cuerpo siempre es impura, está filtrada y tamizada mil veces por las fantasías infantiles e inconscientes que me gobiernan.

❐ *¿Podríamos decir entonces que es como si la Imagen del Cuerpo que uno ha interiorizado no cesara nunca de construirse y permaneciera siempre en el estado de esbozo?*

¡Exactamente! Estuve obligado, por un artificio explicativo, a sugerir que la Imagen del Cuerpo se forma como una huella impresa en la cera, como una impronta psíquica dejada por las percepciones conscientes e inconscientes del cuerpo real. Tuve que comenzar mi explicación como si la imagen se formara de entrada y de una sola vez, cuando en realidad se construye desde la vida fetal. Quizás usted se pregunte: "Pero, ¿cómo es posible que ya esté presente en la vida uterina?". Sencillamente porque existe el Otro. Es decir que esta imagen producida por la percepción de mi cuerpo, imagen *inconsciente*, *dinámica*, *causal*, *libidinal*, *perforada por el Falo* y *compuesta* sólo existe con la condición de que ese cuerpo percibido esté habitado por la presencia del Otro, vibre en el seno de mi relación lingüística, fantasmática y afectiva con el Otro. Insisto. Nuestros sentidos perciben nuestro cuerpo, pero nunca lo perciben en su naturaleza real, pues siempre se lo percibe a través de una multitud de condiciones: de acuerdo con el ángulo de la luz, el medio sonoro y muchos otros parámetros. Se lo percibe, sobre todo, como acabo de señalar, siguiendo el contexto de mi relación con el Otro. La percepción de nuestro cuerpo produce, pues, una imagen que se refleja en la superficie pulida del psiquismo. Pero, una vez que la imagen se ha formado, inevitablemente irá filtrando las nuevas operaciones perceptivas y hará que toda percepción afectiva sea, en el fondo, indirecta. En este momento, por ejemplo, percibo mi cuerpo en relación con mi historia y en función de nuestro intercambio. Forzosamente, percibo mi cuerpo según el contexto de nuestro diálogo, de la manera en que lo miro a usted o experimento su mirada o incluso de acuerdo con la luz y el sonido que atraviesan el espacio de este escritorio donde nos hallamos. Pero lo voy a percibir sobre todo en función de mis variaciones libidinales y de la vivencia corporal que experimenté a lo largo del día que pasé. Como podrá apreciar, agrupo todos estos detalles bajo el nombre de vínculos afectivos y lingüísticos con el Otro, vínculos que moldean y dan forma a la Imagen Inconsciente del Cuerpo. Precisamente, es la importancia de la relación con el Otro lo que llevó a Françoise Dolto a definir la Imagen Inconsciente del Cuerpo como un sustrato relacional de lenguaje.

Si me ha seguido hasta aquí, pasemos a la siguiente situación. Supongamos que usted me pregunte: "Muy bien, comprendí lo que era la imagen, pero entonces, ¿qué es el cuerpo real del que usted habla?". El problema que tenemos es que nuestro cuerpo es un cuerpo tan investido en la relación con el Otro y lo percibimos hasta tal punto influidos por nuestra propia Imagen del Cuerpo, que el cuerpo real del que es doble la imagen huye, se nos escapa y permanece como un enigma indescifrable. Si usted insistiera y me preguntara: "Pero, ¿cómo definiría el cuerpo real?", yo respondería, lisa y llanamente,

que el cuerpo real es el cuerpo que yo mismo, como ser humano, nunca podría captar. El cuerpo real es el cuerpo que no pueden asir ni los sentidos, ni las palabras ni los símbolos, el cuerpo que se sustrae a toda aprehensión directa, entera y definitiva. Eso es el cuerpo real. De modo que, en realidad, el cuerpo real no es más que el fondo más íntimo de nuestro ser, el soporte más oscuro y secreto de todo un movimiento de percepciones y de construcciones fragmentarias de imágenes corporales. Por esta razón lo llamamos "real". La palabra "real" no quiere decir "orgánico". Yo empecé dándole a entender que el cuerpo real era el cuerpo material, pero ahora seguramente usted admitirá conmigo que el término real no designa en modo alguno nuestro cuerpo de carne, sino, antes bien, la vida que lo anima y que se sustrae a toda simbolización, a toda posibilidad de que se lo exprese en imágenes o en palabras. En resumidas cuentas, lo real es la parte del cuerpo que se nos escapa al ser humano que somos.

❐ *Si cuerpo real quiere decir cuerpo inasequible, ¿cómo interpreta usted las otras concepciones lacanianas del cuerpo: el cuerpo imaginario y el cuerpo simbólico?*

Después de haber definido el cuerpo real como inasequible, diré sencillamente que el cuerpo imaginario no sólo es la apariencia del cuerpo –el cuerpo que veo–, sino también el cuerpo productor de un sentido. ¿Qué quiero decir con esto? Que el cuerpo imaginario no es, por ejemplo, una cara que miro. Para que un rostro sea para mí un cuerpo imaginario, hace falta además que yo me sienta atraído, no por los detalles de los rasgos, sino por la expresión de todo el rostro e incluso, por la presencia del otro a través de su cara. Sólo entonces ese otro que descubro llega a ser alguien para mí. Me emociona, me incita a pensar o suscita una palabra. Si me cruzo con alguien cuya apariencia me deja indiferente, llego a la conclusión de que ese cuerpo entrevisto no alcanza la condición de cuerpo imaginario. Para que sea imaginario, insisto, es preciso que la apariencia del otro despierte en mí recuerdos, suscite reflexiones, me lleve a hacer asociaciones y analogías o incluso a producir

metáforas. En suma, que genere, movilice y amplifique el sentido. De modo tal que la definición de cuerpo imaginario es la siguiente: llamo cuerpo imaginario a todo aspecto del cuerpo que movilice a quien lo mira, lo remita a sí mismo, a su propia historia, y lo incite a experimentar afectos y a generar espontáneamente sentido. Siguiendo otra acepción, puedo definir el cuerpo imaginario como el cuerpo cuyo reflejo es la silueta especular, es decir, el cuerpo visto en forma global.

Para terminar, demos la definición de cuerpo simbólico. Si el cuerpo imaginario es el cuerpo cuando éste produce sentido, el cuerpo simbólico es el conjunto de los nombres y símbolos que designan diversos aspectos de nuestro físico y que tienen el poder de producir efectos en nuestra vida. En otros términos, si el cuerpo imaginario es una imagen que genera sentido, el cuerpo simbólico es un significante que suscita, no sólo un sentido, sino también efectos concretos en lo real.

He querido ofrecer un desglose riguroso de los diferentes conceptos ligados a la Imagen del Cuerpo e identificar claramente la especificidad de cada una de las concepciones del cuerpo: la real, la imaginaria y la simbólica.

❐ *¿Podría referirse ahora a las manifestaciones de la Imagen Inconsciente del Cuerpo y a su manera de identificarlas?*

Se manifiesta como un dicho. Dolto recuerda que la Imagen del Cuerpo se presenta como una palabra que debe ser decodificada y cuya clave no la tiene únicamente el psicoanalista pues son las asociaciones del niño las que aportan la clave. Concretamente, esto significa que la Imagen del Cuerpo no se revela como tal en el dibujo de un niño. Si el niño dibuja, por ejemplo, un hombrecito, no puedo identificar de entrada esta imagen con la Imagen del Cuerpo. Si, en cambio, al dibujar su hombrecito, el niño comenta: "Este señor es un ladrón", pensaré inmediatamente que su palabra, al calificar al hombre de ladrón, está dando cuerpo a su Imagen Inconsciente del Cuerpo. ¿Por qué? Tratándose de un ladrón, lo que está dominando el inconsciente del niño es la imagen de un cuerpo que

toma o de un cuerpo que es tomado, de un cuerpo ladrón o de un cuerpo víctima, en pocas palabras, es la imagen de una dominación. Me preguntaba usted de qué modo identifico la Imagen Inconsciente del Cuerpo. Le respondo de inmediato. Parto de lo que me dice el paciente, por ejemplo: "Este señor es un ladrón"; identifico en sus palabras el verbo que designa la acción principal, "tomar", determino la parte del cuerpo que interviene en la acción, "la mano", y entonces me pregunto cuál es la pulsión que acarrea dicha acción. Verá usted, si el niño me habla de un ladrón, pienso primero en su mano, luego, imagino el gesto de tomar y guardar y finalmente encuentro la pulsión de dominación y la de retener, propia del período anal en el que probablemente el niño ha quedado fijado. Por lo tanto, no basta con observar un hombrecito dibujado en una hoja de papel y llegar a la conclusión: "¡Esta es la Imagen del Cuerpo!" . Hace falta que además el niño hable mientras dibuja o, si pensamos en el paciente recostado en el diván, hace falta que éste ponga palabras a sus afectos, sus emociones y experiencias. Y, sobre todo, que el analista que las escucha en un vínculo de transferencia las comprenda y reconozca la impronta del cuerpo en las diferentes producciones del inconsciente.

❒ *En otro orden de ideas, al escucharlo hablar, me preguntaba si las perturbaciones temporo-espaciales que encontramos con mucha frecuencia en el equilibrio psicomotor no corresponderían a una desarmonía de la Imagen del Cuerpo.*

Sí, en efecto, creo que es así. Pero, para responder más adecuadamente a su pregunta, habría que introducir un concepto hermano del de la Imagen del Cuerpo, a saber el de Esquema corporal. Pues los trastornos temporo-espaciales de los que usted habla no sólo corresponden a una perturbación de la Imagen Inconsciente del Cuerpo; es probable que también tengan que ver con una alteración del Esquema corporal.

❒ *Precisamente, ¿qué diferencia establece usted entre estos dos conceptos?*

Invito al lector a remitirse a la *Figura 9*, pág. *133*.

Creo que, para los especialistas en psicomotricidad y para el conjunto de profesionales de la escucha, es importante comprender claramente esta distinción, establecida por Françoise Dolto, entre *Esquema corporal* e *Imagen Inconsciente del Cuerpo*. ¿Qué es exactamente el Esquema corporal? Es la representación más o menos consciente que el individuo tiene de su propio cuerpo y le sirve de referencia para situarse y desplazarse en el espacio. Paul Schilder, psicoanalista vienés, propuso esta expresión en 1923, siguiendo la idea de un neurólogo inglés, Henry Haed. Con lo que él llama "modelo postural del cuerpo" o "Esquema corporal", Schilder describe un conocimiento singular que cada ser humano tendría de la estática y la dinámica de su cuerpo en el espacio. Éste es un saber esencialmente espontáneo, maquinal, más o menos consciente, ajustado y reajustado sin cesar según las exigencias de la realidad y una cantidad de informaciones que llegan al cerebro desde el cuerpo y al cuerpo desde el cerebro. El Esquema corporal es, pues, una representación, más exactamente, una autorrepresentación de nuestro cuerpo en acción, un dispositivo neuropsicológico que recoge y sintetiza una multiplicidad de sensaciones internas sutiles y organiza automáticamente la inteligencia motriz del cuerpo en el mundo de los objetos. Las principales sensaciones que alimentan el Esquema corporal son ópticas, auditivas y cinestésicas, así como las que informan al cerebro sobre el sentido del equilibrio o el estado del tono muscular, articular y hasta sanguíneo. Definimos pues el Esquema corporal como la representación preconsciente que tenemos de nuestro cuerpo *visto* en sus desplazamientos, *percibido* en su movimiento, *reconocido* en su tono, *ajustado* en su equilibrio, *calculado* en su espesor y sus límites y, para resumir, *situado* dinámicamente en el espacio. Esta definición permite medir la distancia irreducible que separa el cuerpo del Esquema corporal y el cuerpo

vibrante de deseo que deja sus huellas en la Imagen Inconsciente del Cuerpo.

El Esquema corporal es, pues, una representación interna, preconsciente, del cuerpo, pero de un cuerpo mudo, fuera de la relación con el Otro, de un cuerpo que no está investido por la libido y que no ha entrado en la dinámica libidinal. El Esquema corporal es la representación interna que todos tenemos del cuerpo en su función eminentemente motriz y en su cualidad de objeto que ocupa un lugar en el espacio entre otros objetos. Para formularlo brevemente, definamos el Esquema corporal como la representación espacial y funcional del organismo y digamos que la Imagen del Cuerpo, aunque también es una representación interna y no consciente del cuerpo, revela el cuerpo en su cualidad de sustrato relacional entre el sujeto y el Otro, sustrato relacional de lenguaje, afecto y erogeneidad. Siguiendo esta idea, si tuviéramos que atribuir a la Imagen del Cuerpo un lugar preciso y material en el espacio, si tuviéramos que localizarla, deberíamos situarla entre dos presencias vinculadas entre sí en un lazo de lenguaje, de afecto y de deseo, como si la Imagen del Cuerpo fuera esta mesa que nos separa y nos une. A los fines didácticos, hasta ahora he dado a entender que la Imagen del Cuerpo estaba incluida en el interior de un individuo. Ahora debo rectificar esta impresión y decir que, si tuviera que ubicarla en el espacio, situaría la Imagen del Cuerpo, no ya en el interior de un individuo, sino en el intersticio, en el espacio intermedio de una intensa relación afectiva.

❐ *Pero, al situar la Imagen del Cuerpo en ese espacio intermedio, ¿no está usted aplicando su teoría, según la cual el inconsciente es una instancia única e intermediaria entre el analista y su paciente?*

Definitivamente, sí. Ocurre que, desde el momento en que abordo una entidad tan importante como la Imagen del Cuerpo, ya sea en la estricta perspectiva del Dolto, ya sea en una perspectiva más amplia como la que intento presentarles en esta ocasión y, desde el momento en que esta entidad es inconsciente, para mí es un reflejo teórico instalarla inmediatamente en la relación entre el sujeto y el Otro. Como usted sabe, la teoría no es sencillamente un saber que se adquiere. Siempre insisto en recordar que ese saber es el resultado de una práctica de la teoría en estrecha relación con la clínica. Se da entonces un fenómeno muy curioso. A medida que uno estudia, reflexiona y pone a prueba los conceptos de su práctica, éstos se hacen carne, se incorporan y, poco a poco, se instalan en uno como automatismos del pensamiento. Cuando esto ocurre, uno adquiere una flexibilidad mental que transforma conceptos extremadamente difíciles en nociones simples ajustadas a las situaciones clínicas más diversas o incluso a las situaciones corrientes de la vida cotidiana. Por ejemplo, yo hablo con usted de la Imagen Inconsciente del Cuerpo y, de inmediato, con total naturalidad, me surge la idea de instalarla entre el sujeto y el Otro como una de las formas de esa instancia mediadora entre el analista y su paciente que es el inconsciente único.

3. Dolto y Lacan, una misma pasión por el Cuerpo y sus Imágenes

Tres diferencias esenciales entre
el "Estadio del espejo" de Lacan y
el "espejo del narcisismo primario" de Dolto

Cuadro comparativo entre la Imagen
Inconsciente del Cuerpo concebida
por Dolto y la Imagen especular concebida por Lacan

Cuadro comparativo entre las teorías de Dolto
y de Lacan sobre los efectos del espejo

TRES DIFERENCIAS ESENCIALES ENTRE EL "ESTADIO DEL ESPEJO" DE LACAN Y "EL ESPEJO DEL NARCISISMO PRIMARIO" DE DOLTO

Las páginas siguientes son un extracto de una intervención de J.-D. Nasio en una conversación[1] con Françoise Dolto en 1985, en ocasión de la publicación del libro de la autora *La imagen inconsciente del cuerpo*.

J.-D. Nasio: Querría que ahora abordáramos ese capítulo tan importante de tu libro dedicado al espejo. En él desarrollas una concepción profundamente original de la función del espejo en la constitución de la Imagen Inconsciente del Cuerpo. A manera de apertura y si me lo permites, quiero darles a conocer a nuestros oyentes un viejo texto que es la transcripción de un intercambio en vivo sobre el tema del espejo y acerca de uno de tus primeros trabajos, "Cura psicoanalítica con ayuda de la

1. Esta conversación, que hemos revisado y corregido para la presente edición, fue publicada en *L'Enfant du miroir*, Payot, 2002, págs. 56-63.

Muñeca-flor".[2] El debate se desarrolló en la Sociedad Psicoanalítica de París, el 18 de octubre de 1949, con la participación de eminentes especialistas, como Lacan, Nacht, Lebovici, Held, Blajan-Marcus y... la señora Françoise Dolto-Marette. A modo de anécdota, quisiera precisar que Lacan tenía entonces cuarenta y ocho años y Dolto, cuarenta y uno. En el debate, cada uno de los participantes te pedía a ti, Françoise, una respuesta. Cito *in extenso* la reseña de la observación de Lacan: "El doctor Lacan tiene la sensación cada vez más viva de que la 'Muñeca-flor' de la señora Dolto se integra a sus investigaciones personales sobre el Estadio del espejo, la Imagen del propio cuerpo y el Cuerpo fragmentado. Considera importante que la Muñeca-flor no tenga boca y, después de señalar que es un símbolo sexual y que oculta el rostro humano, termina diciendo que espera algún día poder aportar un comentario teórico que contribuya al enfoque de la señora Dolto." Y esto es lo que le respondiste a Lacan: "Sí, la 'Muñeca-flor' se integra a las reacciones del Estadio de espejo, con la condición de que entendamos la idea del espejo como un objeto que refleja no sólo lo visible, sino también lo audible, lo sensible y lo intencional. La muñeca no tiene cara, ni manos, ni pies, ni frente ni espalda, ni articulaciones, ni cuello". Estoy seguro de que todos ustedes, y tú, Françoise, en particular, aprecian el valor histórico y conceptual de este documento, no sólo la riqueza de sus declaraciones, sino además la distancia que separa el espejo tal como se entiende en el Estadio del espejo de Lacan, del espejo tal como es concebido por Dolto, constitutivo del narcisismo primario.

Ya en aquella época, tu singular concepción del espejo como superficie omnirreflectante de toda forma sensible y no exclusivamente visible, se distinguía de la teoría lacaniana que le atribuía al espejo plano del Estadio del espejo un valor decisivo. Si comprendo bien tu pensamiento, lo que era importante en 1949, y continúa siendo importante hoy, no era la propiedad reflectante del espejo ni la imagen que se refleja en él, sino la función relacional que cumple un espejo, muy diferente y de

2. Las actas de este debate pueden hallarse en la *Revue française de psychanalyse*, n° 4, octubre-diciembre de 1949, págs. 566-568.

otra naturaleza: el espejo psíquico que refleja la presencia del otro en nosotros. En una distinción muy esquemática, encuentro tres diferencias esenciales entre el "Estadio del espejo" de Lacan y lo que llamo "el espejo del narcisismo primario" de Dolto. La primera diferencia tiene que ver con el carácter de *superficie plana* y visualmente reflectante del espejo de Lacan, en oposición al carácter de *superficie psíquica* omnirreflectante de toda forma sensible del espejo de Dolto. Por supuesto, tú hablas también del espejo plano, pero para darle en seguida una importancia relativa y tomarlo como un instrumento, entre otros, que contribuye a individualizar el cuerpo en general, el rostro, la diferencia de los sexos y, en una palabra, la Imagen Inconsciente del Cuerpo del niño. Esto nos muestra hasta qué punto, en tu teoría, la imagen que se refleja del espejo no es más que una estimulación entre otras estimulaciones sensibles que intervienen en la formación de la Imagen Inconsciente del Cuerpo.

La segunda diferencia, más importante aún, se refiere a la relación entre el cuerpo del niño y la imagen que le devuelve el espejo. Sabemos que, en la teoría de Lacan, la imagen del "Estadio del espejo", la Imagen especular, anticipa en el nivel imaginario el futuro *yo* [*Je*] simbólico del niño y que esta imagen es ante todo un espejismo de totalidad y plenitud, frente a lo real dispersado e inmaduro del pequeño cuerpo infantil. Por ello, el Estadio del espejo de Lacan es una experiencia inaugural y primera. La tesis que sostienes en *La imagen inconsciente del cuerpo* trata el problema de un modo completamente diferente. Primero, el niño no vive ese pequeño cuerpo que se encuentra ante el espejo como algo real, dispersado y fragmentado, sino como algo real coherente y continuo. En lugar de oponer, como lo hace la teoría lacanicana, un cuerpo fragmentado a una Imagen especular global o, si prefieres, algo real a una imagen, tú opones dos imágenes diferentes y complementarias: la Imagen especular y la Imagen Inconsciente del Cuerpo. En otras palabras, desplazas la contradicción constitutiva del Estadio del espejo de Lacan. Para él, lo que está en juego se resuelve en una *confrontación entre el cuerpo real y la Imagen especular;* para ti, en cambio, puesto que el cuerpo real ya es un

continuo, la cuestión se decide entre *dos imágenes*: por un lado, la Imagen Inconsciente del Cuerpo y, por el otro, la Imagen del espejo que modela e individualiza la primera. Si admitimos estas distinciones teóricas que propongo, llegaremos a la conclusión de que el Estadio del espejo de Lacan marca un comienzo (el nacimiento del *Je* y la preformación del *moi*), mientras que el espejo de Dolto consolida una individualización narcisista primaria que empezó mucho antes del nacimiento.

La tercera y última diferencia se refiere a los afectos que resultan del impacto de la imagen del espejo en el niño. Lacan califica este impacto como momento de *júbilo*, mientras que Dolto reconoce en ella la prueba dolorosa de una *castración*. El primero concibe ese júbilo como la excitación gozosa que determina el momento en que el niño asume su imagen. Françoise Dolto, por el contrario, reconoce en la castración la comprobación dolorosa que hace el niño de la distancia que lo separa de la imagen. Se siente desilusionado al descubrir que no es su imagen y que su imagen no es él. Precisamente, en la perspectiva de Dolto, el narcisismo primario se refuerza en la difícil prueba que supera el niño al aceptar que no es la imagen reflejada que el espejo le devuelve, que él y su imagen son dos realidades distintas.

En suma, la distancia entre las posiciones lacaniana y doltoiana puede resumirse en tres diferencias: la manera distinta de concebir la naturaleza de la superficie del espejo (plana en Lacan y psíquica en Dolto), la diferente elección de los polos opuestos de la experiencia especular (cuerpo real / Imagen especular en Lacan, Imagen Inconsciente del Cuerpo / Imagen especular en Dolto) y, por último, la manera diversa de considerar el impacto afectivo del espejo (júbilo del bebé en Lacan / dolor del niño en Dolto). Sabiendo el lugar que atribuye al espejo el libro de Dolto, se imponía naturalmente establecer una comparación con la teoría lacaniana del Estadio del espejo.

F. Dolto: Te agradezco vivamente esta evocación de mis comienzos y que hayas podido reunir de manera tan clara los diversos aspectos de un problema difícil, el del espejo [...].

IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO, DE DOLTO	IMAGEN ESPECULAR, DE LACAN
• La Imagen Inconsciente del Cuerpo es una imagen interior que no se refleja en el espejo.	• La Imagen especular es una imagen exterior reflejada en el espejo.
• La Imagen Inconsciente del cuerpo es una representación psíquica.	• La Imagen especular es el reflejo de la silueta de nuestro cuerpo en el espejo.
• Las fuentes de la Imagen Inconsciente del Cuerpo son las múltiples sensaciones propioceptivas, interoceptivas y erógenas, etcétera.	• La fuente de la Imagen especular es la apariencia de nuestro cuerpo.
	• La Imagen especular es una imagen visual y monomorfa.
• La Imagen Inconsciente del Cuerpo es una imagen multisensorial y polimorfa.	• El niño descubre su imagen especular entre los seis y los dieciocho meses de vida y la redescubren aproximadamente a los tres años.
• La Imagen Inconsciente del Cuerpo comienza a formarse durante el período intrauterino y termina su maduración alrededor de los tres años de edad.	• Predominio de la Imagen especular a partir de los tres años de edad.
• Hay un predominio de la Imagen Inconsciente del Cuerpo hasta los tres años y luego represión en favor de la Imagen especular.	• La Imagen especular contribuye muy tempranamente a la formación del *yo* [*Je*] simbólico y del *yo* [*moi*] imaginario.
• Desde la vida intrauterina hasta los tres años de edad, la Imagen Inconsciente del Cuerpo sienta las bases del sentimiento de uno mismo. Luego, ya reprimida, la Imagen Inconsciente del Cuerpo puede modificar el curso de los acontecimientos memorables de nuestra existencia.	• La imagen especular le muestra al niño que tiene una forma humana, le hace sentir que es una entidad distinta y le hace creer que es una unidad.

Figura 7

Cuadro comparativo entre la Imagen Inconsciente del Cuerpo concebida por Dolto y la Imagen especular concebida por Lacan.

	DOLTO	LACAN
Unidad del *yo*	El niño adquiere la unidad de su *yo* gracias al ***deseo*** que ***siente***.	El niño adquiere la unidad de su *yo* [*moi*] gracias a la ***imagen*** que ***ve***.
Afirmación del *yo* [*Je*]	Dolto no hace una distinción entre el *Je* y el *moi*. De ahí que la unidad del *yo* venga del ***interior***, de las sensaciones internas de deseo y de intercambios afectivos y eróticos con el otro.	La formación del *Je* viene del ***exterior***, del impacto visual que significa para el bebé el descubrimiento de la Imagen especular de su cuerpo.
Sujeto/Objeto	***Para Dolto, el espejo es desestructurante***; considera que la fascinación del niño por su imagen lo convierte en un ***objeto*** entre otros objetos.	***Para Lacan, el espejo es estructurante***; lo considera un notable agente formador de la identidad precoz del niño. La Imagen especular lo ayuda a convertirse en ***sujeto***, pues le suministra la matriz de su *yo* [*Je*] simbólico y de su *yo* [*moi*] imaginario.

Figura 8

Cuadro comparativo entre los efectos que produce el espejo según Dolto y según Lacan. Vemos que Dolto teme los efectos desestructurantes del espejo mientras que Lacan alaba sus efectos estructurantes.

4. El archipiélago del Cuerpo y sus Imágenes

El Archipiélago Dolto
El papel de las castraciones en la formación de las Imágenes Inconscientes del Cuerpo

Patología de la Imagen Inconsciente del Cuerpo

El Esquema corporal no es la Imagen Inconsciente del Cuerpo (cuadro comparativo)

*

El Archipiélago Lacan
No experimento la sensación tal como es, sino tal como me la represento

Soy el servidor de dos amos: mi cuerpo y mi inconsciente

Un ejemplo de imagen actuada: las manos grandes dibujadas por los niños golpeados

Percibo al otro en mi imagen y percibo mi imagen en el otro

El rostro del prójimo es para mí un espejo vivo y una presencia que me penetra

El Estadio del espejo: las ilusiones del niño ante su imagen y las sensaciones corporales que experimenta ante su imagen (cuadro comparativo)

EL ARCHIPIÉLAGO DOLTO

EL PAPEL DE LAS CASTRACIONES EN LA FORMACIÓN DE LAS IMÁGENES INCONSCIENTES DEL CUERPO

Sí, necesitamos placer, pero lo que nos modela no es el placer sino el sufrimiento.
D. DOLTO

Las imágenes inconscientes varían según los diferentes estadios del desarrollo libidinal: estadio respiratorio-olfativo, estadio oral, estadio anal y estadio edípico. En cada uno de estos estadios existe una imagen predominante de base, funcional y erógena que forma una continuidad con las imágenes de los estadios anteriores y de los estadios ulteriores. Por ejemplo, la imagen erógena característica de un estadio refleja la palpitación propia del orificio erógeno dominante durante esa etapa y del objeto correspondiente a ese orificio que colma o frustra al niño. Así, el paso de un estadio a otro, es decir, de una imagen a otra, significa la pérdida de la supremacía de una zona y su objeto a favor de una nueva zona erógena y su nuevo objeto. Ahora bien, ese paso es inevitablemente doloroso: el niño sufre

por haber tenido que renunciar al objeto de satisfacción que hasta entonces le procuraba placer y por tener que conquistar un nuevo objeto. Por ejemplo, renunciar al seno materno y conquistar la palabra. Dolto llama "castración simbolígena" a este difícil renunciamiento, que todo niño debe aceptar y acompañar con el esfuerzo de ganar el nuevo objeto.

Pero, ¿cuál es la condición *sine qua non* para que el niño renuncie y conquiste, para que supere semejante prueba? Son las palabras pronunciadas por un adulto que le explican al niño que el goce que conoció hasta ahora ya no será posible, a causa de la edad que ha alcanzado y el lugar que ocupa entre los seres humanos. Esta palabra anima al niño a separarse del objeto actual de satisfacción, a poner símbolos en el lugar que dejó ese objeto y a investir un objeto sustituto. Vemos claramente que la palabra castradora del adulto es un llamado al renunciamiento, pero también y sobre todo, una incitación a crear símbolos y, más ampliamente, un aliciente para lograr la superación de sí mismo. Además de privativa, la palabra castradora debe ser simbolígena y promotora: privativa de un goce anacrónico, simbolígena en cuanto generadora de nuevos símbolos, y promotora de un nuevo sujeto. ¿Por qué decimos, pues, que la castración reorganiza la Imagen del Cuerpo? Porque el renunciamiento a lo viejo y la conquista de lo nuevo modifican sustancialmente la interacción ritmada madre/hijo, vale decir, la Imagen Inconsciente del Cuerpo concebida como la imagen de un ritmo (Véase la *Figura 2*, pág. 36).

De este modo, Françoise Dolto distingue cinco castraciones simbolígenas:

- *La castración umbilical*, que se produce en el nacimiento; el niño pierde el medio acuático de su vida fetal y gana el medio aéreo.
- *La castración oral*, inherente al destete; el niño pierde el seno como una parte de sí mismo y adquiere la capacidad de utilizar la boca y la lengua para hablar.
- *La castración anal*, que marca el paso de la dependencia motriz de la madre al desplazamiento autónomo del cuerpo. El niño pierde la comodidad de estar en brazos y adquiere la autonomía de moverse. Aprende a posicionarse corporalmente en el espacio y a manejar su fuerza muscular. Este dominio de la acción corporal se corresponde con el dominio del esfínter anal.
- *La castración primaria* ocurre alrededor de los dos años y medio, cuando el niño descubre que su Imagen especular es diferente de su persona y que su cuerpo presenta caracteres sexuados. La castración primaria se produce en virtud de la palabra del adulto que le enseña al niño que es diferente de su imagen reflejada en el espejo y que la apariencia sexuada de su cuerpo marca su pertenencia a uno de los dos sexos. El niño pierde la despreocupación de situarse fuera del sexo y adquiere desde entonces una identidad sexuada.
- *La castración edípica* también se produce como consecuencia de la palabra que le prohíbe al niño fantasear al padre del sexo opuesto como compañero sexual. El niño pierde el placer del fantasma incestuoso y gana desde ese momento el acceso a un nuevo objeto que se ajuste a su deseo.

Dos observaciones:

- Hasta finales del tercer mes de vida, el bebé es insensible a las imágenes que se forman en el espejo. El interés del niño por su imagen reflejada en el espejo habitualmente se observa sólo a partir del cuarto mes y culmina alrededor del décimoquinto.
- Sólo a partir de los tres años, el niño comienza a reconocerse y a conducirse como un sujeto distinto del prójimo.

PATOLOGÍA DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

Una imagen puede sufrir la amputación de una de sus tres partes (véase la *Figura 2*).

De la parte *Presencia del bebé*, de la parte *Presencia de la madre* o de la parte común a las dos presencias, a saber, la imagen del

ritmo del intercambio funcional, erógeno y de base entre el bebé y la madre. La parte *Presencia del bebé* desaparece de la imagen cuando el cuerpo real del niño ha sufrido una lesión importante que invalida el intercambio sensual y emocional con la madre. Puede tratarse de una lesión sufrida, bien en el nivel de una zona erógena (labio leporino, problemas de deglución, ceguera, quemadura, etcétera), o en el nivel de una función corporal (enfermedades respiratorias, cardíacas, digestivas, etcétera) o bien en el nivel de una función motriz (trastornos de la motricidad y del equilibrio). Todas estas lesiones hacen que el bebé pierda la aptitud de interactuar emocionalmente con la madre. Por ello, la imagen resulta mutilada.

La parte *Presencia de la madre* desaparece de la imagen cuando el niño ha sido privado concretamente de su madre real o de su sustituto. Es el caso de los bebés separados brutalmente del adulto tutelar que les da seguridad (por muerte, abandono, enfermedad, internación).

La parte *ritmada del intercambio funcional, erógeno y de base* se recorta de la imagen cuando la madre –aunque esté real y concretamente presente– no está animada por el deseo de comunicarse con su hijo y dirigirse a él como sujeto deseante. En este caso, la madre está presente en la realidad, pero no le habla al niño o le habla "al costado", como si él no existiera. Es el caso de las madres depresivas e indiferentes o, por el contrario, de las madres asfixiantes que, abandonadas por su compañero, atrapan al niño en un cuerpo a cuerpo perverso. Si la madre no está imbuida del deseo de comunicarse, no podrá dirigirse a su hijo con una palabra que garantice la interacción armoniosa de sus imágenes inconscientes. La relación madre-hijo se vuelve entonces meramente sensorial, excluida de todo deseo, en la que el intercambio se reduce a la mera satisfacción de la necesidad. En consecuencia, la Imagen Inconsciente del Cuerpo quedará amputada del ritmo erógeno. En esta imagen enferma, la parte *Presencia del bebé* y la parte *Presencia de la madre* (olor, voz, cara) permanecerán intactas, pero el ritmo de sus intercambios estará alterado, enloquecido o ausente. La necesidad siempre encontrará satisfacción pero el deseo se apagará.

ESQUEMA CORPORAL *El Esquema corporal es la representación que cada uno se hace de su cuerpo y le sirve de referencia en el espacio.*	IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO *La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la representación inconsciente que cada uno se hace de su cuerpo de ayer y de hoy, vibrante de deseos, lenguaje y ternura.*
• El Esquema corporal es común a todos los seres humanos. • El Esquema corporal es un dato neurofisiológico. • El Esquema corporal es una realidad de hecho. Es una instantánea de nuestro cuerpo orgánico, sano o enfermo, tal como lo vivimos gracias a las sensaciones musculares, óseas, viscerales, circulatorias, etcétera. • El Esquema corporal es en parte inconsciente pero, en general, es preconsciente o consciente. • El Esquema corporal se elabora como resultado del aprendizaje de la experiencia motriz. • El Esquema corporal es independiente de la relación afectiva con el prójimo; puede desarrollarse incluso en condiciones de desamparo afectivo. • El Esquema corporal procura una estabilidad temporo-espacial. Gracias a este esquema, evito los accidentes y protejo mi cuerpo.	• La Imagen Inconsciente del Cuerpo es propia de cada individuo. • La Imagen Inconsciente del Cuerpo se forma durante los tres primeros años de vida. • La imagen Inconsciente del Cuerpo se construye y se organiza siguiendo los estadios del desarrollo del pequeño. Cada etapa de la formación de la Imagen se abre a cambio de sufrir el precio de una castración. • La Imagen Inconsciente del Cuerpo es fundamentalmente inconsciente, pero puede volverse parcialmente consciente gracias al psicoanalista, que la percibe en las manifestaciones del paciente y se la revela. • La Imagen Inconsciente del Cuerpo se estructura en el seno de la relación deseante, lingüística y afectiva con el prójimo. • La Imagen Inconsciente del Cuerpo me asegura una estabilidad, una constancia y una mismidad de base.

Figura 9
El Esquema corporal no es la Imagen Inconsciente del Cuerpo.

EL ARCHIPIÉLAGO LACAN

NO EXPERIMENTO LA SENSACIÓN TAL COMO ES, SINO TAL COMO ME LA REPRESENTO

Cada sensación corporal hace que nos forjemos automáticamente una representación mental de cada una de nuestras sensaciones corporales. Toda impresión intensa se compone, pues, de tres movimientos: la *excitación* física que la provoca, la *representación* mental, tanto de la vivencia corporal como del lugar del cuerpo de donde proviene la excitación y, finalmente, *la investidura libidinal* que depositamos en dicha representación. En realidad, "investidura libidinal" no es más que la expresión psicoanalítica para designar la atención afectiva que prestamos a lo que sentimos corporalmente. Tengamos en cuenta que esta atención no siempre es consciente. En resumen, sentir intensamente una sensación (de dolor, placer, asco, una opresión en el pecho, etcétera) significa que investimos libidinalmente la representación mental de la vivencia sensorial y de la parte del cuerpo afectada. Psicoanalíticamente hablando, no investimos el cuerpo de carne y hueso sino la representación mental del cuerpo, más exactamente la imagen mental de la sensación.

Por ello debemos decir que, cada vez que experimentamos una sensación física, sobre todo si es una sensación vívida y conmovedora, no experimentamos directamente el cuerpo, lo sentimos a través de la representación mental de dicha sensación. Sentir es siempre imaginarse lo que uno siente.

SOY EL SERVIDOR DE DOS AMOS: MI CUERPO Y MI INCONSCIENTE

Quiero detenerme un instante aquí para examinar la relación entre el cuerpo y el inconsciente planteando la siguiente pregunta: ¿quién nos gobierna? ¿Quién es el amo que guía nuestro destino? ¿Quién podría ordenarme, por ejemplo, interrumpir la escritura de esta página e ir a acostarme para curarme una gripe, sino mi cuerpo, mi señor indiscutible? Otros dirán, sin embargo, que su señor indiscutible no es el cuerpo sino el inconsciente mismo y otros también podrán decir que es Dios. Por mi parte, me considero sometido a dos amos indisociables, igualmente poderosos, que se unen para gobernarme: uno es el cuerpo, exigencia imperiosa a la que no puedo sustraerme; el otro es el inconsciente, agente invisible y silencioso que impone su ley. Los dos son correlativos y vibran al unísono: el cuerpo es la caja de resonancia más sensible del inconsciente y el inconsciente se ajusta a las variaciones inevitables de un organismo vivo y mortal. ¿Y qué decir de Dios? Seguramente, Dios, suprema alteridad del hombre, es la instancia universal y trascendente que cada uno podrá reconocer o no.

UN EJEMPLO DE IMAGEN ACTUADA: LAS MANOS GRANDES DIBUJADAS POR LOS NIÑOS GOLPEADOS

En lugar de elevarse al plano de la conciencia, la imagen inconsciente de nuestras experiencias infantiles se dinamiza en una acción; el cuerpo la representa así como el sonámbulo

representa la escena de un sueño. Pienso en este momento en un ejemplo de imagen actuada, la del dibujo espontáneo que hacen algunos niños durante la cura. Es frecuente que algunos pequeños pacientes dibujen personajes con manos enormes para expresar, sin darse cuenta, el miedo de vivir bajo la amenaza de una mano violenta que les pega. Lo cierto es que los niños que dibujan manos desmesuradas con gran frecuencia son niños golpeados o que tienen miedo de serlo. Por ello, yo diría que el acto mismo de dibujar una mano-paleta es la imagen actuada que le revela al psicoanalista un temor oculto.

PERCIBO AL OTRO EN MI IMAGEN Y PERCIBO MI IMAGEN EN EL OTRO

He aquí lo que Lacan llama la "paranoia primitiva" y a veces la "estructura paranoica del *yo*": el otro está en mí y yo estoy en el otro. Esta paranoia constitutiva de nuestro *yo*, cristalizada durante el Estadio del espejo, es la matriz de todo vínculo humano. Ser humano significa incluir al otro en nosotros y depender tan íntimamente de él que nadie podría considerarse libre y autónomo. Nadie es autónomo y eso es lo que el neurótico se niega a admitir. Pues confunde la alienación constitutiva con la sumisión servil y, por lo tanto, su temor al otro, vivido como un dominador, le impide comprometerse en una relación afectiva. El neurótico teme ser dominado, abandonado, humillado o que se abuse de él. Como si, por miedo al otro, se defendiera diciendo "¡No dejaré que me avasallen! ¡No me poseerá!". Es fácil comprender pues por qué una de las fantasías más frecuentes del neurótico es creerse autosuficiente, no deber nada a nadie.

EL ROSTRO DEL PRÓJIMO ES PARA MÍ UN ESPEJO VIVO Y UNA PRESENCIA QUE ME PENETRA

El rostro del otro es un espejo móvil que me devuelve mi imagen tal como esa persona se la representa sin tener conciencia de ello. Desde que nuestras miradas se encuentran, siento de inmediato, confusamente, la imagen que el otro se ha forjado de mí. Mientras que delante de un espejo percibo el reflejo de mi apariencia, ante el rostro que miro y que me mira, descubro lo que soy para el otro. Por ello decimos que un espejo refleja mi Imagen especular, en tanto que el rostro expresivo del otro refleja mi propia imagen interior tal como él la interpreta.

En una perspectiva invertida, no ya de nosotros hacia el rostro del otro sino de su rostro hacia nosotros, Emmanuel Levinas destaca hasta qué punto el "rostro del prójimo", tan irradiante de significaciones, se nos impone y nos penetra. Levinas llama *epifanía* esa irradiación del Otro hacia nuestro rostro y *visitación*, su entrada en nosotros. En *Humanismo del otro hombre*, escribe una fórmula admirable: "La epifanía del rostro es visitación". Quiero reproducir aquí el pasaje completo donde aparece esta fórmula: "La epifanía del Otro comporta una significación propia [...] Esta presencia [la presencia del prójimo] consiste en venir a nosotros, en hacer una entrada. Lo cual puede enunciarse del modo siguiente: el fenómeno que es la aparición del Otro es también rostro. La epifanía del rostro es visitación. Mientras que el fenómeno ya es imagen, la epifanía del rostro está viva [...] El Otro se manifiesta en el rostro."[1]

Si vemos nuestro cuerpo reflejado, nos sentimos humanos, y si vemos nuestro rostro, no nos sentimos nosotros mismos.

1. Levinas, E. *Humanisme de l'autre homme*, París, Vrin, 1980, pág. 51. [Trad. esp.: *Humanismo del otro hombre*, trad. de Daniel E. Guillot, México, Siglo XXI, 1974.]

UNIFICACIÓN	OMNIPOTENCIA	AUTONOMÍA	LAS ILUSIONES DEL NIÑO ANTE SU IMAGEN
• El niño está ***fascinado*** por su silueta humana y móvil que se refleja en el espejo. *"Me creo unido."*	• Ilusión triunfante de dominar su cuerpo y controlar su imagen. *"Me creo fuerte."*	• Me creo autónomo y libre de hacer lo que quiero. *"Me creo libre."*	
FRAGMENTACIÓN	**IMPOTENCIA**	**ALIENACIÓN**	**LAS SENSACIONES CORPORALES DEL NIÑO ANTE SU IMAGEN**
• El niño ***sufre*** al experimentar el desorden de sus sensaciones internas. *"Estoy fragmentado."*	•En esta fase de la vida, un bebé no puede dominar su cuerpo ni controlar su imagen. *"Soy impotente."*	• No soy autónomo pues necesito al otro para ser yo. Y, sobre todo, no soy libre de hacer lo que quiero; sólo soy libre de que me guste o no me guste lo que debo hacer. *"Estoy alienado."*	

Figura 10

El Estadio del espejo: Las ilusiones del niño ante su imagen y las sensaciones corporales del niño ante su imagen.

5. La mirada de los otros en la construcción de la imagen de sí mismo

Independientemente de que me distinga del otro o que me sienta semejante a él, de que me sienta autónomo o dependa de él, siempre necesito del otro para ser yo.

❐ *¿Qué es la imagen de sí mismo?*

La imagen de sí mismo es ante todo un sentimiento, el sentimiento de existir y de ser uno; un sí mimo que uno ama o rechaza. Esta imagen se forma a lo largo de toda la vida y sin que lo advirtamos. Los principales ingredientes que componen la imagen de uno mismo son:

— En primer lugar, todo lo que proviene del *cuerpo* tal como lo siento y tal como lo veo: mi voz, mis olores, mis dolores, mis sensaciones viscerales, mis sensaciones propioceptivas, la imagen de mi cuerpo que me devuelve el espejo y, sobre todo, la expresión de mi rostro cuando me miro en el espejo.

— En segundo lugar, todo lo que proviene del *lenguaje* en el cual estoy inmerso. Mi lengua materna y la que hablo, mi nombre propio y todo lo que se relaciona con mi historia, como mi situación familiar y social.

— Luego, todo lo que proviene del *prójimo*: la imagen de mí mismo que me transmiten mi familia, mis amigos y mis pares.

— Y, finalmente, el último elemento constitutivo, todos los aluviones de mi *historia*, con esto me refiero a las huellas y cicatrices dejadas por los acontecimientos memorables de mi pasado.

Pues bien, desde mi nacimiento no he dejado de integrar en mí todos esos elementos surgidos del cuerpo, del lenguaje, de los otros y de mi historia ni he dejado de esbozar en mi espíritu un vago autorretrato tan inmutable como cambiante, llamado imagen de sí mismo. Este autorretrato virtual e identitario es la sustancia misma de nuestro *yo*. En realidad, la imagen de sí mismo y el *yo* son dos expresiones posibles para designar el sentimiento más íntimo, el de sentirse uno mismo.

❐ *En lo tocante al tercer elemento constitutivo de la imagen de sí mismo, el de la influencia de los demás, quiero preguntarle si realmente necesitamos de la mirada de los otros para construirnos.*

Sin duda. Primero, está la mirada exterior procedente de los otros, la mirada que me reconoce o me rechaza pero que, de todas maneras, influye en la imagen que tengo de mí mismo. Luego, está mi propia mirada interior, suma de todas las miradas de los otros introyectadas con el paso del tiempo. Esta automirada se traduce a menudo como una conciencia moral que me halaga o me critica, me elogia o me condena. Pero, ya sea interior o exterior, la mirada continúa siendo, indiscutiblemente, el principal agente formador de la imagen de uno mismo.

❐ *¿Por qué algunas personas son tan sensibles a las opiniones externas mientras otras pueden ser totalmente indiferentes?*

A decir verdad, todos somos sensibles a los elogios o las críticas que provienen de los demás, pero admito que algunas personas son más impresionables que otras. Esto depende de un único factor, la solidez de la imagen de sí mismo. Si me acepto tal como soy, si me siento relativamente feliz de ser quien soy, la opinión de los demás me importa, ciertamente, pero no me desestabiliza. Si, por el contrario, dudo de mí, es decir, si no me acepto como soy, si no me quiero, la opinión del otro se vuelve esencial, ya sea porque me alienta –y, en ese caso, me vuelvo

dependiente–, o porque me abruma y, en este caso, lo desprecio o me desprecio. En pocas palabras, la ecuación sería la siguiente: cuanto más tranquilo estoy respecto de mí mismo, tanto más disminuye la importancia de la mirada de los otros. E, inversamente, cuanto más decepcionado o más infatuado estoy de mí mismo, tanta más necesidad tengo de la mirada del prójimo.

❐ *¿Y de qué depende que esté tranquilo respecto de mí mismo o me sienta decepcionado?*

Depende de la manera en que uno haya sido amado. Si los padres supieron educarlo sin rebajarlo, quiero decir, si supieron inculcarle las reglas y las prohibiciones de la vida en sociedad sin hacerlo sentir un "niño rey" ni un "incapaz", el individuo habrá aprendido a amarse serenamente y a juzgarse con la misma indulgencia con que lo juzgaban sus padres.

❐ *Lo que vemos en la mirada de los otros, ¿no es el reflejo de lo que pensamos de nosotros mismos?*

No, la imagen de mí mismo que presiento en los ojos de mi pareja no es el reflejo de lo que pienso de mí mismo. A veces, me veo más idealizado o, por el contrario, más depreciado de lo que me siento. Tomemos el ejemplo de los padres. Una madre verá en los ojos de su hijita de seis años hasta qué punto la niña la ha idealizado. Mientras que en los mismos ojos de su hija ya adolescente, verá hasta qué punto la critica injustamente. Está claro que lo que uno percibe en la mirada de los otros no es el reflejo de lo que uno piensa de sí mismo, aun cuando algunas veces, como somos frágiles, nos sentimos afectados por la admiración o el desprecio del otro.

❐ *¿Es cierto que cuanto más envejece uno tanto más se desentiende de la mirada del prójimo?*

Sí, cuanto más madura uno, más se desapega de la mirada de los otros, y esto sucede por dos razones. Primero, porque, con el paso de los años, hemos aprendido que los demás son tan imperfectos como nosotros y, además, porque hemos aprendido mejor a querernos tal como somos.

❒ *Ese aprender a quererse, ¿no sería el objetivo del trabajo psicoterapéutico?*

Absolutamente. Hasta diría que la finalidad de la cura psicoanalítica es, en efecto, llevar al paciente a sentirse más feliz de ser quien es.

❒ *¿Qué diferencia puede establecer en la manera en que viven el hombre y la mujer su imagen de sí mismo?*

El hombre procura encontrar en la compañera la mirada admirativa que lo reconforta en una imagen viril de sí mismo, vale decir, en la imagen de un hombre que hace lo que debe hacer y lo hace bien. La mujer, por su parte, procura encontrar en su compañero la mirada admirativa que la reconforte en la imagen femenina de sí misma, es decir, en la imagen de una mujer que se siente elegida por un hombre.

❒ *En la relación amorosa, ¿no amamos a aquel que nos hace descubrir cómo somos?*

Sí, en la relación amorosa amamos a quien nos revela ante nosotros mismos, pero sobre todo a quien nos acepta tal como somos y nos hace sentir felices de ser así.

❒ *La imagen que nos devuelven nuestros hijos, ¿nos ayuda a construirnos?*

Seguramente. La imagen que nos devuelven las personas a las que amamos nos ayudan a construirnos, aun cuando sepamos que esta imagen elogiosa o crítica nunca corresponde a lo que verdaderamente somos.

❒ *¿Podría usted darle un consejo a una madre para que su hijo no dependa demasiado de la opinión de los demás?*

El mejor consejo que le daría a una madre es el más sencillo: que le diga siempre a su hijo o a su hija que cree en ellos, que no duda un instante de que tendrán éxito en la vida. La mayor dificultar para los padres es educar a sus hijos y al mismo tiempo evitar que pierdan la confianza en sí mismos, su amor propio.

6. Extractos de las obras de S. Freud, F. Dolto y J. Lacan sobre el Cuerpo y sus Imágenes precedidas por nuestros comentarios

EL CONCEPTO DE IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO, DE DOLTO

Los subtítulos y el texto en negrita que presenta los extractos de Freud, de Dolto y de Lacan son de J.-D. Nasio.

FREUD ANTES QUE DOLTO

Aunque olvidadas, las primeras sensaciones corporales experimentadas cuando somos bebés no dejan de vibrar en nuestro cuerpo de adultos y continúan ejerciendo una influencia decisiva en nuestra vida afectiva, nuestras elecciones y hasta en nuestras producciones intelectuales o artísticas más elaboradas.

"Los acontecimientos de los primeros cinco años de vida ejercen en nuestra existencia una influencia decisiva a la que nada podrá luego oponerse [...]. Observamos con placer que

un escritor lleno de imaginación [E.T.A. Hoffmann] [...] atribuía la riqueza de personajes imaginarios que aparecían en sus obras a la diversidad de imágenes y de impresiones que él había recibido cuando era aún un bebé de pecho. Todo lo que un niño de dos años ya ha podido ver sin comprenderlo puede no reaparecer nunca en su memoria, salvo en los sueños. Sólo el tratamiento analítico podrá hacerle conocer esos acontecimientos."[1] *Freud*

FUERON LOS NIÑOS QUIENES LE REVELARON A FRANÇOISE DOLTO LA EXISTENCIA DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

"Si me intereso en la imagen del cuerpo que cada persona lleva consigo, en cada momento de su existencia, ya sea despierta, estática, funcional o dormida, ello se debe a mi trabajo psicoanalítico con niños y adultos y a que las imágenes que aparecen implícitas en lo que me dicen los adultos se manifiestan explícitamente en el caso de los niños, a través de sus dibujos, o de sus modelados."[2] *Dolto*

EL CONCEPTO DE IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO NACE EN LA ESCUCHA

Aunque haya surgido de la escucha de niños neuróticos, la noción de Imagen Inconsciente del Cuerpo llegó a ser un instrumento precioso para trabajar con nuestros pacientes adultos.

"La noción de imagen del cuerpo surgió de la práctica del psicoanálisis con niños neuróticos."[3] *Dolto*

DEFINICIONES DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

Para Dolto, la Imagen Inconsciente del Cuerpo es la representación reprimida de una sensación corporal vivida mucho antes, en la vida intrauterina o en la primera infancia e indisolublemente asociada a la presencia intensa de la madre. La Imagen Inconsciente del Cuerpo es la memoria inconsciente de todos nuestros deseos dirigidos a nuestra madre, deseos asociados a las zonas erógenas del cuerpo: olfativa, auditiva, visual, etcétera. Recordemos que todos los impulsos de deseo hacia la madre derivan de un único deseo supremo, el de comunicarnos con el otro.

"[La Imagen Inconsciente del Cuerpo] es una estructura que deriva de un proceso intuitivo de organización de las fantasías, de las relaciones afectivas y eróticas pregenitales. Aquí fantasma significa memorización olfativa, auditiva, gustativa, visual, táctil, barestésica y cinestésica de percepciones sutiles, débiles o intensas, experimentadas como lenguaje de deseo del sujeto en relación con otro, percepciones que acompañaron las variaciones de tensión sustancial sentidas en el cuerpo."[4] *Dolto*

"La imagen del cuerpo es una síntesis viva, en todo momento actual, de nuestras experiencias emocionales vividas repetidamente a través de las sensaciones erógenas electivas, arcaicas o actuales de nuestro cuerpo."[5] *Dolto*

Observemos que, en estas dos citas, Dolto define la Imagen Inconsciente del Cuerpo dando prioridad a su naturaleza erógena.

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO SÓLO PUEDE CAPTARSE A TRAVÉS DE SUS MANIFESTACIONES

La Imagen Inconsciente del Cuerpo no puede percibirse inmediatamente porque está reprimida y es inconsciente. Sin

embargo, puede revelársele al psicoanalista si éste sabe descubrirla en las actitudes corporales y la palabra del paciente y, cuando se trata de un niño, en los dibujos y modelados que produce y comenta durante la sesión.

"En el curso de mi trabajo, me di cuenta de que las imágenes inconscientes que tiene un ser humano de su cuerpo –que nada tienen que ver con la imagen consciente visual o volumétrica de su cuerpo en el tiempo y en el espacio de la realidad–, están subyacentes en todo lo que siente y expresa esa persona."[6] *Dolto.*

"Mediante estas representaciones y escuchando lo que los niños dicen de ellas o lo que fantasean al dibujarlas, llegué a comprenderlas y pude estudiar en qué consisten estas imágenes del cuerpo inconscientes."[7] *Dolto*

LOS TRES COMPONENTES DE LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO: LA IMAGEN DE BASE, LA IMAGEN FUNCIONAL Y LA IMAGEN ERÓGENA

"[Distinguimos] tres modalidades de una misma imagen del cuerpo: la imagen de base, la imagen funcional y la imagen erógena que, en conjunto, constituyen y aseguran la imagen del cuerpo vivo y el narcisismo del sujeto en cada estadio de su evolución."[8] *Dolto*

En el extracto siguiente, tomado de un texto muy anterior, Françoise Dolto distingue solamente dos componentes de la Imagen Inconsciente del Cuerpo: la Imagen de Base y la Imagen Funcional. Más tarde, Dolto desdoblará la última en una imagen propiamente dinámica de intercambio y en otra propiamente erógena.

"En cada época de la organización libidinal, el ser humano elabora dos imágenes dinámicas de su cuerpo, [...] cuya alternancia ritmada le da la sensación de existir en el tiempo y el espacio como unidad viva limitada por sus tegumentos. En primer lugar, [...] la imagen de seguridad de base que implica una cabeza y un tronco [...]. En segundo lugar, una representación dinámica de la realización de intercambios estructurantes de entradas y salidas energéticas [...]; esta imagen de representación dinámica de realización puede entenderse también como imagen de tono potencial erógeno."[9] *Dolto*

LA IMAGEN DE BASE

La Imagen de Base nos da la triple sensación de permanecer estables en el espacio, de seguir siendo el mismo en el tiempo y de conservarnos consistentes frente a la alteridad de los seres y las cosas. Esta imagen está en el fundamento del narcisismo "primordial", es decir, de nuestro deseo de ser y de vivir.

"La imagen de base es una imagen de masa continua y estable del vivir."[10] *Dolto*

"La imagen de base es lo que le permite al niño sentirse en una 'mismidad de ser', o sea, en una continuidad narcisista. [...]. Defino el narcisismo como la mismidad de ser, conocida y reconocida, que va-deviene para cada uno en la índole de su sexo."[11] *Dolto*

LA IMAGEN FUNCIONAL

La imagen funcional es la impronta dejada en el inconsciente infantil por lo que siente un cuerpo plenamente inmerso en

el intercambio con un adulto protector, deseado, pero también deseante.

"Mientras que la imagen de base tiene una dimensión estática, la imagen funcional es una imagen esténica [de fuerza] de un sujeto que apunta a la satisfacción de su deseo."[12] *Dolto*

LA IMAGEN ERÓGENA

La Imagen Erógena es la impronta que deja en el inconsciente infantil lo que siente un cuerpo vivido como si sólo fuera un orificio erógeno, un orificio que palpita según la presencia y la ausencia del otro deseado y deseante.

"[La imagen erógena] es el lugar donde se concentran el placer o el displacer erótico en la relación con el otro."[13] *Dolto*

LA REGRESIÓN ES UN PROCESO SANO DE REPLIEGUE

El niño que experimenta una regresión recobra una seguridad fundamental: la de poder decirse a sí mismo "Yo soy". Sin embargo, una vez que ha adquirido esta seguridad, también sufre, pues al haber tenido una regresión, se instala en su refugio regresivo y, de pronto, se encuentra desfasado en relación con la realidad presente.

"[...] la regresión cuyos síntomas presenta determinado sujeto es un proceso sano de repliegue que fue necesario para conservar la salud mental en un momento dado y donde el sujeto quedó atrapado."[14] *Dolto*

"[...] la regresión es un proceso necesario para la conservación de la salud en todos los casos en que el ser humano debe

sufrir una prueba y aún no ha adquirido los medios simbólicos para superarla."[15] *Dolto*

LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO ES UNA LENGUA

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es una lengua que el psicoanalista debe conocer para poder decodificar las manifestaciones del paciente y, gracias a las asociaciones de éste, poder revelarle la causa ignorada de su sufrimiento.

"[La Imagen Inconsciente del Cuerpo] es pues un dicho, un dicho que hay que decodificar y cuya clave no posee el psicoanalista por sí solo. Las asociaciones del niño son las que le aportan la clave."[16] *Dolto*

"Quiero dejar en claro lo siguiente: la imagen del cuerpo no es la imagen que aparece dibujada en el papel o representada en el modelado; debe revelarse mediante el diálogo analítico con el niño."[17] *Dolto*

Hablar la lengua de la Imagen Inconsciente del Cuerpo significa, para un psicoanalista, comunicarse con su paciente reconociéndolo tal como es y allí donde se encuentra; con esto quiero decir, yendo a buscarlo al refugio regresivo donde se ha replegado.

"[...] Cuando el niño es muy pequeño o psicótico o retrasado, es importante que el adulto psicoanalista comprenda a quién se dirige cuando le habla. Cuando digo a quién, quiero decir a quién, en qué imagen del cuerpo residual ese sujeto puede entenderlo, y en ese cuerpo, con qué tiene qué vérselas en el caso de ese niño."[18] *Dolto*

LACAN Y LA IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO

El siguiente es un extracto en el que Lacan reacciona, en su Seminario de 1956, a la exposición que acaba de presentar Françoise Dolto. Lacan formula una pregunta fundamental a la que nosotros respondimos en este libro: la Imagen Inconsciente del Cuerpo de un niño, ¿es perceptible para el niño mismo y para la madre? ¿Puede un psicoanalista que no sea Françoise Dolto tener acceso a ella? Todo nuestro desarrollo responde con un consistente sí a esta pregunta. La madre no sólo percibe inconscientemente la Imagen Inconsciente del Cuerpo de su hijo, sino que además forma parte de ella. Con todo, para que uno y otro de los integrantes de la díada madre-hijo puedan cobrar conciencia de dicha imagen, hace falta que un psicoanalista les revele su existencia.

"Es asombroso que nadie haya hablado anoche de un pasaje esencial en lo que ofreció la señora Dolto. [...] Cuando anoche se habló de la imagen del cuerpo en el caso del niño, hubo una cuestión que seguramente surgió en todos ustedes: si esta imagen del cuerpo es efectivamente el niño, si es accesible incluso para el niño, ¿también es el modo en que la madre ve a su hijo? Pero esta es una pregunta que nadie planteó.

Asimismo, uno se pregunta: ¿en qué momento el niño está en condiciones de percibir que eso que su madre desea de él, satura y satisface en él, es la imagen fálica de ella, de la madre? ¿Qué acceso posible tiene el niño a ese elemento relacional? ¿Es del orden de una efusión directa, hasta de una proyección? ¿No sería esto suponer que toda relación entre sujetos es del mismo orden que la relación de la señora Dolto con su sujeto? Me sorprende que nadie le haya preguntado si, además de ella, que ve todas esas imágenes del cuerpo, y de un o una analista probablemente perteneciente a su escuela, había alguna otra persona que pudiera verlas. Sin embargo, éste es el punto importante."[19] *Lacan*

*

EL CONCEPTO DE IMAGEN DEL CUERPO, DE LACAN

FREUD ANTES QUE LACAN: EL YO ES NUESTRA IMAGEN CORPORAL

Desde el punto de vista de su función, el yo es la superficie perceptiva del aparato psíquico y, desde el punto de vista de su consistencia, es la imagen proyectada de la superficie sensible del cuerpo. El yo es, pues, tanto la superficie perceptiva del aparato psíquico, como la proyección mental de la superficie corporal; es tanto una superficie como la* proyección *de una superficie. Esta última acepción es la que nos interesa aquí, con la condición de que se traduzca la palabra "proyección" por "imagen". En efecto, el yo es una* imagen, *la imagen mental de nuestras sensaciones externas que emanan de la superficie del cuerpo, vale decir, de la piel y de las mucosas de los orificios. Pero también es la imagen mental de nuestras sensaciones viscerales y propioceptivas que emanan del interior del cuerpo.

"El yo es ante todo un yo corporal; no es sólo un ser de superficie, sino que es en sí mismo la proyección de una superficie". ***En la traducción inglesa (1927) de "El yo y el Ello" Joan Rivière comenta estas líneas en una nota a pie de página aprobada por Freud. La nota de J. Rivièr dice:*** "Es decir, el yo deriva finalmente de sensaciones corporales, principalmente de aquellas cuya fuente está en la superficie del cuerpo. El yo puede considerarse así como una proyección mental de la superficie del cuerpo y, además, [...] representa la superficie del aparato mental."[20] *Freud*

EL NARCISISMO ES EL AMOR POR NUESTRA IMAGEN CORPORAL

Las pulsiones sexuales evolucionan del modo siguiente: primero se separan y cada una, como lo haría una serpiente que se muerde la cola, se invagina en busca de su fuente; luego, se reunifican y juntas invisten el propio cuerpo, primer objeto de amor y, por último, siempre reunidas, se vuelcan hacia el exterior y conquistan un nuevo objeto de amor: la persona del otro. La primera fase se llama autoerotismo; la segunda, narcisismo o amor por el propio cuerpo y la tercera fase, amor por otra persona. Insistamos en señalar que Freud define el narcisismo como el amor por el propio cuerpo. Sin embargo, uno no ama nunca su cuerpo tal como éste es ni tampoco a la persona del otro tal como es, los amamos tal como querríamos que fueran. El amor es siempre amor por una imagen, amor por un ser –nuestro cuerpo o la persona del otro– velado por la imagen de nuestras expectativas y nuestras proyecciones. Por ello diremos que el narcisismo no es el amor por nuestro cuerpo tal como es sino el amor por nuestro cuerpo tal como deseamos o tememos que sea. Me apresuro a aclarar que, en la cita que sigue, Freud no evoca esta condición imaginaria del amor, sino que define claramente qué es el narcisismo.

"[Durante el estadio del narcisismo] el individuo reúne en una unidad sus pulsiones sexuales que, hasta entonces, obraban de modo autoerótico, con el propósito de conquistar un objeto de amor y el primer objeto de amor que toma es él mismo, su propio cuerpo, antes de pasar a elegir como objeto a otra persona."[21] *Freud*

Si recordamos que la Imagen del Cuerpo, equivalente al yo, es una imagen perforada, diremos, pues, que el agujero es el núcleo del yo y que ese núcleo es, según Freud, el Ello.

"No desconocemos que el núcleo del yo (el Ello, como lo nombré después), al que pertenece la herencia arcaica del alma humana, es inconsciente [...]."[22] *Freud*

EL NARCISISMO NO ES SÓLO EL AMOR POR NUESTRA IMAGEN CORPORAL; TAMBIÉN ES LA PROYECCIÓN DE ESTA IMAGEN EN EL MUNDO: EL NARCISISMO CONSISTE EN AMAR NUESTRA IMAGEN Y MODELAR EL MUNDO A NUESTRA IMAGEN

De acuerdo con nuestra lectura, Lacan concibe el cuerpo desde un triple punto de vista: real, cuando el cuerpo es el asiento de las sensaciones, los deseos y el goce; imaginario, cuando su silueta se impone como el prototipo universal de todos los objetos creados por el hombre, y simbólico, cuando el cuerpo es la suprema metáfora de la vida e, inversamente, la fuente inspiradora de miles de metáforas del lenguaje humano. En las siguientes frases, Lacan presenta la dimensión imaginaria del cuerpo y afirma que el hombre, al medir con la vara de su silueta, "corporreifica" el mundo y aprehende a su semejante.

"Uno se da cuenta de que el psicoanálisis sólo puede captar del cuerpo lo más imaginario. [...] Aprehendemos un cuerpo

como forma. Lo apreciamos como tal por su apariencia. Los hombres adoran esta apariencia del cuerpo humano. Adoran, en suma, una mera y simple imagen. Comencé a hacer hincapié en lo que Freud llama narcisismo, *id est* el meollo fundamental que hace que, para tener una imagen de lo que llama el mundo, el hombre lo conciba como esta unidad de pura forma que representa para él el cuerpo. La *superficie* del cuerpo, de ahí sacó el hombre la idea de una forma privilegiada. Y su primera captación del mundo fue la captación de su semejante."[23] *Lacan*

"El hombre es captado por la imagen de su cuerpo. Esto explica muchas cosas y, en primer lugar, el lugar privilegiado que ocupa esa imagen para él. Su mundo [...], su *Umwelt*, lo que tiene alrededor de él, es *corpo-reificado* por él, lo convierte en una cosa a imagen de su cuerpo."[24] *Lacan*

El cuerpo real no es el cuerpo de carne y hueso; es el cuerpo en cuanto materia excitable, capaz de sentir o de no sentir, de reproducirse, consumirse, eliminar sus desechos y morir. Para Lacan, el cuerpo real sería nuestro cuerpo gozante.

"El goce no puede aprehenderse, no se concibe sino de lo que es el cuerpo [...]. Cualquiera sea la manera en que goce, bien o mal; gozar o no gozar es algo que corresponde únicamente a un cuerpo; por lo menos, ésta es la definición que daremos del goce."[25] *Lacan*

PROPIEDADES DE LA IMAGEN MENTAL DE NUESTRAS IMPRESIONES FÍSICAS

La imagen mental del cuerpo real –aquí, para Lacan, "imagen del cuerpo fragmentado"– es una superficie en mosaico, compuesta de microimágenes diversas y desordenadas, cada una de las cuales refleja el fragmento del cuerpo de donde emana la sensación, el deseo o el goce.

"[...] Las imágenes del cuerpo fragmentado [...] aparecen en los sueños, como también en los fantasmas. Pueden mostrar, por ejemplo, el cuerpo de la madre con una estructura en mosaico como un vitral. Con mayor frecuencia, se asemejan a un rompecabezas, con las partes separadas del cuerpo de un hombre o de un animal en una disposición desordenada."[26] *Lacan*

LA ACCIÓN MORFOGENERADORA DE LA IMAGEN ESPECULAR

La Imagen especular es también un significante. ¿Por qué? Porque, al igual que un significante, tiene el poder de modificar lo real. Un ejemplo tomado de la etología muestra claramente el impacto de la imagen en el ciclo sexual de los animales. Es el caso de la paloma cuya ovulación se desencadena a la vista de un congénere o de su propia imagen reflejada en un espejo.

"Sabemos desde hace mucho tiempo que la paloma hembra, aislada de sus congéneres, no ovula. Las experiencias de Harrison demuestran que la ovulación está determinada por la visión de la forma específica del congénere [...] Basta que dos ejemplares puedan contemplarse para que se ponga en marcha el fenómeno de la ovulación."[27] *Lacan*

En la cita siguiente, tomada de los* Escritos, *Lacan afirma la propiedad de la Imagen del Cuerpo de transportar la libido del cuerpo hacia el objeto (el otro) y –completamos nosotros– devolver la libido del objeto hacia el cuerpo. La expresión "Imagen especular" que aparece en este extracto debe entenderse como una manera de designar las dos imágenes corporales unidas, la imagen mental del cuerpo real y la imagen especular del cuerpo aparente.

"[...] la Imagen especular es el *canal* que trasfunde la libido del cuerpo hacia el objeto.[28]" *Lacan*

Al ser una forma de goce, el objeto* a *no tiene imagen en el espejo, sino que es la mirada que capta la imagen y la ilumina. El objeto* a *no aparece en la Imagen especular, pero es lo que, invisible, la vivifica. Por ello, podríamos decir que el objeto* a *es la fuerza invisible que le da a la Imagen especular su poder de fascinación o, desde un punto de vista espacial, que la imagen vela el objeto* a *como una esfera traslúcida velaría un núcleo incandescente que la ilumina desde el interior. El objeto* a *es la mirada que capta la imagen y, a la vez, la energía que ilumina la imagen.

"Un rasgo que tienen en común estos objetos [objetos *a*] en nuestra elaboración: no tienen Imagen especular, dicho de otro modo, no tienen alteridad. [...] La Imagen especular le da su vestimenta precisamente a ese objeto inasible para el espejo."[29] *Lacan*

"[...] Si bien la imagen del cuerpo, el *i (a)*, se origina [...] en la experiencia especular, el objeto *a* no tiene Imagen especular. No es especularizable. Y ahí está justamente todo el misterio. ¿Cómo, si no es especularizable, podemos sostener, afirmar, puesto que ahí está el hecho de nuestra experiencia, que ese objeto es el que concentra todo el esfuerzo de especularización?"[30] *Lacan*

Siguiendo un enfoque metafórico, diremos que en la Imagen especular del cuerpo aparece un blanco, una ausencia de imagen, un agujero en la imagen localizado exactamente en el lugar de la zona genital. Esta mancha blanca es como un destello deslumbrante que Lacan llama "Falo imaginario"; es un blanco enceguecedor que indica, en negativo, la excitación sexual de quien se mira en el espejo. Si, por ejemplo, un hombre en estado de erección se mira en un espejo, seguramente se

sentirá atraído por la imagen de su sexo erecto, pero no verá la excitación que lo enciende. Puede ver su cuerpo, pero no el goce que emite. El goce es irrepresentable, sólo se siente. Por eso, para Lacan, la imagen del pene erecto, llamada "Falo imaginario" y anotada en el álgebra lacaniana con el símbolo (-φ), aparece como una no imagen, como un blanco enceguecedor en la Imagen del Cuerpo que indica metafóricamente que el goce es invisible.

" [...] el falo [imaginario], o sea la imagen del pene, es la negatividad que ocupa su lugar en la Imagen especular. Esto es lo que predestina al falo a dar cuerpo al goce, en la dialéctica del deseo."[31] *Lacan*

"Recordemos las grandes líneas de la teoría lacaniana para situar este "objeto *a* minúscula" del neurótico. Por un lado, nada de la investidura narcisista *pasa* por la Imagen especular. Hay un resto: el Falo (-φ) [también llamado "Falo imaginario"].

En la imagen real del cuerpo libidinal, el falo aparecería:

- excluido
- en blanco
- no representado
- incluso puede estar recortado de la Imagen especular."[32] *Lacan*

EL ESTADIO DEL ESPEJO ES UN HECHO OBSERVABLE Y, A LA VEZ, UNA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA

Como hecho observable, el Estadio del espejo es una etapa del desarrollo infantil en el curso de la cual el niño descubre el reflejo de su silueta humana. Como concepto, el Estadio del espejo pone en escena el nacimiento del yo* [Je], *del sí mismo* [moi] *y del otro. Estas tres instancia identitarias surgen gra-

cias a la identificación del niño con el modelo que le ofrece su propia Imagen especular. De este modo, el niño se identifica con la imagen de sí mismo y, al hacerlo, construye su identidad y madura más.

"[...] mi construcción llamada 'el *Estadio del espejo*' o, como sería mejor decir, la *fase del espejo* [tiene por objeto] manifestar la conexión de cierto número de relaciones imaginarias fundamentales que se da en un comportamiento [...]. Ese comportamiento no es otro que el que tiene un niño ante su imagen reflejada en el espejo a partir de los seis meses de edad [...]. Me pareció que lo que llamé la asunción triunfante de la imagen con la mímica jubilosa que la acompaña, la complacencia lúdica en el control de la identificación especular [todos estos fenómenos] manifiestan uno de esos hechos de captación identificatoria mediante la *imagen* que yo intentaba aislar."[33] *Lacan*

EL ESTADIO DEL ESPEJO

En las líneas que siguen, Lacan considera que la fascinación que ejerce la Imagen especular en el niño supone una identificación. Sí, el niño fascinado se identifica con su propia imagen, se enriquece y madura más. Pero, seamos claros, lo que lo fascina no es verse a sí mismo en el espejo, sino verse humano. Es la forma humana en movimiento lo que lo atrae, lo que lo incita a ajustarse a ella, lo encanta y lo hace feliz. Precisamente, es ese júbilo que manifiesta ante el espejo lo que nos prueba hasta qué punto el bebé, a pesar de que su sistema nervioso no esté plenamente desarrollado, es perfectamente capaz de reconocer una silueta humana, comenzando por la suya propia.

"Hay una primera captación a través de la imagen en la que se esboza el primer momento de la dialéctica de las identificaciones. Esto está vinculado con un fenómeno de *Gestalt*, el hecho de que el niño perciba muy precozmente la forma humana, forma que, como se sabe, fija su interés desde los primeros meses e incluso, en el caso del rostro humano, desde el décimo día de vida. Pero lo que demuestra el fenómeno de reconocimiento, que implica la subjetividad, son los signos de júbilo triunfante y de ludismo que caracterizan desde el sexto mes el encuentro que tiene el niño con su imagen reflejada en el espejo."[34] *Lacan*

Frente a su imagen reflejada, el niño diría: "Me veo completo en el espejo, pero me siento incompleto en mi cuerpo. La totalidad virtual del espejo es una bella ilusión que me hace creer en una totalidad real futura".

"[...] el niño [...] anticipa en el plano mental la conquista de la unidad funcional de su propio cuerpo, aún no alcanzada en ese momento en el plano de la motricidad voluntaria."[35] *Lacan*

"[...] el sujeto toma conciencia de su cuerpo como totalidad. En mi teoría del estadio del espejo insisto en este punto: la sola visión de la forma total del cuerpo humano le proporciona al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto del dominio real."[36] *Lacan*

Estoy alienado por mi imagen porque, sin ella, no podría sentirme ni concebirme como yo mismo. Y, correlativamente, estoy alienado por mi semejante porque, sin él, no podría sentirme ni concebirme como yo mismo. Por ello, estoy doblemente enajenado: por mi imagen y por el otro.

"Así es como, punto esencial, el primer efecto que aparece de la *imago* en el ser humano es un efecto de *alienación* del sujeto. El sujeto se identifica y hasta se pone a prueba primero, en el otro."[37] *Lacan*

"Pues, en este trabajo que hace de reconstruirla [Lacan se refiere aquí a la *obra* que implica para un sujeto conquistar su ser, construido y reconstruido a lo largo de la existencia] *para el otro*, encuentra la alienación fundamental que hizo que la construyera *como otro* y que siempre estuvo destinada a serle ocultada *por el otro*."[38] *Lacan*

El siguiente es un extracto de los cuadernos de Darwin (1877) donde éste apunta sus observaciones sobre el comportamiento que tiene su hijo, que aún es un bebé de pecho, ante el espejo. Muchos de sus comentarios se asemejan asombrosamente a lo observado por Lacan (el júbilo del niño que se mira en el espejo, la edad, el gesto de volverse hacia el adulto y la comparación con el comportamiento de los monos delante de su imagen).

"A los cuatro meses y medio, con frecuencia me sonreía viendo su imagen y la mía en un espejo; seguramente porque las tomaba por objetos reales; pero dio prueba de discernimiento cuando se mostró sorprendido de oír mi voz detrás de él. Como a todos los niños pequeños, le gustaba mucho mirarse en el espejo y, en menos de dos meses, comprendió perfectamente que lo que allí había era sólo una imagen, pues si yo hacía una mueca sin pronunciar ningún sonido, él se volvía bruscamente para mirarme [...]. Los monos de las especies superiores a los que algunas veces les presentaba un pequeño espejo, se comportaban de manera muy diferente: llevaban las manos hacia atrás del espejo, lo cual es una prueba de inteligencia; pero, lejos de sentir placer al verse, se enojaban y ya no querían mirar."[39] *Darwin*

EL ROSTRO DE LA MADRE ES EL PRIMER ESPEJO DEL NIÑO

Al comentar el artículo de J. Lacan sobre "El Estadio del espejo", Winnicott señala que el autor no se refiere al rostro de la madre en su función de espejo. Sin embargo, en otros textos que citaremos luego, Lacan no vacila en mencionar la fascinación que ejerce en el bebé la cara de la madre.

"El artículo de Jacques Lacan sobre 'El Estadio del espejo' ciertamente ha influido en mí. Trata de la función que cumple el espejo en el desarrollo del yo de todo individuo. Con todo, Lacan no relaciona el espejo con el rostro de la madre, de modo que yo me propongo establecer esa relación. [...] Sabemos que, en un momento dado, el bebé mira alrededor. Es posible que un bebé que está mamando no mire el seno. Es más probable que mire la cara de la madre. ¿Qué ve el bebé [...] cuando vuelve la mirada hacia el rostro de la madre? Generalmente, se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre mira al bebé y *lo que su rostro expresa está en relación directa con lo que ve.*"[40] *Winnicott*

El primer espejo donde el niño descubre su imagen es la cara enternecida de la madre. Por lo tanto el bebé siente que existe en el destello de la mirada emocionada que le dirige la mamá. Veamos qué dice Lacan de ese momento:

"Esa falta de coordinación sensorio-motriz no le impide sentirse fascinado por el rostro humano, casi inmediatamente después de abrir los ojos a la luz del día, ni mostrar de manera muy clara que, de todas las personas que lo rodean, distingue a su madre."[41] *Lacan*

*

REFERENCIAS DE LOS EXTRACTOS CITADOS SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO, DE DOLTO

1. Freud, S.: *L'homme Moïse et la religión monothéiste*, París, Gallimard, 1986, pág. 229. [Ed. esp.: *Moisés y la religión monoteísta*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Buenos Aires, Losada, 1939.]
2. "Exposé de Mme. Dolto", en *Colloque sur la fonction des Images*, La Documentation en France, número especial 3 bis, Éditions documentaires, industrielles et techniques, 1964, pág. 86.
3. Dolto, F.: *Au jeu du désir*, París, Seuil, 1981, pág. 69. [Ed. esp.: *En el juego del deseo*, trad. de Oscar Barahona y Uxoa Doyhamboure, México, Siglo XXI, 1983.]
4. Dolto, F.: *L'Image inconsciente du corps*, París, Seuil, 1984, pág. 49. [Ed. esp.: *La imagen inconsciente del cuerpo*, trad. de Irene Agoff, Paidós, 1979.]
5. *Au jeu du désir*, ob. cit., pág. 73.
6. *Le Sentiment de soi. Aux sources de l'image du corps*, París, Gallimard, 1997, pág. 114.
7. Ibíd., pág. 39.
8. *L'Image inconsciente du corps*, ob. cit., pág. 49.
9. *Le Sentiment de soi*, ob. cit., pág. 117.
10. Ibíd., pág. 33.
11. *L'Image inconsciente du corps*, ob. cit., pág. 50.
12. Ibíd., pág. 55.
13. Ibíd., pág. 57.
14. *Le Sentiment de soi*, ob. cit., pág. 25.
15. Ibíd., pág. 265.
16. *L'Image inconsciente du corps*, ob. cit., pág. 16.
17. Íd.
18. *Le Sentiment de soi*, ob. cit., pág. 180.
19. Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, París, Seuil, 1994, págs. 56-57. [Ed. esp.: *El seminario. La relación de objeto*, trad. de Enric Berenger y Miguel Bassols, Buenos Aires, Paidós, 1996]

REFERENCIAS DE LOS EXTRACTOS CITADOS SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGEN DEL CUERPO, DE LACAN

20. Freud, S.: "Le moi et le ça", en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1981, pág. 238. [Ed. esp.: "El yo y el ello", en *Obras completas*, t. XIX, trad. de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1979]
21. Freud, S.: *Cinq psychanalyses*, París, PUF, 1973, pág. 306.
22. Freud, S.: "Psychologie des foules et analyse du moi", en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 129-130, n° 2. [Trad. esp.: "Psicología de las masas y análisis del Yo", en *Obras completas*, ob. cit., t. XVIII]
23. Lacan, J.: "Conférences et entretiens dans des universités nord-américaines", *Scilicet*, n° 6/7, París, Seuil, 1976, pág. 54.
24. Lacan, J.: "Conférence à Genève", *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, n° 5, 1975.
25. Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro X, *L'Objet de la psychanalyse*, clase del 27 de abril de 1966 (inédito).
26. Lacan, J.: "Quelques réflexions sur l'Ego", *Le Coq-héron*, 1980, n° 78, págs. 3-13.
27. Lacan, J.: *Écrits*, París, Seuil, 1966, pág. 189. [Ed. esp.: *Escritos*, trad. de Tomás Segovia, México, Siglo XXI, 1971.]
28. Ibíd., pág. 822.
29. Ibíd., pág. 818.
30. Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro IX, *Problèmes cruciaux de la psychanalyse*, clase del 3 de febrero de 1965 (inédito).
31. Lacan, J.: *Écrits*, ob. cit., pág. 822.
32. Lacan, J.: *L'Objet de la psychanalyse*, clase del 23 de febrero de 1966 (inédito).
33. *Écrits*, ob. cit., pág. 185.
34. Ibíd., pág. 112.
35. Íd.
36. Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro I, *Les Écrits techniques de Freud*, París, Seuil, 1975, pág. 63. [Ed. esp.: *El seminario. Los escritos técnicos de Freud*, trad. de Enric Berenger y Miguel Bassols, Buenos Aires, Paidós, 1997]
37. *Écrits*, ob. cit., pág. 181.
38. Ibíd., pág. 249.

39. Darwin, Ch.: "Esquisse bibliographique d'un petit enfant. Les débuts de l'intelligence" en *L'Expression des émotions chez l'homme et les animaux*, París, Payot & Rivages, 2001, págs. 210-211. [Ed. esp.: *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, trad. de Tomás Ramón Fernández Rodríguez, Madrid, Alianza, 1984.]
40. Winnicott, D.W.: "Le rôle du miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant", en *Jeu et Réalité*, París, Gallimard, 1980. [Ed. esp.: *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1985]
41. Lacan, J.: "Quelques réflexions sur l'Ego", ob. cit., pág. 9.

7. Selección bibliográfica sobre el Cuerpo y sus Imágenes

SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGEN INCONSCIENTE DEL CUERPO, DE DOLTO

Dolto, F.: "Cure psychanalytique à l'aide de la poupée-fleur", *Revue Française de psychanalyse*, t. XIII, n° 1, 1949, y "À propos de la poupée-fleur", comunicación seguida de un debate con J. Lacan, S. Lebovici y otros, *Revue Française de psychanalyse*, t. XIII, n° 4, 1949.

Dolto, F.: "À la recherche du dynamisme des images du corps et de leur investissement symbolique dans les stades primitifs du développement infantile", conferencia ofrecida el 9 de octubre de 1956, seguida de un debate mantenido el 4 de diciembre de 956 en *Le Sentiment de soi. Aux sources de l'image du corps*, París, Gallimard, 1997.

Dolto, F.: "Exposé de Mme. Dolto", exposición en el *Colloque sur la fonction des Images*; coloquio organizado por el Círculo Cultural de Royaumont del 16 al 21 de diciembre de 1961, La Documentation en France, número especial, 3 bis, Éditions documentaires, industrielles et techniques, 1964, pág. 86.

Dolto, F. (1972): "Préface du Dr. Françoise Dolto", en Muel, A.: *L'Éveil de l'esprit*, París, Aubier, 1988, págs. 7-40 y 113.

Dolto, F.: "À propos d'enfants psychotiques", *Lettres de l'École freudienne de Paris*, n° 24, 1978, págs. 233-241.

Dolto, F.: "Personnologie et image du corps", en *Au jeu du désir*, París, Seuil, 1981, págs. 60-95, colección "Points", 1988. [Ed. esp.: *En el juego del deseo*, trad. de Oscar Barahona y Uxoa Doyhamboure, México, Siglo XXI, 1983.]

Dolto, F.: *L'Image inconsciente du corps*, París, Seuil, 1984, colección "Points", 1992. [Ed. esp.: *La imagen inconsciente del cuerpo*, trad. de Irene Agoff, Barcelona, Paidós, 1979.]

Dolto, F.: *Le Sentiment de soi. Aux sources de l'image du corps*, París, Gallimard, 1997.

Dolto, F.: "Autour du miroir par Françoise Dolto, avril 1983", en *Françoise Dolto. Une vie de correspondance, 1938-1988*, París, Gallimard, 2005, pág. 751. En esta carta, Dolto critica la teoría lacaniana del Estadio del espejo y le opone su propia concepción de la Imagen Inconsciente del Cuerpo.

Dolto, F. y Nasio, J.-D.: *Dialogue à France Culture* del 14 al 18 de septiembre de 1987 (inédito). Realización de C. Dupont.

Dolto, F. y Nasio, J.-D.: *L'Enfant du miroir*, Payot, colección "Petite Bibliothèque Payot", 2002. [Ed. esp.: *El niño del espejo. El trabajo psicoterapéutico*, trad. de Graciela Klein, Barcelona, Gedisa, 1997.] Este libro es la transcripción de la conversación mantenida entre F. Dolto y J.-D. Nasio en 1985 en ocasión de la publicación del libro de Françoise Dolto, *L'Image inconsciente du corps*, en la editorial Seuil.

Dolto, F. y Roublef, I.: "Réponses à Maud Mannoni", en *Lettres de l'École freudienne de Paris*, n° 2, 1967, pág. 72.

Dolto, F. y Winter, J.-P.: *Entretiens*, París, Gallimard, 2002.

*

Bernard, M.: *Le Corps*, París, Seuil, 1994. [Ed. esp.: *El cuerpo. Un fenómeno ambivalente*, trad. de Alberto Luis Bixio, Barcelona, Paidós, 1985.]

Bolzinger, C.: "De Dolto à Lacan. L' Imagen inconsciente du corps et le signifiant", *Esquisses Psychanalytiques*, n° 13, 1990, pág. 116.

David, P.: "Le concept d'image du corps", *La Séance de psychanalyse*, París, A. Colin, 1981, págs. 221-236. [Ed. esp.: *La sesión de psicoanálisis*, trad. de Margarita Mizraji, Buenos Aires, Gedisa, 1983]

François, Y.: *Françoise Dolto. De l'éthique à la pratique de la psychanalyse d'enfants*, París, Centurion, 1990. [Ed. esp.: *Françoise Dolto. De la ética a la práctica del psicoanálisis*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.]

Guillerault, G.: *Le Corps psychique. Essai sur l'image du corps selon Françoise Dolto*, París, Éditions universitaires, 1989.

Guillerault, G.: *Les Deux corps du moi. Schéma corporel et image du corps en psychanalyse*, París, Gallimard, 1996.

Janvier, H.: "Effets pathogènes chez les soignants de la détérioration de l'image du corps du grand brûlé", *Thérapie psychomotrice et recherches*, n° 93, 1992.

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet* (clase del 5 de diciembre de 1956), París, Seuil, 1994, págs. 41-58. [Ed. esp.: *El seminario. La relación de objeto*, trad. de Enric Berenger y Miguel Bassols, Buenos Aires, Paidós, 1996.]

Ledoux, M. H.: "Introduction à l'œuvre de Françoise Dolto" en Nasio J.-D. (ed.): *Introduction aux œuvres de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Winnicott, Dolto, Lacan*, París, Rivages, 1994, págs. 301-365. [Ed. esp.: *Introducción a las obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein*, t. 1, trad. de Viviana Ackerman, Barcelona, Gedisa, 1996 e *Introducción a las obras de Winnicott, Dolto, Lacan*, t. 2, trad. de Irene Agoff, Barcelona, Gedisa, 1996.]

Ledoux, M. H.: *Introduction à l'œuvre de Françoise Dolto*, París, Payot, colección "Petite bibliothèque Payot", 1995. [Ed. esp.: *Introducción a la obra de Françoise Dolto*, trad. de José Castelló, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.]

Ledoux, M. H.: *Dictionnaire raisonné de l'œuvre de Françoise Dolto*, París, Payot, 2006.

Marc, V. y O.: *Premiers dessins d'enfants. Les tracés de la mémoire*, París, Nathan, 1992.

Michaud, G., "La notion d'"image du corps' dans la clinique psychanalytique", *Esquisses psychanalytiques*, n° 8, 1987, págs. 53-81.

Nasio, J.-D., "L'image du corps: un concept psychanalytique" en *Thérapie psychomotrice et recherches*, n° 97, 1993, págs. 4-17.

Nasio, J.-D.: "Un témoignage sur la clinique de Françoise Dolto", en *Introduction aux œuvres de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Winnicott, Dolto, Lacan*, ob. cit., págs. 367-383.

Nasio, J.-D.: "Je suis madame Dolto, je suis psychanalyste et je dis la vérité de la vie aux enfants", prefacio a Ledoux, M. H. (ed.): *Dictionnaire raisonné de l'œuvre de Françoise Dolto*, ob. cit.

*

SOBRE EL CONCEPTO DE IMAGEN DEL CUERPO, DE LACAN

Freud, S.: *La Naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956, pág. 336.

Freud, S.: "Le moi et le ça", en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1981. [Ed. esp.: "El yo y el ello", en *Obras completas*, t. XIX, trad. de José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.]

Lacan, J.: *Écrits*, París, Seuil, 1966, págs. 69-70, 77-78, 84-85, 88-92, 104-106, 112-116, 178-182, 184-193, 221, 552, 675-678, 723, 818 y 822-827. [Ed. esp.: *Escritos*, trad. de Tomás Segovia, México, Siglo XXI, 1971.]

Lacan, J.: "Le Stade du miroir comme formateur de la fonction du Je, telle qu'elle nous est révélée dans l'experience psychanalytique", en *Écrits*, ob. cit, págs. 93-100.

Lacan, J.: "Some Reflections on the Ego", *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 34, 1953, págs. 11-17. Versión francesa: "Quelques réflexions sur l'Ego", *Le Coq-héron*, n° 78, 1980, págs. 3-13.

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro I, *Les Écrits techniques de Freud*, ob. cit., págs. 93-94. [Ed. esp.: *El seminario. Los escritos técnicos de Freud*, trad. de Enric Berenger y Miguel Bassols, Buenos Aires, Paidós, 1997.]

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, ob. cit., págs. 41-58 [Ed. esp.: *El Seminario. La relación de objeto*. Buenos Aires, Paidós, 1994.]

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro VI, *Le Désir et son interprétation*, clases del 10 de diciembre de 1958 y el 11 de febrero de 1959 (inédito).

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro IX, *L'Identification*, clase del 2 de mayo de 1962 (inédito).

Lacan, J.: *Le Séminaire*, Libro XII, *Problèmes cruciaux de la psychanalyse*, clase del 3 de febrero de 1965 (inédito).

*

Baltrušaitis, J.: *Le Miroir*, 1978.

Belting, H.: *Pour une anthropologie des images*, París, Gallimard, 2004. [Ed. esp.: *Antropología de la imagen*, trad. de Gonzalo María Vélez Espinosa, Buenos Aires, Katz, 2007.]

Bennett, D. H.: "Le concept de corps", *Journal of Ment. Sc.*, n° 106, 1960, págs. 56-75.

Breton, S. (ed.): *Qu'est-ce qu'un corps?*, París, Musée du quai Branley y Flammarion, 2006.

Bühler, C.: *Soziologische und psychologische Studien über das erste Lebensjfahr*, Iena, Fischer, 1927.

Caplan, H.: "Quelques considérations sur le concept d'image du corps dans le développement de l'enfant", *Qua. J. Child Beh.*, n° 4, 1952, pág. 382.

Caillois, R.: "Images, images. Essais sur le rôle de l'imagination", *Obliques*, París, J. Corti, 1987.

Darwin, C.: *L'expression des émotions chez l'homme et les animaux*, París, Payot et Rivages, 2001. [Ed. esp.: *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, trad. de Tomás Ramón Fernández Rodríguez, Madrid, Alianza, 1984.]

Deleuze, G.: *Cinéma 1. L'image-mouvement*, París, Minuit, 1983. [Trad. esp.: *La imagen-movimiento: estudios sobre cine. 1*, trad. de Irene Agoff, Barcelona, Paidós, 1983.]

Deleuze, G.: *Cinéma 2. L'image-temps*, Minuit, 1985. [Ed. esp.: *La imagen-tiempo: estudios sobre cine. 2*, trad. de Irene Agoff, Barcelona, Paidós, 1996.]

Federn, P.: *La Psychologie du Moi et les psychoses*, París, PUF, 1979. [Ed. esp.: *La psicología del yo y las psicosis*, trad. de Leandro Wolfson, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.]

Galimberti, U.: *"Il corpo, Opere V"*, Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 2005.

Gerstmann, J.: "Aspects psychologiques et phénoménologiques de l'image du corps", *Journal Nerv. Ment. Dis.*, 126, n° 6, 1958, págs. 499-512.

Hoffer, W.: "Le développement du Moi corporel" en *Psychoanalytic Study of the Child*, 1950.

Lhermitte, J. (1939): "L'image de notre corps", *Nouvelle Revue Critique*, París, L'Harmattan, 1998.

Linn, L.: "Certains aspects du développement de l'image du corps", *International Journal of Psychoanalysis*, 1955.

Pankow, G.: *L'homme et sa psychose*, París, Aubier, 1969. [Ed.

esp.: *El hombre y su psicosis*, trad. de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.]

Pettigrew, D.: "Le corps inconscient dans la théorie de J.-D. Nasio". Conferencia inédita ofrecida el 15 de noviembre de 2005 en el marco de los *Seminarios Psicoanalíticos de París*, de próxima publicación en inglés, bajo la dirección de Raffoul, F. y Nelson, E.: *Rethinking Facticity*, Nueva York, State University of New York Press, 2008.

Preyer, W.: *L'âme de l'enfant. Observations sur le développement psychique des premières années*, París, Alcan, 1887; L'Harmattan, 2005. [Ed. esp.: *El alma del niño: observaciones acerca del desarrollo psíquico en los primeros años de la vida*, Madrid, Jorro, 1908.]

Roudinesco, É.: *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, París, Fayard, 1993. [Ed. esp.: *Lacan, esbozo de una vida: historia de un sistema de pensamiento*, trad. de Tomás Segovia, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995.]

Schilder, P.: *L'image du corps. Étude des forces constructives de la psyché*, París, Gallimard, 1968.

Wallon, H.: *Les origines du caractère chez l'enfant*, París, PUF, 1949, págs. 191 y 225-232. [Ed. esp.: *Los orígenes del carácter en el niño: los preludios del sentimiento*, trad. de María Arruñada, Buenos Aires, Nueva Visión, 1975.]

Wallon, H.: "Niveaux et fluctuation du moi", *Evolution Psychiatrique*, enero-marzo de 1956, págs. 389-401; reproducido en *Enfance*, nº 1-2, 1963, págs. 87-97.

Wallon, H.: "Comment se développe, chez l'enfant, la notion de corps propre", *Journal de Psychologie*, XXVIII, 1931, págs. 705-748, reproducido en Mounoud, P. y Vinter, A. (eds.): *La reconnaissance de son image chez l'enfant et l'animal*, París, Delachaux et Niestlé, 1981, págs. 21-46.

Wallon, H. y Lurçat, L.: *Dessins, espace et schéma corporel chez l'enfant*, París, ESF, 1987.

Winnicott, D. W.: "Le rôle de miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant", en *Jeu et réalité*, París, Gallimard, 1975, págs. 153-162. [Ed. esp.: *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1985]

Zazzo, R.: "Image du corps et conscience de soi", *Enfance*, nº 1, 1948.

Pocos conceptos resultan tan centrales en el psicoanálisis como el de cuerpo y las imágenes que nos formamos de él. En la medida en que sentimos pero también vemos nuestro cuerpo, la cuestión de la imagen presenta una complejidad en la que D. Vasse se propone profundizar. Para ello analiza el pensamiento de dos figuras clave del psicoanálisis: Françoise Dolto y Jacques Lacan, la primera concibió una teoría viva, sumamente valiosa para el trabajo clínico a partir de las imágenes de vivencias de las experiencias físicas; su noción de Imagen Inconsciente del Cuerpo es examinada en todos sus matices, contrapuntísticamente a la elaboración acerca de imagen especular que atañe a la imagen del espejo y su poder de fascinación. Por su parte, Vasse [illegible] propone un [illegible] que, de la mano, nos [illegible] pruebas. Según esta perspectiva, el cuerpo no puede ser uno mismo no es una cosa [illegible] imagen [illegible] la [illegible] vivido, percibido, [illegible] del espíritu.

Así, una vez más, de la mano de D. Vasse, el [illegible] una vía de entrada a nociones [illegible] elaboradas, sutiles, pero [illegible] de su riqueza conceptual.

[illegible], figura [illegible] psicoanálisis actual, [illegible] pensador, como docente en la Sorbona durante [illegible] años. Entre sus numerosos libros se cuentan *El deber de la [illegible]*, *Los gritos del cuerpo*, *Cómo [illegible] psicoanálisis*, *Los [illegible] casos de psicosis*, *En psicoanálisis* y *En el diván*. Este [illegible] concepto crucial del psicoanálisis. Todos ellos publicados por Editorial Paidós.

www.paidos.com
www.paidosargentina.com.ar